LAS DELICIAS
DE LA
RELIGION CHRISTIANA
Ó EL PODER
DEL EVANGELIO
PARA HACERNOS FELICES

Traducida de la obra que escribió en lengua francesa *el señor abate Lamourete*, Doctor en Teología, é Individuo de la Academia Real de bellas letras de Arras.

SEGUNDA EDICION

CORREGIDA.

CON LICENCIA EN MADRID. AÑO DE 1805.
POR RUIZ.

BX2183
.L34

THE LIBRARY
OF CONGRESS
WASHINGTON

PROLOGO DEL AUTOR.

Mi designio, ó Lector, ha sido darte un buen libro; es decir, un libro que sea á propósito para hacerte mejor y mas feliz.

He sacado mis ideas y mis principios de las puras fuentes del Evangelio; y esta sola circunstancia de mi trabajo me anima á creer que te he servido provechosamente, y esperar que harás justicia á la solidez y á la dulzura de los medios que indico para adquirir el solo bien real que hay en el mundo, á saber, la satisfaccion del alma, y el reposo del corazon.

No es esta obra un libro ascético, ni una produccion filosófica; pero participa de uno y otro carácter, en quanto las luces de la sana razon y de la experiencia sirven en ella para fortificar las consideraciones de la Fe; y la voz de la Naturaleza se junta á la del Evangelio para hacernos recibir, adorar y practicar quanto nos ha sido propuesto por el primer sabio, que nos ha enseñado claramente la razon porque exîstimos y lo que vendremos á ser quando ya no exîsta el Universo.

Mas sobre todo es necesario decir, que es imposible hablar con alguna profundidad de la doctrina del Christianismo, sin

sin reclamar á la razon á sus antiguos é indelebles principios, y, por consequencia, sin explicar la mas sana y mas útil filosofia con que puede ilustrarse nuestra ignorancia, y consolarse nuestra miseria.

Si llegase el dia en que la palabra Filosofia, *tan equívoca al presente, recobre su antigua y verdadera significacion, y vuelva á hacerse consistir el carácter de* Filósofo *en la averiguacion de la verdad, y en el amor de la sabiduría; deberá entónces causar admiracion que en el siglo diez y ocho haya sido la Filosofia opuesta al Christianismo, y que haya sido preciso ser impío y blasfemador para merecer el honor de ser alistado en el catálogo de los sabios.*

En efecto; el Evangelio, aun quando no se le mire sino como un sistema humano, y aun quando se le suponga falso en el orígen que él se da, y en la inmensidad de las esperanzas que ofrece al género humano, es indispensablemente un libro que no ha podido ser escrito ni inventado sino con un fin virtuoso, y que contiene una doctrina. unas máximas, y unos consejos, cuya práctica, si fuese universal, remediaria todos los abusos y todos los desórdenes que los sabios de todas clases lloran en todos los Gobiernos y Sociedades. Es, pues imposible negar á

los fundadores del Christianismo, un designio honesto, unas miras sanas, y el mérito siempre interesante de haber sido hombres benéficos y verdaderos amigos de sus semejantes.

Hay además en favor del Evangelio un hecho demasiado palpable; y es, que los que siguen el espíritu de la Religion Christiana son entre todos los hombres los mas felices por su propio interes, los mas incorruptibles en su conducta para con los demas, los mas inexôrables en sus principios de probidad y de honor, los mas puntuales y exactos en su estado, los mas constantes en sus obligaciones, y el manantial mas perenne é inagotable para el alivio de las necesidades de los desgraciados.

Para hacer palpable esta verdad, he puesto en contraste en la presente obra las dos partes de la vida de un hombre de mundo, suponiendo que en la primera se abandona al torrente de las locuras y de las pasiones humanas, y que consagra la última á reparar sus errores y sus excesos en el seno de la Religion. El primer quadro nos representa un hombre, no solamente infeliz por causa de los mismos placeres en que quiere hacer consistir su felicidad; sino mas vil aun y mas desgraciado por su estado de nulidad, de inhabilidad y de indiferencia á todo bien. El otro

quadro representa al mismo hembre que, habiendo salido del fondo de sus tinieblas, se instruye en la gran luz del Evangelio sobre todo lo mas puro y sublime de la virtud; que lo halla todo en el amor de la alta sabiduría que la Fe nos enseña, y se forma un buen ciudadano para la Sociedad, un excelente padre para sus hijos, un amo benigno y humano para sus criados, y un consolador de todos los infelices.

De aquí resulta una verdad, que merece bien toda la atencion de los que se precian de Filósofos: esta es; que aun supuesta la imposibilidad de conocer de donde nos viene el Evangelio, ó de verificar el carácter divino que le atribuyen sus primeros Apóstoles, ningun hombre de bien puede atreverse á desacreditar su doctrina, ni aun á desear que se descubra su falsedad; y que solo un mal ciudadano puede desear que el mundo dexe de ser christiano: pues el deseo esencial de la verdadera providad es que los hombres sean buenos y felices.

Si un error pudiese producir semejante efecto, ¿no seria éste, á los ojos del sabio, el equivalente de la verdad? O si la sabiduría y la felicidad no pueden jamas proceder sino de lo verdadero, ¿no será esto una prueba de que quanto Jesu-Christo y sus Apóstoles nos han ense-

dado no puede ser error?

Así que los detractores del Christianismo son vituperables y perjudiciales en todas sus suposiciones; y aun quando estuviese demostrado que no exîstia Religion alguna revelada, seria preciso mirar al Evangelio como la mejor y mas útil enseñanza que han recibido los hombres; y á todos los que le desacreditan como otros tantos insensatos á quienes subleva toda idea de órden y de justicia, y cuya depravacion se ofende de la austera sabiduría que nos propone en él.

El mas alto punto de porfeccion á que podria llegar un sistema de felicidad pública seria, que en él la parte fuerte y poderosa de la Sociedad fuese impelida por el mas vivo é imperioso interes á comunicarse á la parte débil y miserable; que al mismo tiempo tuviese ésta un punto de reposo y de seguridad independiente de aquel asilo, y que aun fuese feliz baxo el yugo mismo de la opresion y la espada de la tiranía. Tal es el vivo carácter que distingue al Evangelio de todos los sistemas de Moral y de Política, que han aparecido en el mundo desde los siglos mas antiguos hasta el dia de hoy; y solo la mala fe será capaz de negar á un libro semejante la justicia que es debida á lo que ninguna parte si-

no en él ha sido presentado mas universal, mas rico, y apropósito para el reposo del mundo, para la dicha de la humanidad, y la concordia de todos los Imperios.

La alegacion de los Filósofos irreligiosos (que nos dicen que este gran sistema está apoyado sobre esperanzas y promesas quiméricas) quando pudiese ser por otra parte de algun peso y consideracion, carece enteramente en este punto de justicia y de solidez. No apelo á ellos en esta ocasion como á jueces de lo verdadero y de lo falso, sino como árbitros de lo bueno, de lo útil y de lo grande; en una palabra, de lo que conviene á la perfeccion de las facultades humanas, y á la conservacion de la pública armonía.

Nosotros, por lo comun, no buscamos la verdad por ella misma, sino por ser felices en virtud de ella. El amor, pues, de la felicidad es mas antiguo y mas íntimo en el hombre que el amor de la verdad, y así aquel camina en todo el primero Quien hubiese encontrado la felicidad, habria hallado á un mismo tiempo la verdad, ó se veria dispensado de buscarla. Habria llegado á su fin, y así le seria inútil agitarse en la prosecucion y analisis del medio. Es mas agradable al hombre experimentar la felicidad, que

alimentar su espíritu con la estéril esperanza de ser dichoso á fuerza de dudar y de raciocinar. El Evangelio procura una verdadera felicidad: he aquí de donde se debe partir. Se le debe, pues, estimar; se debe inspirar su amor y práctica á todos los hombres, aun quando él no fuese verdadero; porque el hombre verdadera é imperturbablemente feliz jamas es engañado.

Muy bueno es buscar la verdad, pero aun importa mas que seamos buenos. Lo que nos da el amor de la justicia y de la virtud, qualquiera que sea su orígen y aun quando no sea mas que un parto humano, es esencialmente análogo á nuestra naturaleza y á nuestra necesidad de honrar la superioridad y la excelencia. El libro, pues, de la Religion Christiana se sostiene por su propia fuerza, por su último valor y por la excelencia de la enseñanza que contiene.

Así para definir á la Religion Christiana segun toda su excelencia, debe decirse; que es la perfeccion, el último grado, la plenitud, y en una palabra, la suma total de quanto el hombre busca naturalmente para su perfeccion y utilidad.

Ninguna cosa ha sido jamas tan profundamente pensada, ni supone un cono-

cimiento tan completo de la naturaleza humana como el plan del Christianismo. El solo es quien justifica el esfuerzo y universal tendencia de todo el género humano á ser feliz é indestruible. La infinidad de los deseos del hombre en ningun sistema filosófico se halla satisfecha ni coronada. Estaba reservado á Jesu-Christo traernos las solas esperanzas que correspondiesen á nuestra capacidad de gozar, y á nuestro deseo de aumentarnos, de dilatarnos y de ingerirnos en la fuerza y en la inmutabilidad de lo infinito.

Esta inmensidad y magestad del designio del Christianismo es la que da á nuestros libros sagrados un carácter tan señalado de excelencia y superioridad sobre todas las producciones del espíritu humano. Ni los antiguos ni los modernos todos juntos sabrian arreglar un sistema que reuniese la abundancia, la solidez y la elevacion de nuestras Escrituras. No son solo los Literatos Religiosos los que reconocen en ellas bellezas admirables, y un fondo de cosas y de substancia que no se hallan en parte alguna; sino todo hombre de un gusto serio y profundo, sean los que fuesen sus principios personales; todo pensador que ama las grandes miras, la energía y la opulencia de las ideas;

todo Orador que quiere hallar las riquezas de la verdadera opulencia; todo Filósofo que busca el conocimiento del hombre, de sus necesidades y de sus recursos; todo Poeta que gusta fixar su imaginacion en los grandes sucesos y en las magníficas pinturas; en fin, toda alma tierna y sensible, cuyo anhelo es alimentarse de quanto el sentimiento puede ofrecernos mas patético, mas delicado y mas vivo; toda clase de lectores reflectîvos y dotados de un alma sana admiran y reciben con ardor los tesoros que estan guardados en este admirable libro. Solo los falsos conocedores no pueden sacar su valor de entre las antiguas formas que cubren su superficie. Es un oro muy puro, y que no es de un uso ménos precioso y ménos universal por hallarse encontrado de substancias extrañas, que, léjos de desnaturalizar su valor, son un testimonio de la excelencia de la mina de donde nos ha venido.

Con el fin de manifestar todas estas verdades he compuesto aquesta obra. Aunque mi designio no parece prometer mas que un libro de devocion, se advertirá sin embargo que me he dedicado á hablar á la razon y al sentimiento, y que trato del espíritu y de la doctrina de la Fe con bastante profundidad, para me-

recer alguna atencion de parte de los que quieren hallar en todo Filosofia.

Queriendo unir á la fuerza de las razones la prueba experimental de la solidez y la sabiduría de la Religion, he pintado los efectos de su impresion y de su poder en una relacion que me ha suministrado pinturas patéticas, situaciones interesantes é instrucciones, que siendo deducidas del corazon mismo de la Moral Evangélica, esparcen la mas agradable luz sobre toda la descripcion de los deberes del hombre. Conforme voy abanzando, entro mas profundamente en la consideracion de la relacion íntima que hay entre el espíritu y la doctrina de la Religion, y las necesidades de nuestra razon y de nuestro corazon; y así los puntos fundamentales de la Filosofia del Christianismo se hallan presentados á una luz bastante análoga al caracter delicado y descontentadizo del espíritu reynante. En una palabra, me he propuesto ser edificante y luminoso, piadoso y filósofo; de suerte que este libro puede ser recibido por el Christiano sincero como un escrito sólidamente religioso; y por los que se precian de buen sentido y de probidad, como una produccion sabia, útil y razonable.

Yo no diré que he acertado á execu-

tar mi designio del modo que le he concebido; pero me atrevo á afirmar, que en general comprehende este libro excelentes cosas; pues en todo él no se hace mas que exponer, desenvolver y profundizar los pensamientos del libro mas excelente que poseen los hombres.

Algunos hallarán bastante largos los capítulos. En este caso se los deberá mirar como unos discursos, á los quales no pongo fin hasta haber vertido en ellos todas las ideas y reflexiones que me sugería el asunto de que me ponia á tratar.

Por lo demas, mi amado Lector, aplicado mucho tiempo hace á un trabajo de un género abstracto y profundo, no he emprendido éste, sino por descansar únicamente de la fatiga que me causa otro (*); y así este libro no es mas que el fruto de mis paseos por la soledad de

(*) *Reflexiones sobre la Filosofia de la Fe.* Esta obra, anunciada en mis *Reflexiones sobre la Filosofia de la Incredulidad*, ha sido retardada por consejo de algunas personas sensatas y de buen gusto, que me han hecho algunas observaciones, cuya sabiduría no puedo ménos de conocer. Me ha sido preciso, para seguir su consejo, refundir todo mi trabajo sobre un nuevo plan, que con corta diferencia es volver á hacer de nuevo lo que ya estaba hecho.

los campos. Al mismo tiempo que andaba, iba meditando; y escribia mis reflexîones sentado al pie de un árbol, ó sobre la verde yerba de un bosque, circunstancia, que junta á lo limitado de mis talentos, es suficiente para hacerme esperar que me leerás con indulgencia, y que en atencion á la bondad y á la solidez del fondo de que te hago poseedor, suplirás mi falta de método, de correccion y de gracia en el estilo.

LAS DELICIAS
DE LA RELIGION CHRISTIANA;
Ó EL PODER DEL EVANGELIO
PARA HACERNOS FELICES.

CAPITULO PRIMERO.

INVOCACION.

Solo vos, ó Dios de los tiempos y de la eternidad sois, grande y excelente en la naturaleza. Vos sois la fuente incorruptible é inagotable de todo quanto es verdadero, sólido, útil, precioso y apetecible en el cielo y en la tierra. ¡Qué bien se encuentra mi alma quando reconoce, admira y adora en vos la única fuerza que sostiene al universo, la única sabiduría que arregla todos sus acaecimientos, y la única luz que me ilumina sobre el destino de mi ser, y sobre el uso de los bienes

y de los males de la vida humana!

¡Dios mio! eterno y amado principio de todas las inteligencias; mi corazon recogiéndose ante el trono de vuestra inmensa magestad, se siente en su lugar; y reconoce con asombro el seno bienaventurado de donde salió; y adonde debe volver para vivir aun despues de la destruccion del universo, y anegarse para siempre en los adorables abismos de vuestra magnificencia y de vuestro esplendor.

Yo pues, ó Señor, soy eterno, y solo en vos hallo la medida de mi duracion, el precio de mi valor, y el modelo de mi excelencia. Así que es una verdad, y no un sueño de mi orgullo, que estoy destinado á no perecer jamas, á sobrevivir, como vos, á la ruina de todos los imperios, á la destrucion de todas sus grandezas, á el aniquilamiento de todas las pasiones, á la extincion de todos los astros, y al regreso de toda la naturaleza á la noche de la nada; y que en medio de todas quantas vicisi-

tudes experimente en esta vida, siempre que persevere fiel en adoraros y temeros, se verificará indefectiblemente el decreto irrevocable de mi incorporacion en la unidad de vuestra bienaventuranza y de vuestra gloria.... ¡Qué pensamiento!...

¡Dios poco conocido de los insensatos! tronad desde la altura de los cielos.... ¡Oh hombre miserable! ¿dónde estás quando no vives dentro de tí mismo, y buscas los placeres fuera de tu propia grandeza? ¿Qué pretendes hallar en todo quanto te rodea? ¿Qué inquietud es la de tu imaginacion? ¿Qué desórden el de tus pensamientos; y qué ambicion la de tus deseos? ¿Qué le resulta á tu corazon de todo ese estrépito que haces, y de todos los espacios que recorres?

Vos me habeis inspirado, ó Dios mio, que hable de las riquezas de vuestra bondad: penetradme con vuestra luz y vuestra verdad; y como testigo que sois del tierno y ardiente zelo que me anima por la verdadera felicidad de mis hermanos,

concededme vuestra sabiduría para abrir los ojos de los que á tanta costa buscan léjos de Vos un fantasma de felicidad, y hacerles conocer la solidez, la abundancia, y la dulzura de los manantiales que vuestra infinita misericordia ha depositado en los tesoros de la Religion.

CAPITULO II.

Engaño de la felicidad del mundo.

Tú has gozado, mi amado Aristo, de todos los placeres, y jamas has sido feliz. Los que desde el seno de su obscuridad admiran el esplendor de tu opulencia, la hermosura del palacio que habitas, y la magnificencia de los muebles que le adornan, te llaman un mortal dichoso; y el tranquilo artesano que siente retemblar su humilde taller, conmovido por el tumultuoso y rápido movimiento de tu dorada carroza, al contemplarte en medio del soberbio

aparato que te rodea, está bien lejos de sospechar que seas mas desgraciado que él.

Así lo habeis establecido, Dios mio, y todo sucede siempre conforme á esta dispensacion de vuestra justicia y de vuestra sabiduría. Vos habeis querido que nuestro propio corazon, quando ya no reynais en él, por haberse abandonado á la tiranía de sus pasiones desarregladas y turbulentas, se convierta en nuestro formidable enemigo, y sea un pertubador implacable de todos nuestros falsos placeres; ó por mejor decir, las amarguras en que anegais el alma del insensato que os desconoce y olvida, no son el castigo de un Juez que quiere satisfacer su cólera, y hacer desgraciado al delinqüente; sino la sabia y tierna precaucion de un Padre que no puede ver con indiferencia su perdicion; que ordena todo lo criado para que nos incline á su seno, y que inutilizando nuestras tentativas para substraernos de su dominio, nos obliga, por

decirlo asi, á reconocer y sentir, que es necesario un Dios para llenar un corazon tan grande como el que ha dado al hombre.

Si, Aristo; te engañas creyendo que eres feliz. Todo quanto hay en tí, todo quanto sientes y pasa por tí desmiente de continuo la felicidad que quieres aparentar, y te dice que esta no es mas que el delirio de las ilusiones que te suceden. Serias el primero desde la creacion del mundo hasta el presente si hubieses conciliado el reposo y verdadera tranquilidad del corazon, con el desórden de una vida disipada y el abandono de la Sabiduría. *El que ha sacudido el yugo de toda regla y de todo deber es desgraciado.* Salomon que nos habla asi, habia pasado por todos los grados de las grandezas y prosperidades humanas. El habia gozado de todo, y podia desafiar á su corazon á que aspirase á mayor felicidad, y á que desease un placer solo que pudiese ser nuevo para él. Sin embargo, si abrimos la historia

de su reynado, de su gloria, de su magnificencia y de sus placeres, él mismo confiesa á la faz de toda la tierra que en todo esto solo se encuentra *afliccion y tormento de espíritu*, y que todos los tronos del universo no pueden dar una felicidad comparable con la de poseer y amar la Sabiduría.

Muy triste es, ó Aristo, la felicidad que consiste en el continuo cuidado de aturdirse y de huir de sí mismo. Ciertamente no necesita un corazon contento y tranquilo de tanta disipacion, ni de movimientos tan acelerados. El tuyo está tan vacío que parece no sabe á dónde dirigirse para descargarse de su mismo peso y de la insoportable carga de sus disgustos, que renacen á cada momento. El hombre sabio que lleva consigo el principio de los verdaderos placeres, goza de una alegría dulce y profunda que se alimenta con qualquiera cosa, y tiene bastante con los mas inocentes desahogos. No son los objetos exteriores los que

comunican á su interior aquella serenidad que brilla en su semblante y en todos sus discursos; su propio corazon es el que hermosea todo quanto le cerca, y el que comunica, por decirlo así, á todo quanto vé y quanto oye parte de la hermosura y riqueza que en sí contiene. Pero tú, Aristo, desnudo de toda virtud y recurso propio, solo fundas tus esperanzas en lo que puedes recibir de fuera. De aquí proviene el apasionarte en todo quanto haces, y la desgracia de no saber moderarte en nada; se puede decir que no buscas por todas partes sino poseer y devorar, y que estás inquieto y azorado hasta en tu mismo silencio y reposo. En las tertulias te confundes con un flúxo de palabras precipitadas que solo sirven de abrumar á los que te oyen con el mismo enfado de que quieres verte libre, y en las que no se encuentra rastro de talento ni de prudencia. El hombre juicioso que te escucha desea con la mayor ansia librarse de la necesidad de sufrirte y

de compadecerte. En tus banquetes todo es confusion y alboroto: no hay mas que una alegría loca y tumultuosa, discursos extravagantes, y toda la irregularidad de los ruidosos movimientos con que la extremada pobreza de alma se ha esforzado siempre para formarse un asilo en que ocultar su propia vergüenza.

Muy enfermo está, ó amado Aristo, quien necesita de tan extraños y violentos remedios para distraerse de sí mismo, y evitar la presencia de su corazon. Si en esto consistiese la felicidad seria preciso renunciar á ella, pues nada podia haber mas funesto y deplorable para el hombre tranquilo y modesto, que jamás ha conocido los favores de la fortuna, que llegar á ser tan opulento y tan miserable como tú.

Si no te hace impresion una miseria tan profunda, es porque nunca has conocido un estado mas dulce, y porque te parece que tus males personales dimanan de una imperfeccion inherente á la naturaleza

humana. Mas quieres tenerte por incurable, que buscar las medicinas; y el hábito de desvanecerte y agitarte en la puerilidad de las pasiones te ha cegado hasta el extremo de parecerte imposible vivir sin ellas, y encontrar la felicidad en el seno de la virtud.

No conoces el estado de degradacion extrema á que ha reducido á tu razon y á tu alma el desórden de tus pasiones. De todo juzgas sin discernimiento, nada consideras, nada prevees, sobre nada reflexîonas, y eres víctima de una inconstancia á la qual no puede fixar cosa alguna. El descanso y el trabajo te son igualmente molestos, te fastidian todos los instantes de tu exîstencia, y tu alma se enagena y abisma en una multitud de proyectos quiméricos, de esperanzas ridículas y de ideas extravagantes. Tu vida pública no es mas que un estudio de locuras y de vanidad, un papel penoso de ostentacion y de orgullo, un cuidado molesto é impertinente de lle-

var á todas partes baxo un brillante aparato la mas vergonzosa corrupcion, y de dar á la vileza de todos los vicios un colorido de dignidad y de decencia. Tu vida privada la pasas toda en medio de las convulsiones del pesar y las tinieblas de una áspera y querellosa melancolía, en las agitaciones de una impaciencia acerba é imperiosa, y en la amargura de un humor atrabiliario que hace formidable tu presencia á todos tus sirvientes, condenados á devorar las erupciones del veneno que roe tu corazon, de suerte, que eres á un mismo tiempo el escándalo y el suplicio de todos quantos habitan en tu casa. ¡O virtud! ¡quánto pierde el que se desvia de tus caminos amables y pacíficos! ¡O Aristo! ¡qué cosa tan terrible y cruel seria envejecerse en el horror y abatimiento del vicio, y morir sin haber gustado las dulzuras de la virtud!

¿Pero quién puede asegurarte de que llegarás á la vejez? ¿quién puede determinar el intervalo que sepa-

ra tu situacion presente de tu último suspiro? ¡O Aristo! te he recordado una circunstancia de la vida humana, cuya memoria es la mas cruel para todos los que viven segun las pasiones. ¿Pero cómo el mundo que te promete tantas cosas no te suaviza la horrenda imágen de la muerte, ni te consuela sobre la inevitable necesidad de sumergirte dentro de poco en un sepulcro? ¿Qué felicidad pues es esta que nos abandona en la situacion mas crítica de nuestra vida, y nos hace aborrecer un destino del que ninguna fuerza humana puede substraernos? ¡O muerte! ¡quán amarga es tu idea para el hombre que funda su esperanza y su felicidad en la posesion de sus tesoros y de sus placeres! Por mas que quiera ensordecerse al importuno eco de tu voz austera y terrible, le persigues por todas partes, y quando está mas embriagado en las delicias, le consternas, de modo que no puede andar un paso sin encontrar con los espantosos atributos de tu poder destrui-

dor, y sin caminar sobre las víctimas que no cesas de esparcir en este globo entregado por la justicia eterna á tu insaciable guadaña.

¿Oyes, Aristo, esos ecos graves y lúgubres que desde el interior de los templos resuenan en la ciudad, y cuya magestad severa domina al confuso tumulto de los negocios humanos? No procures distraerte del saludable horror que te inspiran, ese horror tiene algo de noble y de amable para un alma que conserva todavía algun vestigio de su vigor y elevacion original, y esa impresion de tristeza y de terror es en un corazon grande un bosquejo de su regreso á la virtud, y como la aurora de la Religion que quiere ilustrarle y derramar sobre él todas sus riquezas.

¡Con qué eloqüencia estos mensages de la muerte, que nos vienen á cada momento del fondo del santuario, nos recuerdan la nada y la instabilidad de la vida humana! ¡y con quanta fuerza y dignidad publi-

can la inmovilidad eterna de aquel Dios que todo lo vé, que todo lo llena, que todo lo sostiene, que á todo sobrevive, y que jamas se muda en medio de las revoluciones y ruinas con que no cesa su brazo de agitar y alterar la faz del universo! ¿*Quién*, *Señor*, *es semejante á vos*? ¡Quién tiene aquella fuerza de exîstir y de durar que da un carácter tan formidable á la sentencia de muerte pronunciada contra los hijos de los hombres, y á aquella comparecencia tan singular y tremenda con que cada uno debe verse delante de vos despues de su último suspiro?

Asi, Dios mio, se disipa y desaparece todo. El tiempo ha destruido las ruinas de los tronos en que se sentáron los primeros Reyes del mundo, y ha borrado hasta los mas mínimos vestigos de todos los monumentos de su gloria. Mas la duracion de vuestro indestructible imperio no está comprehendida, como la de los Estados y Soberanos de la tierra, en periodos que se miden y ad-

miten division ; su orígen se pierde en infinidades inconcedibles que abisman nuestra imaginacion quando quiere figurarse lo que exîstia y pasaba antes que hubiese mundo y hombres, y se extiende y prolonga en la inmensidad y perpetuidad de vuestra excelencia y de vuestro esplendor inaccesible ; de suerte que la historia de la eternidad contiene la de todos los reynos y acaecimientos humanos, como los abismos del vasto Occéano se tragan y sorben todas las gotas de agua que las nubes destilan desde lo alto de los ayres. ¿Qué hace, pues, el insensato que consume los pocos instantes que tiene de vida en desnaturalizarse y envilecerse en las cadenas de sus deplorables pasiones ? Este es un ser momentáneo y feroz que aparece en el mundo para salir de él en el instante, y que no pudiendo resistir á la fuerza que le arrastra al sepulcro, se apresura á insultar á aquel poder adorable y supremo que le destina á su inmortalidad y felicidad. Se le debe comparar á un in-

feliz que arrastrado por el rapido torrente de las aguas tiene al tiempo de sumergirse en sus abismos el imponderable frenesí de ultrajar la mano bienhechora que se apresura á librarle del riesgo, sacarle á ribera, y alvergarle en su morada. Digámoslo mejor de una vez, Aristo; una ceguedad como la tuya no se puede concebir; solo Dios desde lo alto de su gran luz conoce toda la degradacion, todo el desórden y todo el horror de un corazon endurecido á la verdad y á la virtud.

CAPITULO III.

Solidez de la felicidad que dá la virtud.

Por mucho tiempo, mi muy amado y desgraciado Aristo, fué semejante á tí Filemon; recibió, como tú, de la naturaleza un alma susceptible de grandes pasiones, muchas riquezas é inmensas haciendas de sus padres. Pero Filemon ya no exîste.

Diez años de penitencia y de arrepentimiento precedieron al terrible instante de su entrada en la eternidad, y selló con el último suspiro su conversion á Dios y á la virtud.

Se halló escrita de su misma mano una descripcion de los dias de su vanidad, y de los que consagró al amor de la bondad Soberana. Al leer sus reflexiones se conoce que su Autor habia alimentado su Religion con los libros sagrados, y con todos los nobles sentimientos de que nos dexó San Agustin una expresion patética en sus confesiones. Su escrito tiene este título: *Triunfo de la Divina Misericordia sobre un corazon perverso.* Contiene lo que sigue.

"¡Dios y Padre mio!.... ¡Qué amables y deliciosas son para mi corazon las lágrimas con que se humedecen mis ojos al pronunciar este nombre tan dulce y consolador!.... ¡Ay de mí! Hubo un tiempo cuyo desórden quisiera borrar con toda quanta sangre han dexado en mis venas mis continuos y profundos ge-

midos. Tiempo de tinieblas y de horror, tiempo de vergüenza, de espanto, de remordimientos y de negros disgustos, en que esclavo de las pasiones mas viles y tiranas, abandonado de mis parientes despreciado de los hombres de bien, privado de mi propia estimacion, buscaba en la singularidad de los mas estremados excesos un asilo espantoso contra el fastidio y cansancio de mis desfallecidos y fatigados sentidos. ¡Treinta años de mi vida manchados con toda la corrupcion del vicio mas desenfrenado!.... ¡Santo Dios! ¡que recuerdo! ¿Y erais vos quien sosteniais unos dias cuyos momentos empleaba en despreciar toda conciencia y religion, formando de mis propias tinieblas un baluarte con que defenderme de los asaltos y de las inspiraciones de vuestra bondad incomprehensible? Queria huir de vuestra luz, pero es tan íntima á todas las inteligencias, y conserva sobre ellas una fuerza tan victoriosa é irresistible, que se encuentra hasta en las ruinas de todas las

facultades humanas, y obliga al prevaricador mas endurecido y abandonado á confesar que no hay crimen dichoso; porque el que abriga la iniquidad en su pecho se verá precisado á ponerle delante de un Juez y de un Tribunal.»

» ¡O luz divina! eterna y terrible antorcha, llama que desciendes del seno de la soberana verdad para consternar y atemorizar los corazones viciosos; tú eras, tú, quien me hacias tan deforme y horrible la vista de mí mismo, quando extendido en el lecho de mis remordimientos, solo veia en el reposo y en el profundo silencio de toda la naturaleza la magestuosa y formidable señal de la postrera revolucion que asolará el universo, y que hará servir sus encendidas ruinas para eterno tormento de los insensatos! ¡Qué letargo el del hombre que se duerme en el horror de sus vicios y perversas costumbres, en medio de los gritos de una conciencia que tiene miedo de sí misma, y de las crueles reflexîones

que le inspiran entónces su abandono así, solo, la falta de ruido, la obscuridad y la suspension de quanto le rodea!»

»¡Dios mio! en medio del movimiento y disipacion del dia os tenia por nada en el universo, y tal vez dudaba de la verdad de vuestra presencia y de vuestro supremo imperio sobre la vida y acciones de los hombres. Pero en la tranquilidad de la noche solo á vos veia en la naturaleza; parecíame entónces escucharos y sentiros, y me hacia estremecer el peso de aquella inmensa y terrible magestad que arranca de entre los vanos placeres las almas de los Príncipes y de los pueblos para sumergirlas en los sepulcros. ¿Mas cómo podré descubrir el terror que se apoderaba de mi espíritu quando en medio de un sueño inquieto y agitado de mil espantosas imágenes venia á herir de repente mis débiles, irritados y pavorosos sentidos la formidable voz del trueno de tus venganzas? Parecíame que yo solo en

todo el universo habia excitado aquel trastorno de la naturaleza, y que vos, Señor, dirigías á mí solo la vista en aquella tempestad con que commovíais los cielos y la tierra. Cada relámpago que venia del seno de las nubes á iluminar lo interior de mi estancia, donde procuraba adormecer mis temores, se lanzaba hasta lo íntimo de mi corazon, dexando en él señales de muerte: suspiraba entónces profundamente, é imploraba en mi auxîlio la virtud, conjurándola á que renaciese en mi alma. En estos momentos de terror se le representaba á mi espíritu la imágen de un hombre religioso y justo que me visitaba freqüentemente, y cuya inocencia y virtud le hacian respetable y amado de todos los hombres de bien. Hubiera sacrificado toda mi opulencia por la dulzura de tener una conciencia tan libre de miedos y de remordimientos. ¡O Teofilo! exclamaba en medio del espantoso desórden que me consternaba. Tú no eres tan desgraciado como yo... ¡Que

yo no tuviese tu alma y tus costumbres! ¡Ah! el que á este gran Dios que bambolea los desiertos, y estremece los cimientos de las montañas, le considera como á su Padre en estas circunstancias, se gloría de oirle anuciar con tanta magestad á todas las criaturas, que él solo posee el poder, y se deleyta de verle ostentar ante todas las grandezas de la tierra el magnífico esplendor de este poder y de su eterno imperio. Mas el vil esclavo de los placeres sensuales no puede mirar cara á cara el aparato que rodea el trono de su Criador.... ¡Quán terrible es el ver salir de su silencio al Ser invisible que sondea los corazones, quando nuestra iniquidad nos ha separado de su escogida é inmortal familia, y nos ha arrojado á la clase tenebrosa de los que maldecirán para siempre el dia en que naciéron! Estas crueles reflexiones arrancaban de mis ojos una multitud de lágrimas.... Envolvíame entre las ropas que cubrian mi cuerpo medio helado, como para librar-

me de la furia del rayo, y desde lo mas profundo de mi quebrantado lecho conmovido con mi temblor lanzaba tan violentos y amargos gemidos, que me avergonzaria de que hubiesen sido testigos de mi afliccion los compañeros de mis locuras, y aun de que lo fuesen los criados de mi mayor intimidad, á quienes solia confiar las demas flaquezas.„

„La madrugada de una de estas lúgubres noches, en las que el impio mas empedernido contra todo terror religioso sospecha que hay un Dios, quando me preparaba para salir á distraerme de mis tristes pensamientos, y á disipar en el seno de los vanos placeres las tinieblas de una noche tan melancólica, me avisáron que á Oronte mi amigo (si puede darse un nombre tan santo al mortal mas irreligioso y corrompido que hubo jamas) se le habia encontrado muerto en su mismo lecho.... ¡Dios mio! esta memoria me renueva aun el temblor que se apoderó de mí al oir noticia tan espantosa. Caí al pun-

to en tal desmayo y abatimiento que no me dexaba libertad sino para levantar al cielo mis ojos amortiguados, y pronunciar con voz interrumpida estas dos palabras: ¡Oronte! ¡Ay Dios! Ambos pasamos ayer el dia en la mayor disolucion. Esta idea horrorosa daba á las convulsiones de mi desesperacion un no sé qué de delirio y de ferocidad que me hacia inaccesible á todo quanto podia consolarme... Por todas partes veía cadáveres y sepulcros, y tenia por el último de mis suspiros cada movimiento de mi respiracion acongojada y trabajosa. La vista de mi habitacion me era odiosa é insoportable, no hallaba en ella sino señales fúnebres, y hasta las mismas paredes, á pesar de los ricos muebles que las hermoseaban, me parecian obscurecidas con un vapor sepulcral.... Este transito repentino é imprevisto de Oronte cubierto con toda la fealdad y oprobrio de los mas infames deleytes, á los abismos de aquella eternidad en donde cada criatura que desaparece

de entre los vivos encuentra el terrible depósito de su vida y de sus obras, me ofrecia una imágen tan espantosa que, para librarme del horror que me inspiraba, corria como un insensato perseguido de las furias y dando alaridos, semejantes á los de una fiera acosada de los cazadores que no halla por donde huir de los mortales tiros que la asestan.»

»Así me impusisteis, ó Dios mio, la dichosa necesidad de buscar en vos mismo un asilo contra vuestra cólera; y todos los terrores con que tanto tiempo oprimisteis mi alma impura fuéron unos ensayos de este gran golpe de misericordia que debia crear otro corazon, y restablecerme en la participacion de vuestra santidad y de vuestra felicidad inalterable.»

»Vos, Señor, me inspirais que continúe la historia de esta milagrosa transformacion. Acaso la pintura de mis dias tenebrosos, y de las dulzuras de mis expiaciones y penitencias, vendrá á dar en las manos de algunos desertores de vuestra santa alian-

za, y les moverá á buscar el remedio contra el mas cruel de todos los males en la misma fuente en que yo bebo ahora la felicidad mas pura.,,

„ Este desesperado y espantoso desórden á que me habia reducido la muerte repentina de mi amigo, me sacó del infeliz letargo en que yacía, y me puso en un movimiento irregular y extraordinario. Corria con celeridad de uno á otro extremo de la casa, llamaba á mis criados, venian y los despedia sin mandarles cosa alguna. Pedí el coche, y me dixéron que ya estaba puesto. Salí al punto, y sin saber que hacerme entré en él... me preguntáron dónde queria ir..... adonde querais, les dixe, no pude dar otra respuesta. El acaso, el capricho de los cocheros, ó lo que es mas cierto, Dios mio, vuestra mano invisible lo dirigió ácia el Norte de la ciudad.,,

„No léjos de la puerta de San Dionisio, y un poco mas abaxo de aquel arco magestuoso y augusto, monumento perecedero de la gloria

de un Conquistador que lloró al tiempo de morir la desgracia de haber hecho derramar las lágrimas y la sangre de los hombres, hay una Comunidad respetable y célebre por los hombres sabios, incorruptibles y modestos que ha producido, por los continuos servicios que hace á la Religion y á toda especie de infelices, y mas que todo por el prodigio de las conversiones que vuestra gran misericordia, Dios mio, no cesa de obrar en su recinto por medio del ministerio de esos héroes Apostólicos dedicados al glorioso cuidado de abrirnos los tesoros de vuestro Evangelio. Allí fue donde una impresion secreta y como celestial se apoderó de mi alma. No era ya esta aquella sofocacion causada por la desesperacion y sorpresa que hasta entónces habia ocupado toda la actividad de mi espíritu y de mis sentidos; era, sí, un tranquilo sentimiento que aliviaba mi corazon, y en el que me parecia descubrir un presagio de libertad y de salud. Al mirar aquel sa-

grado pórtico sentí interiormente cierto movimiento que parecia anunciarme que allí era donde me esperaban la paz y la felicidad. Mandé retirar el coche, y procurando no ser conocido, me mezclé entre la turba de los que concurren freqüentemente á este santo lugar con el deseo de reformar su vida y sus costumbres.»

»Quedé atónito al ver la quietud y profundo silencio que reynaban en aquel vasto recinto, en aquellos largos y tranquilos claustros, donde se pierde la vista, y el alma se siente penetrada de un grave y religioso sentimiento, semejante al que inspiran el reposo y pavor de los sepulcros. Sin embargo la mas ligera señal ofrece de repente la imagen agradable de la resurreccion universal, y aquellas bóvedas mudas y solitarias se mueven y resuenan con los pasos de los hijos del Señor que se reunen para cumplir los santos deberes, ó para tomar, alabandoos Dios mio, sus comidas frugales é inocentes... ¡Qué amable es, Señor, la ha-

bitacion de los justos! ¡y qué dia tan hermoso es la vida para todos aquellos que se emplean en bendeciros y en unirse con vos! ¡O virtud! tu gran triunfo es libertarnos de los crueles temores de nuestro último fin, y hacernos mirar con tranquilidad el peligro en que se hallan los hijos de los hombres de ser arrebatados de improviso por la muerte. ¡Oronte! tú has desaparecido como una nave á quien se creia libre de las borrascas y tempestades, y á la que una ola repentina arrojó con furia inexôrable á lo mas profundo del abismo. Sin esperarlo recibiste en tu juventud el postrer golpe destinado para humillar el orgullo humano: golpe que teme el anciano cargado de años y de miserias, sin embargo de que su blanca cabeza inclinada ácia el suelo parece que busca el sepulcro.... ¡Oronte! el Dios justo que cortó el hilo de tu vida solo dexó entre el desórden de tus costumbres relajadas, y el momento de tu comparecencia ante su trono eterno el intervalo de tu

último suspiro. Quando me separé de tí la víspera de tu muerte te quedabas meditando en la iniquidad, y esperabas pasar la última de tus noches baxo un dosel de púrpura y de oro.... ¡Quál habrá sido el destino de aquella alma arrancada con tanta violencia de sus proyectos! ¡Gran Dios! vos la habeis juzgado. Ya está decidido su eterno é irrevocable destino.... ¡Ay de mí! las sentencias que salen de vuestro tribunal no sufren revista ni modificacion alguna.»

»Estando ocupado de tan tristes reflexîones en lo interior del aposento que se me habia preparado, se presenta á mí uno de aquellos virtuosos Eclesiásticos encargados de la direccion de los forasteros, con aquel ayre de modestia, dulzura y recogimiento religioso que inspiran una tierna veneracion; creí ver á la virtud misma ofreciéndome todos los tesoros de su paz, y derramando los primeros rayos de su luz celestial sobre las tinieblas de mi alma. Preguntóme aquel Varon santo con todas las de-

mostraciones de una caridad la mas fina y cariñosa sí, conduciéndome Dios á aquel lugar de recogimiento y penitencia, me habia inspirado tambien el deseo de buscar en él un Director de mi espíritu. Santo hombre, le respondí humedeciendo con mis lágrimas sus manos, las quales apretaba con las mias, treinta años ha que arrastro las vergonzosas cadenas de las pasiones mas viles; teneis delante de vos al mas criminal y desgraciado de todos los hombres! Ah! mi corrupcion es demasiado inveterada y profunda; el vicio no ha dexado ninguna cosa sana dentro de mí, ha penetrado hasta la médula de mis huesos.... le siento circular en mi sangre por todas las venas: : : Al acabar estas palabras unos sollozos precipitados interrumpiéron mi voz, y mi cabeza se reclinó sobre el pecho de mi libertador. ¡Pero que sorpresa fué la mia al sentirme fuertemente apretado con aquel corazon todo lleno de Dios, y al ver mezclar las lágrimas del justo con las

de un mísero pecador! En esta situacion estuvimos inmóbles largo rato, y vos, Dios mio, mirabais desde lo alto de vuestro trono esta escena, únicamente visible á vos, como un suceso mil veces mas digno de la admiracion de los Angeles y de los hombres que todos los que la vanidad inmortaliza en la historia de los Reyes; y bendeciais estas sensibles primicias del triunfo que vuestra misericordia iba á conseguir sobre la dureza y perversidad de mi corazon.»

„ *El dedo de Dios está aquí*, exclamó al punto el enviado del Señor extendiendo sus manos sobre mí, y abriendo sus ojos, en los quales brillaba el arrobamiento de una alegría toda divina. ¡Ah! yo empecé á disfrutar una parte de aquel placer celestial que se substituye en un penitente á los negros cuidados, y á los gustos criminales y turbulentos. ¿Será verdad, decia yo, apretando con mis labios las manos de mi Angel tutelar, será verdad que aquel

Dios de bondad quiere conducirme de tan léjos, *y restablecerme en la generacion de los que le buscan* y le poseerán para siempre? Aunque esta dulce esperanza estaba tan confusa todavía en mi alma, derramaba en ella una suavidad inexplicable, que jamas habia gustado hasta entónces. Confesemos, me dixo aquel varon santo, tomando el tono y la sonrisa de la alegría modesta y amable que solamente se encuentra en la virtud, confesemos que el que dirige desde lo alto todos los acaecimientos humanos es un Señor muy grande, y que son demasiado locos los hombres que buscan tan léjos y á tanta costa los medios de satisfacer la necesidad que les obliga á aficionarse á alguna cosa, y á encontrar algun punto de reposo. Sin duda es una gran desgracia haber pasado baxo el yugo de las pasiones los mas preciosos años de una vida, cuyos instantes se deben invertir todos en el estudio de la verdad y de la sabiduría. Feliz el hombre que andu-

vo siempre por los caminos de la santidad y de los suaves designios de su padre inmortal. Feliz el que lleva consigo al sepulcro la lisonjera satisfaccion de no haber amado en la tierra sino al único bien que se encuentra en la eternidad. A la verdad nada es comparable con la dicha de morir sin remordimientos, y entregar á su Criador un alma que nunca se manchó con la impureza del vicio; pero tambien es cierto que nada hay mas interesante, mas grande, ni mas digno de la inmensidad de la divina misericordia, que la aceptacion de las lágrimas y sollozos de un corazon extraviado, que, conociendo su miseria, quiere volver al seno de su Dios. Puede decirse que el pecador convertido siente en la virtud un encanto desconocido para los que jamas la perdieron. Parece que nada le queda á Dios que hacer para consolarnos de los ultrajes que le hiciéron nuestros crímines, y que su ternura se estudia á sí misma para indemnizarnos de todas las

penas que hemos sufrido siguiendo al mundo y sujetándonos á su tiránico yugo. Para unirnos indisolublemente consigo, como si el gozo que siente de habernos recobrado pudiera ser turbado por el temor de perdernos segunda vez, se apresura á hacernos gustar lo que se encuentra mas exquisito, mas puro y mas dulce en los tesoros de su inefable esplendor, y á difundir en nuestro corazon aquel calor divino que es en cierto modo parte de su felicidad infinita... ¡Ah! los hombres no saben qué nombre dar á esta efusion de la gloria de Dios en un alma penitente, porque no hay palabras que correspondan á la verdad y excelencia de una cosa tan divina, y porque esta comunicacion intima de su luz inefable solo se halla bien expresada con el silencio, el respeto y la profunda adoracion de un alma que la siente y se sacia con ella.»

»¡Oh, que precioso espectáculo es para el cielo un verdadero convertido! ¿Has leido, Filemon, prosi-

guió el santo Sacerdote: como el Salvador del mundo nos pinta la ternura de Dios para con el pecador que se arrepiente? ¡Qué alhagüeña es la imágen de la conversion de un hije desnaturalizado y disoluto que, abrumado con el peso de la vergüenza y de sus remordimientos, vuela á los pies de un padre, el qual al punto olvida los desórdenes del mas depravado de sus hijos, cede al ascendiente imperioso de la naturaleza y de la sangre, se arroja transportado de gozo sobre aquella porcion de sí mismo querida y perdida por tanto tiempo, le estrecha entre sus brazos, le oprime contra su corazon, y no puede hablarle sino con lágrimas de gozo que bañan sus mexillas marchitadas con los trabajos y las miserias! ¡Qué escena tan tierna! ¿Qué alma sensible podrá resistir á unas situaciones de esta naturaleza? Y quando el Hijo de Dios, para animar nuestra esperanza, nos pinta la grandeza de la divina misericordia con unos colores tan vivos y

fuertes, ¿podrán dexar de reconocerse en el uso que hace de medios tan delicados y victoriosos, los sentimientos y el corazon del amigo mas tierno y verdadero?»

»Así verificó el Hombre Dios, con la conducta que observó en toda la carrera de su augusto y laborioso ministerio, quanto habia dicho sobre el precio y excelencia que adquiere á los ojos del Ser Supremo un alma arrepentida de su iniquidad, y que desea volver á la gracia de su Criador. Jamas se le vió mas vivamente conmovido, que á la vista de una conversion. Quando rodeado de los primeros discípulos de su Evangelio recorre los palacios y pueblos de la Judea, y Galilea, vé y oye sin alterarse quantas particularidades y noticias interesan al resto de los hombres, los raros espectáculos, las revoluciones extraordinarias, las empresas formidables de los Señores del mundo, la magnificencia de edificios y antigüedad de monumentos; mas nada le detiene, nada puede distraer-

le un instante de aquel magestuoso y profundo recogimiento en el qual medita fundar sobre las ruinas de todos los dominios y pasiones de la tierra su eterno é incorruptible imperio. Pero quando sus miradas se dirigen á objetos pertenecientes á tan grande y magnífico designio, quando encuentra una criatura en la que la mano de Dios ha empezado á excitar los primeros remordimientos que preparan la libertad de un culpado, y el milagro que ha de hacer de un elegido del mismo seno de la corrupcion; quando, por exemplo, una pecadora famosa en la ciudad por sus disoluciones y escándalos, se siente de repente horrorizada de sus excesos, le busca con la mayor ansia, se arroja á sus pies, imprime en ellos sus labios, los riega con un torrente de lágrimas, y sus cabellos bañados en el llanto que cubren y envuelven, por decirlo así, lo que ella mas adora::: ¡Ah! he aquí para su corazon el espectáculo mas agradable que puede ofrecerle el universo ¡Cómo

se afana á exponerla á la admiracion de quantos le rodean! ¡Quán sublime y divina le parece aquella postura, aquellos llantos y sollozos, y todo aquel aparato de humildad y de penitencia! ¡Cómo le llena de gozo este procedimiento, y quánto se complace al contemplar en esta muger, que se anonada á sus pies, uno de los primeros y mas brillantes triunfos de su mision divina! *Ved esta muger*, exclama, queriendo dar á este suceso acaecido en la obscuridad todo el esplendor y fama de un grande y memorable acontecimiento. Da un precio y una dignidad infinita á la menor circunstancia que le acompaña, las hace notar todas para que entendamos quán preciosa es la menor particularidad en las obras que la gracia inspira, y con qué fidelidad tan tierna pone Dios en cuenta hasta nuestros menores sacrificios.»

»Con tan sabios y consoladores discursos difundia en mi alma aquel hombre justo la confianza y el dul-

ce convencimiento. Al oirle hablar de un modo tan persuasivo de la bondad de Dios y de la incomprehensible caridad de Jesu-Christo para con los pecadores sentia no se qué de puro, filial y tierno, que mi corazon se inflamaba, y no hubiera podido sostener la fuerza de la impresion violenta que padecia, si no hubiese hallado desahogo en la abundancia y continuacion de mis lágrimas. Me era insoportable la idea y el remordimiento de haber vivido tanto tiempo en la ignorancia de una Religion en la que todo es sublime, precioso y tan admirablemente acomodado al carácter, al corazon y á todas las necesidades de los hombres.»

»El venerable Siervo de Dios mantenia estas felices disposiciones con su continua asistencia y con la uncion y energía de sus discursos, y me preparaba de este modo para aquel feliz dia que debia restituirme en todos los derechos y esperanzas de los hijos de Dios. Su sola presencia causaba en mi alma aquel sentimiento é

impresion evangélica que nos hace amable la soledad y las lágrimas; y desde que he conocido y tratado hombres virtuosos soy de parecer que la prueba mas victoriosa de la divinidad de la Religion es aquel carácter inimitable de magestad, de libertad y de firmeza que dá á los que viven segun su espíritu.»

»Hombres hay, ó Dios mio, en la tierra desconocidos al Universo; que viven y mueren en obscuridad de su siglo; pero que son por lo mismo á vuestros ojos los únicos y verdaderos grandes que merecen el obsequio y respeto de la admiracion pública. Mas las estatuas de los Conquistadores y de todos los Mártires de la gloria humana serán igualmente sepultadas en un abismo, el qual al momento que el último de los escogidos desaparezca de acá baxo devorará repentinamente todos los tronos é imperios del mundo; entónces la mayor dominacion y grandeza quedarán obscurecidas con el resplandor de la dignidad régia y

eterna de que será revestido el humilde y obscuro discípulo de la cruz y de la penitencia: entónces principiará la fama y gloria de los héroes de la gracia y de la eternidad; entónces nada será digno de estimacion sino lo que hubiese sido conforme á la voluntad divina; y la luz de la inmutable é incorruptible verdad, que aclarará por primera vez lo mas oculto de todos los designios y empresas que inquietáron á los hijos de los hombres, les convencerá de que si el Universo habia sido un espectáculo augusto y digno de los esmeros de su Criador, no fuéron la causa sus grandes Imperios, la magnificencia de sus ciudades, ni la celebridad de sus dominadores; sino que toda su gloria le provenia de estar destinado para servir de tránsito á los ciudadanos del Imperio de la eternidad, y de ser el lugar de las pruebas, de las tribulaciones, y de las lágrimas, cuya amargura era preciso que gustasen los justos ántes de ser elevados á la participacion de la glo-

ria y de la eternidad de Dios. Entónces se verá que el humilde y desconocido cuerpo de los verdaderos bienaventurados era el único apoyo de toda la obra de la Creacion; que todo subsistia, y se habia hecho por ellos; que sus oraciones y lágrimas eran la única razon para que Dios suspendiese el castigo de los culpados; y que los suspiros de un corazon inocente decidian mas de la suerte de los Estados y de las Naciones, que todas las medidas y toda la política de los que creen gobernar el Universo, y ser los árbitros del destino de los pueblos. Solo vos, Dios mio, ofreceis á los ojos del hombre justo un ser mas grande y mas excelente que él, y únicamente encuentra en la inmensidad de vuestra gloria la medida y modelo de lo que ha de venir á ser; esta es la razon por qué *los nombres de los Dioses de la tierra estan escritos sobre el polvo, y los que os temen serán eternamente grandes*; porque, en efecto, lo son delante de vos, y porque

solo la gloria que de vos nos viene sobrevivirá á la destruccion de todos los edificios y monumentos de la tierra.»

»Hijos de los hombres, necios partidarios de las pasiones y de las puerilidades de un mundo perecedero: ¡ah! si la compasion que inspirais, por el cruel abandono que haceis de un alma que debiera seros tan amada, no fuese mas poderosa que el movimiento de indignacion que se experimenta al ver la infamia y la corrupcion con que os cubris, ¿no se os deberia decir que obrabais bien viviendo baxo el despreciable yugo á que os habeis sometido, y que solo los espíritus nobles y los grandes corazones son capaces de elevarse hasta la altura del Evangelio, y dignos de conocer la magestad y la excelencia de la Religion?»

»Pero á mí no me toca, Dios mio, avergonzar á mis hermanos; no debo olvidar jamas que los corazones corrompidos tienen derecho á preguntarme á quien debo la felicidad

de haberme separado de ellos. El que por el favor del Príncipe salió de la obscuridad y de la miseria debe condolerse mas que otro de las aflicciones y trabajos que sufren los que le fueron iguales, y no olvidarse jamas que fué de la clase de los infelices. Yo fuí, Dios mio, de la de los perversos; infeliz de mí si un solo dia de mi vida dexo de pagar el tributo de sensibilidad, de lágrimas y de gemidos que me impone la memoria de haber arrastrado las mismas cadenas, y padecido los mismos males y tribulaciones que sufren aquellos.»

»Al fin ví lucir aquel gran dia de mi libertad y adopcion en la augusta é inmortal sociedad de los Santos. En diferentes intervalos, Dios mio, puesto á los pies del padre tierno y del amigo generoso que vuestra gran misericordia me tenia reservado, hice una relacion de la deplorable y tenebrosa historia de mi vida, y descubrí todo el misterio de iniquidad que mi corazon impío habia ocultado tanto tiempo. ¿Pero qué digo, Se-

ñor ? ¿ el desórden de mi vida podia encubrirse á los que tenian que seguir mis pasos, conocian mis amistades, notaban las continuas irregularidades de mi conducta extravagante y de mis necias conversaciones? Yo no procuraba disimular á vista de mis semejantes ; tal vez me hubiera avergonzado de parecer ménos atrevido y determinado á atropellar los deberes mas sagrados, y á no respetar nada en el Cielo ni en la tierra. Entre los hombres de bien hubiera querido poder tomar la voz y el ayre de la virtud ; pero ésta solo se parece á sí misma ; y tiene una forma, un lenguage y un carácter tan distinguido, que todos los artificios de la hipocresía no pueden llegar á tomar su apariencia, ni deslumbrar á quien tiene algun conocimiento de los hombres. Entre tanto, Dios mio, yo murmuraba, como todos los insensatos que quieren engañarse á sí mismos, de la ley que somete á los pecadores á que manifiesten sus pecados á un hombre como

ellos, y decia tambien entre mí: esto es lo mas impracticable y terrible de la Religion. ¡Necios alucinados! ¿no veis que todos los dias se manifiestan vuestros vicios á la faz de todo el mundo, y que vuestra conducta habitual es una confesion pública del espantoso desórden que reyna en vuestros corazones? ¿Quién puede quejarse de que su salud eterna consista en el uso de un medio tan humano y tan dulce?»

»¡Santo Dios! ¿no sois vos nuestro único bien, nuestro refugio, nuestra salud, nuestro asilo, nuestra gloria y nuestro todo? ¿Si para reparar una pérdida tan enorme y terrible; como la de vuestro eterno amor, fuese preciso arrancarnos del seno de la naturaleza, de nuestra patria, de nuestros hijos y de todo quanto mas amamos en este mundo; si nos fuese preciso sepultarnos en horrorosos desiertos, teñir las rocas con la sangre de nuestras maceraciones, y que las montañas y cavernas resonasen con nuestros profundos llantos y ge-

midos, deberiamos estar indecisos un solo momento? Porque á la verdad, ¿quién puede sostener la idea de un alma inmortal, de un alma que, destinada á gozar de la gloria y esencia del Ser infinito, no fuese sino la víctima indestructible de la cólera y de la indignacion de su Padre y de su Criador? Pero vos, Señor, no exponeis nuestra debilidad á unas pruebas que la intimiden; solo pedis lágrimas, arrepentimiento, y efusion de corazon; cuyos medios, al paso que siempre adormecen los grandes dolores, son el mas dulce remedio de la sensibilidad desgraciada; ¿y esta sábia y eterna dispensacion de vuestra misericordia para nuestra salud eterna en el órden de la gracia no es una imitacion palpable de la que la naturaleza hace seguir á nuestro corazon siempre que quiere encontrar algun consuelo en los males que le afligen?»

¡O Filemon!, me decia el santo Sacerdote que me ilustraba sobre estos objetos tan importantes, los que

buscan como justificar su repugnancia para no confiar á un Ministro de la Religion el secreto de sus conciencias, estan muy distantes del reyno de Dios; y solo la dureza de un alma que aun no ha sentido el primer movimiento de penitencia, será la que se atreva á oponer las miserables rebeliones del orgullo contra la necesidad de humillarse á los pies de los sagrados intérpretes de la bondad divina. El hombre verdaderamente arrepentido no necesita de que otro le anime para abrir su corazon á su hermano y semejante. Quando la Religion no impusiese esta ley indispensable, se veria precisado á volar á los brazos del hombre justo para satisfacer la necesidad que tiene de ser consolado, y encontrar en él un consejo y un apoyo. Añadió asimismo esta reflexîon llena de verdad y muy despreciada de aquellos á quienes cuesta tanto confesarse culpados delante de los otros. Son hombres, es verdad; ¿pero no reflexîonan que estos hombres son *otros tantos christos*, *hijos de Dios vivo*, y que el carácter divino

que tienen impreso los separa, por decirlo así, de su especie, y los eleva á un órden sagrado y distinguido? Son hombres, mas *la virtud del Altísimo reside en ellos*, y son superiores á los Angeles por aquel poder y admirable excelencia que les da sobre todo lo que se llama grande en el cielo y en la tierra su incorporacion en el sacerdocio eterno de Jesu-Christo, y su unidad con nuestro Redentor en la direccion de la grande empresa de Dios y de la fundacion de su sublime é incorruptible imperio.»

»¿Has notado alguna vez, prosiguió, las circunstancias en que el hijo de Dios concedió á los hombres el poder mas grande que jamas se ha exercido sobre la tierra, confiriéndoles la facultad de ser los mediadores y los salvadores de sus hermanos? Pues fué despues de haber consumado el último misterio de su mision laboriosa; despues que, habiendo resucitado y triunfado del infierno y de la muerte, tomó posesion del soberano poder que le fué dado sobre todo el universo; quando ya

el mundo no podia dudar de la verdad de su palabra y su dominio supremo sobre todas las criaturas, y finalmente despues de haber hecho brillar todos los rayos de su gloria, despues de haber mandado á las tempestuosas olas que se apaciguasen, á la muerte que restituyese sus víctimas, á los astros que se esplicasen, y á la tierra que temblase; entónces fué quando se preparó á crear semejantes ministros, á multiplicarse y perpetuarse *en los hombres santificados por la virtud de su presencia y de sus discursos*; entónces fué quando contemplando con un género de respeto á los hombres que iba á elevar á toda la altura de su dignidad infinita, *sopló sobre ellos.*»

»¡Qué expectáculo tan admirable! En él se ve el mas grande y el mas milagroso de todos los esfuerzos de su caridad inmensa. Ved por qué movimiento tan extraordinario quiso inspirarles su alma, su virtud y su autoridad. *Recibid el Espíritu Divino*.... Ya sois los Príncipes de la paz, los padres del siglo venidero, los árbitros del

linage humano y los verdaderos Señores de la tierra; yo os envio en medio de los que la habitan, como mi Padre me envió á mí. ¡O Filemon! ¿puede decirse que aquellos á quienes se nos ha mandado que descubramos nuestras miserias, son hombres solamente.» Así concluia mi sabio Director cada una de las consideraciones sobre este importante objeto.

«No, Dios mio; son Dioses: vos habeis puesto en ellos todo quanto una naturaleza mortal podia llevar de vuestra gloria, de vuestra magnificencia, de vuestro poder sobre el corazon y pensamientos de los hombres: son, como vuestro muy amado y adorable Hijo, *el reflexo de vuestro resplandor, la reproduccion de vuestra excelencia infinita, la figura de vuestra impenetrable substancia, y vos les habeis dado en herencia, como á él, las naciones de la tierra y todo el universo por imperio.*»

» Penetrado con estas santas y sublimes verdades, ¡quánto se mudáron mis ideas sobre la ley de la confesion!

¡y qué consuelo tan grande recibia mi alma al paso que descubria mi corrupcion y malicia al ministro de la penitencia!.... Pero en el momento que con el semblante inclinado á tierra y anegado en mis lágrimas oí pronunciar las sagradas palabras... ¡O Dios mio! ¿Por qué no me dais valor para que pueda descubrir lo que pasó entónces en mi alma, y la feliz revolucion que causó en mis potencias? ¡Con qué prontitud desapareciéron todas aquellas inquietudes que envenenaban hasta los instantes de mi arrepentimiento y esperanza! Semejante á un hombre que sofocado por mucho tiempo baxo las ruinas de un edificio que cayó encima de él, y sacado de repente de entre los pesados escombros que abrumaban sus miembros, pasmado y como fuera de sí, parece que ve por la primera vez, y que todo lo extraña, se le trastorna la cabeza, respira con interrupcion, hasta que, dando un gran suspiro, advierte que sus entrañas recobran por fin su movimiento, y reconoce en el ayre que toma su curso natural su

elemento propio: así, Dios mio, al volver á entrar mi alma en vuestro adorable y bienaventurado seno, encontró su natural refugio, y se vió restituida al principio que le dió la vida, principio que hace á los hombres inmortales y eternos.»

»En este estado de deliquio todo divino permanecia inclinado á la tierra y enagenado con el gozo de mi felicidad; y no sé hasta quando aquel sentimiento profundo, que absorvia todas mis penitencias, me hubiera tenido inmóvil en aquella postura de enagenamiento y de adoracion, si la mano del hombre justo no me hubiera ayudado á mudar de situacion. Entónces fué quando me pareció que aquel Angel del cielo entraba en un éxtasis divino. Sus ojos fixos sobre mí tenian un no sé qué de augusto y de adorable.. ¡O Filemon! exclamó, yo saludo. admiro y honro en tí lo que hay de mas sagrado y venerable sobre la tierra, un Santo, un elegido de Dios. Dichosos los corazones que posean los bienes que el tuyo acaba de recibir en este

instante. Hete aquí hecho de repente el santuario de la gloria y de la luz de Dios. Su vida circula en tí, y no hay nada en el universo comparable con la excelencia del nuevo ser que acabas de recibir, y con la grandeza del destino que te espera. ¡O qué golpe de alegría sentirás siempre que pienses que, despues de haber sido por tanto tiempo forastero en la casa de Dios, y de tener perdidas tantos años las esperanzas de ser adoptado por Jesu Christo, has venido á ser *el ciudadano de los Santos*, el hermano de todos los predestinados, miembro de la Iglesia de la eternidad, el descendiente de los Patriarcas y Profotas, *la piedra viva é inmortal del edificio establecido sobre el fundamento de los Apóstoles* y de los Mártires, y uno de los trofeos que estarán eternamente colgados en medio de la Ciudad de Dios á la gloria *del Cordero, que nos redimió con su sangre, y nos unió á los de todas las tribus, de todas las naciones y de todas las lenguas.*

CAPITULO IV.

De la excelencia y dulzura de la justicia christiana.

Filemon continua refiriéndonos las sabias pláticas que le hacia su Director, para darle la mas perfecta idea de su nuevo estado, y para fortalecerle en el amor y práctica de la virtud. ¡"Quanta fuerza y elevacion, dice este venturoso penitente, daban á mi alma aquellas palabras pronunciadas con el fuego de un entusiasmo divino y en las que todo me parecia sólido, sublime y lleno de susbtancia y verdad!» .. Mi Padre espiritual, para ilustrarme sobre la grande idea de un alma arrepentida, prosiguió de este modo:

»La mayor parte de los hombres, Filemon, apénas ve en el beneficio de la reconciliacion, que se nos ofrece en el tribunal de la Penitencia, si no una gracia suficiente para borrar nuestras culpas, y lavar las man-

chas introducidas por nuestras pasiones y vicios. Con unas ideas tan imperfectas y superficiales de aquel gran misterio de misericordia, es imposible que al acercarse á este Sacramento dexe de apoderarse de ellos la vergüenza, y que muchas veces al apartarse de él no se vuelvan con su iniquidad en el corazon. La remision de los pecados es, digámoslo así, lo ménos admirable en la obra de la justificacion christiana. Si la purificacion de nuestra conciencia fuese el único efecto de este gran Sacramento, que bendice nuestros remordimientos y nuestras lágrimas, bastaria ciertamente para librarnos del castigo eterno reservado á los que mueren impenitentes; mas no nos daria la dignidad y excelencia de un ente capaz de soportar el peso inmenso de la gloria de Dios, y de entrar con él en la participacion de la bienaventuranza y de la inmortalidad. Ninguna cosa puede elevarse de repente hasta lo infinito; y lo que solo sirviese para borrar las manchas de nuestros crímenes no podria ser-

vir para engrandecer nuestra nada, ni comunicarnos la fuerza necesaria para remontarnos sobre la esfera de nuestra naturaleza. Es preciso, pues, que á fin de vencer la desproporcion que tiene sujeta á toda criatura dentro de su esfera, y tan distante de aquel gran Dios, cuyo trono está colocado en las profundidades de una luz inaccesible, es preciso, digo, que un carácter sobrenatural éntre á substituir al natural y propio suyo, aumente el precio de su exîstencia, y dé á sus obras, á sus acciones, adoraciones, sacrificios y tendencia ácia Dios un valor que no puede sacar de sus propias facultades, en donde todo es débil, pobre é impotente, es preciso, en fin, que una impresion de lo infinito prepare á la misma criatura para que alcance su posesion, y que de antemano resida algo de divino en la que es llamada á gozar de la eternidad y felicidad de Dios.»

»El gran designio de la soberana Sabiduría en la economía de la

Religion y de la gracia, si lo consideramos con atencion, es hacer partícipe al hombre de toda la grandeza y perfecciones infinitas de que es capaz su miseria, dándole, si podemos hablar así, un equivalente de lo que es Dios. He aquí la verdadera clave para entender los arcanos que contristan nuestra razon, y la única luz que nos ilustra sobre el principio de todas las cosas y el último destino de las criaturas. ¿Mas cómo ha podido cumplirse un designio tan incomprehensible y tan precioso para el hombre? El mas sublime de nuestros Evangelistas nos explica con muy pocas palabras lo que hubo de mas grande y reservado en los consejos de Dios. *El Verbo que existia al principio, y por quien todo fué criado, tomó la naturaleza humana* en la unidad de su Persona y grandeza infinita. El mundo, pues, vió en un hombre *la gloria del Hijo único del Padre*; vió un nombre en el qual residia la virtud y la excelencia de Dios, *lleno de su fuer-*

za y de su verdad eterna. Y todos hemos participado de su plenitud.»

»Esto es lo que puede llamarse el centro y la médula de todo el sistema de Dios en la fundacion del universo, en el establecimiento de la Religion y en la direccion de todos los acontecimientos humanos.»

„Así el carácter de la justicia que recibimos de Jesu-Christo consiste en comunicarnos, en quanto somos capaces, su consubstancialidad y su igualdad con el Sér infinito: en establecer entre el Hombre Dios y todos los que su gracia ha purificado una unidad tan íntima, que su dignidad y méritos vienen á ser la propiedad de cada *hijo de la adopcion santa.* Somos á los ojos de su Padre otros tantos *Christo de Dios vivo.* El Eterno reconoce en nosotros las imágenes de su gloria y como las reproducciones *de su Hijo Encarnado.* Todas nuestras adoraciones, nuestros suspiros y lágrimas delante de sus ojos son de un precio y de un obsequio infinito, y quando en

el mundo existiese un solo hombre, si este conservase la santidad de la alianza evangélica, su residencia en medio del universo, bastaria para que Dios fuese infinitamente glorificado, y para que encontrase siempre en la obra de la creacion algo correspondiente é igual á la gran gloria que se da á sí mismo en el abismo de su propia inmensidad, desde los siglos de los siglos.„

„¿Qué hombre, Filemon, se hubiera atrevido jamas á interpretar de este modo los fines del Todo-Poderoso, y á afirmar que el deseo de Dios en la dispensacion de los dones que Jesu-Christo traxo á la tierra fué hacernos contraer la infinidad y la soberana excelencia, si este Hombre Dios no hubiera aclarado el gran misterio del Padre celestial, del modo mas propio para subyugar los corazones mas duros? Nos anuncia en los términos mas claros y positivos que por él y en virtud del parentesco que contraxo por medio de la Encarnacion con todo el linage hu-

mano, fuimos incorporados en la gloriosa é inmortal sociedad que existia en lo interior de la gloria de Dios ántes de la creacion del universo; que estamos unidos á él con un vínculo de fraternidad tan fuerte y tan indisoluble, que él mismo nos reconoee delante de su Padre por la *carne de su carne y el hueso de sus huesos*; *que si perseveramos en su santa gracia nos pertenece todo quanto tiene*; y que participamos de la propiedad y posesion de todos los tesoros encerrados *en el santo esplendor*, *en el qual nació antes de la aurora*; que él es la vida incorruptible *en que estamos inxeridos de un modo inefable*, y de quien recibimos el alimento íntimamente y sin cesar, como las ramas reciben su xugo, su calor su fecundidad y su vigor del tronco vivo á quien están unidas. ¡Qué pintura!»

»Y á vista de esto ¿no deberemos admirarnos del grande aprecio que Dios hace de los que reciben su palabra, y de aquella efusion de ter-

nura tan viva, tan ardiente y tan pacífica, desconocida hasta entónces, y de la que no se habia visto ningun egemplo en la tierra? ¡Qué sentido tan profundo, y qué amor tan incomprehensible no se manifiesta en este lenguage que le inspira el deseo de consolar á los suyos en medio de las tribulaciones que les están reservadas por parte de los perversos! Querido y *corto rebaño*, que mi Padre confió á mi cuidado, no temas, le dice, las contradiciones de las criaturas, ni la crueldad de tus enemigos; porque aquel gran Dios que te conoce y ama tiene su mas dulce complacencia en prepararte los tronos, desde donde juzgarás conmigo á todos los sabios del siglo y á todos los señores del universo. *No te deges jamas trastornar por el poder de los que solo pueden atormentar tu cuerpo*; *el que cree en mí es inacabable*, *inmortal y eterno*; *porque yo vivo y vosotros vivireis tambien*.... En el gran dia de toda la efusion de mi gloria sobre mis hermanos será

quando conocereis aquel gran misterio de unidad, y como *yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros*. Digamos, Filemon, para gloria del que nos bendice de un modo tan admirable, que el corazon no se siente con bastantes fuerzas para sostener la impresion que produce en él la vista de un Dios que habla así á los hombres; y que el justo necesita distraerse de ella para no ceder, quando la contempla, al placer irresistible de morir de ternura y de alegría. Infelices los que no se enternecen con objetos de esta naturaleza. Es preciso perder la esperanza de conducirlos á la verdad por el camino del sentimiento. Dotados por la naturaleza de un corazon perverso, no son propios para una Religion que solo fructifica en las almas sensibles y capaces de impresiones tiernas, porque en ella esencialmente todo es amor y caridad.,,

„No seria exâgeracion decirte que el carácter de la justicia evangélica es convertir nuestra debilidad en la fuer-

za de Dios, é ingerimos, por decirlo asi, en su substancia inmortal. Los primeros Apóstoles de la doctrina de Jesu-Christo hablaron en los mismos términos que su Divino Maestro del alto punto de grandeza á que nos eleva su gracia. San Pedro llama á esta preciosa gracia *un don grande*, por medio del qual venimos á ser compañeros en la gloria de Dios, nos hace entrar *en su suerte* inmudable y bienaventurada, *y participar de su naturaleza*. San Pablo confunde de tal modo nuestro destino con el del Hombre-Dios, que nos apropia todos sus triunfos, y nos vé ya *resucitados*, *glorificados y sentados* con él *en los lugares celestiales*, es decir, que de derecho, y en virtud de los misterios cumplidos ya en nuestra Cabeza Jesu-Christo, todo quanto es de su sangre posee las mismas prerogativas: que el estado de Jesu-Christo es indivisiblemente el estado de todo hombre justificado por su gracia: que la obra de nuestra exâltacion está ya concluida, y que si

perseveramos en la alianza en que hemos sido recibidos, sola la muerte puede retardar nuestro mayor triunfo é inalterable *residencia á la diestra de Dios Padre.*„

„He aquí, Filemon, una idea, aunque imperfecta, de aquel estado natural y divino á que nos ensalza la justificacion christiana, y que nos constituye en un grado en que nada puede compararse á nuestra grandeza. *Esta gracia del Salvador*, que reside en nosotros, es parte de aquel grande *esplendor de Dios*, del qual habla Jesu-Christo y nos dice *haber poseido* dentro de la esencia infinita *ántes que el mundo hubiese sido criado de la nada.* La comunicacion del Ser Divino con el alma que ha recibido la aplicacion de los méritos del Redentor es tal, que el Espíritu Santo viene á hacerse su verdadero órgano, y es el *vínculo de este comercio imcomprehensible* por una verdadera é íntima residencia de su persona adorable en lo mas interior de nosotros mismos. *La caridad de Dios*, declara el Apóstol *á*

los fieles de la Iglesia naciente, *ha sido derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo que se os ha dado.* No pintó Jesu-Christo con colores menos vivos este glorioso y palpable carácter de nuestra adopcion eterna. Anunció la venida del Espíritu Santo como sello de sus promesas y como advenimiento de su natural é inseparable cooperador en la obra de la reconciliacion del universo.

„No dixo que el grande Consolador de los hombres nos asistiria ó nos inspiraria desde lo alto de aquella inmensidad de gloria donde procede del Padre; sino que nos le daba como el amigo y el compañero de nuestros corazones, y como que debia residir en ellos por una accion y *presencia* que es preciso entender en la significacion propia y natural de esta palabra. Advierte, Filemon, la fuerza de este modo de hablar: *Yo suplicaré á mi Padre, y él os enviará un segundo Consolador que permanecerá con vosotros. Este es el Espíritu de verdad que el mundo* (es decir aquellos que viven se-

gun la carne) *no puede recibir, porque no le conoce; mas por lo que hace á vosotros le conoceréis, porque él quedará entre vosotros y reposará en vosotros.*„

„¿Has comprehendido ahora, Filemon, la gran dignidad que acabas de recibir, y la razon por qué en el momento que pronuncié sobre tí aquellas santas palabras, que hacen pasar al pecador á la clase de los elegidos, me viste contemplarte y admirarte como si presentases á mis ojos una nueva y extraordinaria forma? ¡Ah! veia que se obraba en tu alma el mayor de los milagros, y que se difundian en tu corazon los tesoros de Dios. No hay obsequio que no se deba *á los herederos de la dichosa esperanza*; y si quando encontramos á un hombre, estuviesemos seguros de que era justo, y que pertenecia al rebaño de Jesu Christo, era necesario que, sorprehendidos á su vista con un terror religioso, y postrados ante él, adorasemos á la Magestad infinita en su santuario el mas augusto y el mas santo.

„Así, pues, tu vida, que hasta aquí no ha sido sino un sueño, tiene ahora una duracion real, preciosa y llena de la vida del mismo Dios. Contempla que ahora principia tu verdadera exîstencia, y que cada uno de los instantes que corren, lleva á los pies del trono del gran Dios un tributo de un valor divino. Contempla que tus menores acciones, tus deberes mas comunes y obscuros, todos tus movimientos, y hasta tus desahogos y reposo serán contados y escritos en *el libro de la vida* como otros tantos acontecimientos destinados á hermosear la inmortal historia de los elegidos de Dios, y á ser el objeto de la alegria de los Santos y del cántico de la eterna Sion, porque *Jesu-Christo es la verdadera vid*, y tú *el sarmiento bendito* por quien circula toda la vida de este tronco misterioso é incorruptible. Hasta aquí aun quando hubieses asombrado á todo el universo con el brillo de tus obras, no por eso hubieras sido menos muerto y menos vil ante el Dios Santo, ahora sus ojos admiran hasta tu inaccion y si-

lencio, y nada de quanto tiene relacion contigo le es indiferente; porque aquello que en un justo parece nada, es mas grande que todos los tronos é imperios; y lo mas inperceptible y pequeño que executas, tiene siempre el mérito de proceder de tí, es decir, de lo mas excelente y amable que Dios encuentra en la tierra.„

„Jesu-Christo no era solamente un grande espectáculo para el cielo, quando ostentaba públicamente la magestad de su ministerio, sino tambien quando en los dias de su obscuridad vivia incógnito en la humilde morada de Joseph y María *obedeciéndoles en todo*, como el mas ínfimo de los hijos de Nazaret: quando en el taller de un artesano aplicaba al trabajo sus tiernos é inocentes brazos, y ayudaba á su Santa Madre en todos los cuidados de la vida doméstica: quando nadie sospechaba que la salud universal moraba en aquel rústico albergue, y que aquella casa desconocida de los hombres ocultaba la esperanza de Israel, la gran gloria de todo el linage humano, y el

mas rico depósito del universo. Entónces cada suspiro del adorable Niño, ignorado de todas las criaturas, salva al mundo entero, y preparaba la grande y universal mudanza que debia suceder en la duracion de los tiempos. ¡Qué dulce es, Filemon, esta hermosa verdad! Tú eres *un sarmiento de aquella preciosa vid*, *un bástago de aquel tronco de inmortalidad*, y todo quanto hagas durante esta santa union valdrá para tu salud eterna tanto como valió cada accion del Hombre Dios para la salud de todo el linage humano. Insisto en este pensamiento, porque él es el centro y la substancia de la Religion, y jamas será bastante meditado. Quando el Divino Maestro nos le representaba baxo mil diversas formas en todo el discurso de su predicacion, no quiso darnos á entender, por decirlo así, sino que percibiesemos el vislumbre de una verdad cuya total declaracion tenia reservada para los últimos momentos de su presencia entre los suyos, á fin de que el mayor motivo de gozo que en rin-

gun tiempo pudo manifestarse á los hombres, lo recibiesen en la circunstancia mas amarga de su vida, y en la que necesitaban de mayor fuerza para someterse á la necesidad de ver sufrir y morir á un libertador tan amable. Esta es la razon por qué despues de haberles revelado tan claramente el gran misterio de la unidad é inseparabilidad eterna, les añadió: *Yo os he hablado así á fin de que mi gozo esté en vosotros, y que vuestro contento reciba su último grado de perfeccion y de plenitud.*„

„Oia yo con una profunda abstraccion estas verdades divinas, y hubiera querido que el sábio Intérprete de los srgrados oráculos no se hubiese apartado de mí para que infundiese en mi alma las grandes ideas de la fe. ¡O Evangelio! exclamaba, ¡tosoro inapreciable de sabiduria y de luz! ¿quién podrá comprehenderos sin adoraros? ¿Es posible que en medio de las riquezas que ofreceis á todos los hombres haya todavía algunos infelices que os desechen y desconozcan?„

„La noche del dia para siempre señalado, en que fué lavada mi iniquidad en *las fuentes inagotables del Salvador*, y oí explicar de un modo tan amable y lleno de energía el carácter del gran don que acababa de recibir, huyó el sueño lejos de mis ojos; pero esta vigilia era dulce y tranquila, semejante á la que experimenta un hombre á quien el placer de una felicidad inesperada no le permite separar un solo instante la mente de aquel gran golpe de fortuna que ha mudado su destino: vigilia que para mis sentidos y mi alma era un estado de reposo mil veces mas dulce y verdadero que el que hasta entónces habia buscado á tanta costa, y creia gustar en un sueño que no era sino el cansancio y penoso letargo de un corazon oprimido de vicios y de remordimientos.„

„Alumbraba mi reducida estancia el reflexo de aquella ligera y blanda luz con que la luna y las estrellas colorean el velo de las tinieblas que obscurecen al orizonte. Qualquiera otra

mas fuerte hubiera, perturbado la quietud de las meditaciones en que estaba embebido. Esta fué la primera vez que mi alma se halló bien con la soledad, la obscuridad y el silencio. Tan favorable es aquella pausa magestuosa de toda la naturaleza al estado de embriaguez, que siente un corazon que acaba de adquirirlo todo encontrando á Dios. Una dulzura celestial regocijaba á mi alma al pensar que aquella gran fuerza que reside en medio del universo, habia venido á ser para mí una fuerza amiga y benéfica, y que aquel gran Dios *que en otros tiempos mandó á la luz que saliese del seno del caos*, *lucia él mismo en lo interior de mi alma.* Todas las partes del universo parecia que se alegraban con mi reconciliacion y nueva paz establecida con ellas; porque los mismos elementos son, ó Señor, enemigos de los que os abandonan, y *juntamente con vos dan formidables combates á todos los insensatos.* Experimentaba asimismo una alegría inexplicable al extender mi vista por el vasto azul del firmamen-

to, y por aquellas profundidades incomprehensibles, donde la mano del Todo--Poderoso sembró otros tantos globos, en cuya comparacion nuestro sol, nuestra tierra, y las demás esferas que alumbran á distancias prodigiosas, no son sino un punto imperceptible, ó lo que es una gota de agua para los abismos del Océano. De este modo se complace un privado de su Rey al contemplar la extension y riqueza del imperio sometido al dominio de quien le ama; y la intimidad de las relaciones que le unen con su Príncipe, le hacen personal la gloria de gobernar tan vastos estados.»

»Miéntras meditaba sobre estos monumentos tan brillantes y tan antiguos de vuestra grandeza, ó Dios mio, no sé qué voz secreta me dirigió interiormente estas palabras: Tú solo, Filemon, eres un espectáculo mas rico y mas magnífico que todo quanto admiras en los altos y profundos espacios que te rodean; y tu alma, desde que es el trono del resplandor de Dios, *publica* con mas eloqüencia *su gloria*

que el hermoso aparato del *exército celestial*; porque esos globos que pueblan regiones inaccesibles, y todos esos mundos de fuego sumergidos en las inmensidades que abisman tu imaginacion perecerán, *mas tu existirás eternamente*.„

„Así no veia por todas partes sino motivos de alegría y de admiracion, y todo quanto observaba dentro y fuera de mí, se reunia para felicitarme de mi dicha, y aumentar la viveza del sentimiento que embriagaba todas mis potencias. Aquel atractivo que yo percibia en el silencio y meditaciones tranquilas y profundas, me traia á la memoria algunas particularidades, que en los dias de mi locura y ceguedad me parecian inexplicables.„

„Un dia, por exemplo, atravesaba con Teofilo aquel virtuoso christiano de quien hablé ántes) por uno de los grandes y augustos templos que hermosean la capital; era al anochecer, quando solo en ellos se encuentran ciertas almas retiradas del mundo, que consagran á la Religion los momentos

que otras se esfuerzan á pasar en las escenas y teátros profanos. Teofilo advirtió que yo contemplaba á varias personas arrodilladas, dispersas, y tan inmóviles en su postura como aquellas estátuas sagradas á quienes el arte parece haber dado un alma capaz de sentir la presencia del Santo de los Santos. Entre ellas habia algunas que no articulaban una palabra, y que no abrian sus ojos cerrados y humedecidos con lágrimas, aun quando yo pasaba por su lado con el fin de ver si interrumpia su recogimiento: qualquiera hubiera dicho que aquellas criaturas sublimes no imaginaban que hubiese en el mundo otra cosa mas que Dios: he aquí, me dixo aquel buen hombre que me acompañaba, mostrándome con el dedo lo que miraba con tanta curiosidad, he aquí una prueba de la divinidad, capaz de desconcertar por sí sola todas las fuerzas de la irreligion. La impiedad no puede responder á un raciocinio tan enérgico, y la razon dirá siempre á los que la escuchen, que solo una virtud divina puede produ-

cir un efecto tan desconocido hasta el establecimiento del Evangelio; que no se ve sino en la clase de los que le practican, y que les da un carácter tan superior á todo lo que es humano.,,

„Bien merecia ser profundamente exâminada la causa de un fenómeno tan poco observado. Yo te la descubriria, Filemon, si fueses capaz de comprehenderla; pero tus ojos, acostumbrados á las locas imaginaciones de los objetos sensuales, no podrán distinguir la señal de divinidad que brilla en este hermoso espectáculo. Respondia yo á este sabio discurso lo que responden todos los insensatos; que la imaginacion realiza sueños, y sabe dar cuerpo á las quimeras. Bien conocia que en realidad esto era decir cosas bien miserables, y no podia disimular la superioridad que Teofilo tenia sobre mí. Sentia asimismo un convencimiento tan fuerte de la verdad, que para sostenerme contra la injusticia y la venganza de mi mala fe me prometia friamente volver otro dia á exâminar

de nuevo lo que entónces no osaba mirar muy de cerca.„

„Este ha sido siempre, replicó Teofilo, el artificio de los partidarios del mundo; mas quieren creer que los verdaderos fieles del Evangelio se forjan fantasmas, que se desvanecen en medio de unos placeres imaginarios, que probar el mismo sistema de felicidad, y reconocer que lo que hace al hombre tan profunda y constantemente dichoso, no puede ser fruto de sus ideas, ni de sus sueños. Fuera de que nada se parece ménos al loco entusiasmo de una imaginacion exâltada que las acciones, los discursos, los procedimientos y todo el por menor de la vida de estos fervorosos discípulos de la Religion, los quales se distinguen de los demas hombres hasta en la moderacion de sus movimientos, en la sabiduría de sus consejos, en la honestidad de sus palabras, y en fin en su inviolable amor á todo lo que es justo, bueno, virtuoso y honesto. Y creer que siempre será una verdad la mas incontestable para todos aquellos que

comparen el carácter de los hijos de la tierra con el de los hijos de Dios; que estos son los hombres fieles, mas verdaderos y mas incorruptibles que hay en el mundo; y que solo de las pasiones que agitan á los primeros nacen siempre todas las falsedades, todas las imposturas y todas las perfidias con que se ve lastimado cada dia el seno de las sociedades y de las familias. No serán los que estás viendo postrados al pie de este altar quienes causarán esta noche los llantos de la naturaleza, los que llevarán el terror al corazon de sus hijos, y los que harán derramar las lágrimas de una esposa inocente y desgraciada; pero la mayor parte de los que en este momento están entregados al frívolo placer con que los miserables histriones se esfuerzan á entretener el oficio de tantos seres incómodos á sí mismos, llevarán á sus hogares un humor melancólico, que atormentará una familia á quien deben el consuelo y la ternura. Habrá entre ellos quienes desde los espectáculos, á que se jactan de asistir para for-

talecer su gusto por la virtud y por sus obligaciones, irán á echar por tierra los vinculos mas santos, á ultrajar el honor de sus conciudadanos, á prodigar sus bienes con los mas viles objetos de la corrupcion pública, y á manifestar en todas partes un alma preparada á atropellar toda honestidad y pudor.»

»Estas vivas imágenes alteraban entónces por un momento mi ciega tranquilidad, y me inspiraban pensamientos saludables: pero aquellas vehementes impresiones quedaban como adormecidas y olvidadas en lo mas oculto de mi corazon, y vos, Dios mio, las conservábais en él sin que lo advirtiese para que fructificasen en el tiempo señalado por vuestra gran misericordia. Reflexîonaba sobre todas estas circunstancias y otras semejantes, y hallaba consuelos hasta en la memoria de las resistencias que mi malicia opuso tantas veces al grito de la verdad que me perseguia, y á la fuerza de los grandes exemplos que me veia precisado á admirar. Esta memoria, Dios mio, aumen-

taba mi gratitud; porque no hay cosa tan dulce como pensar en lo que alimenta el mas delicioso y puro de todos los sentimientos.»

»De este modo hallé en aquella noche, tan brillante y luminosa para mi alma, esta gran prueba de la divinidad de la Religion, á saber: que los santos son los únicos hombres de la tierra á quienes ninguna cosa mortal inquieta; los únicos que saben participar de la eternidad de Dios, sin salir de esta region de los muertos en donde todo desaparece; los únicos que ante los tabernáculos donde reside la Magestad soberana ofrecen á la admiracion del profano la inmobilidad de un cuerpo humillado, y el silencio todo divino de un corazon que, atónito de su misma felicidad, se abisma en las inmensidades de lo infinito.»

»Al fin me quedé dormido en medio de estas dulces reflexîones; pero mi sueño ni entorpecia mis sentidos, ni me quitaba el sentimiento de aquel feliz estado de mi alma;

no parecia que era una interrupcion de movimientos y de actividad; sino una conseqüencia de aquel recogimiento y quietud religiosa en que acababa de experimentar con quanta abundancia se comunica Dios á los que le aman, y como derrama hasta en lo mas íntimo de los corazones que su gracia ha purificado toda la uncion de su espíritu y de su verdad eterna. Quando disperté empecé á sentir con mas órden y viveza el goce de todos los tesoros de Dios: semejante á un nuevo Rey, que durmiendo tranquilamente, no ha soñado sino en su dignidad, y que al dispertar se sobresalta de gozo viendo que sus sueños no le han engañado; así, en el momento que los primeros rayos de la aurora alumbráron las paredes de mi inocente asilo, me hallé con un alma toda llena de la vida de Dios, y adoraba en mi interior la realidad y la abundancia de perfeccion y excelencia de que me hallaba poseido.»

»He aquí, me dixo el Ministro

del Señor á quien habia dado cuenta del estado que acababa de experimentar, he aquí como has llegado ya al conocimiento de lo que hay mas sólido, mas sublime y mas fundamental en la filosofia de la Religion; porque su espíritu es librarnos de las iniquidades de nuestra imaginacion, y de aquel torbellino y fluxo continuo de nuestros pensamientos, de nuestros proyectos, de nuestros deseos y de nuestros temores: reducir á la unidad todo el caos de nuestros afectos, y de nuestras pasiones; desembarazar nuestra alma de todas las vagatelas y ociosidades que la fatigan; y fixarla en su verdadera y natural funcion, que es la misma que la de Dios, es decir, en la posesion de lo que no se pierde jamas en la contemplacion y en el amor de aquella adorable y suprema Magestad, que es la vida y el principio de toda inteligencia.„

„Un Dios que se mira en su inmensa luz, y que se ama con un amor igual á toda la infinidad de su

propia grandeza, es, ó Filemon, el único suceso de la eternidad; porque nada mas que esto pasaba en el seno de Dios ántes que apareciese el mundo, ni se cumplirá mas que esto, despues que el mundo sea aniquilado; esto es, por decirlo así toda la alma y todo el fondo de la vida de Dios. Pero esta accion es en él tan fuerte y de tal fecundidad, que excede infinitamente nuestras ideas, y ella es lo que fecundiza á Dios en sí mismo, y executa el profundo misterio de la invisible é incomprehensible Trinidad, que Jesu-Christo reveló á los hombres, y al qual toda la tierra adora.„

„A vista de esto ¿quién no mirará con asombro la dignidad de una criatura capaz de exercitarse sobre lo infinito de la accion íntima y permanente del ser de los seres, de introducirse en este su comercio eterno é inefable, de gozar de toda su gloria, y abismarse en el mismo torrente de felicidad? ¿Quién pódrá, Dios mio, referir los milagros de

vuestra sabiduría, y la alteza de vuestros designios sobre el hombre? *Hagámosle*, dixisteis, *á nuestra imagen y semejanza.* ¡Qué empresa! Vuestro mismo poder se sorprehende, delibera y se anima en cierto modo, como para producir su mas dificil esfuerzo. Del fondo de vuestra virtud es de donde sacásteis aquel rayo de luz que da el movimiento y la facultad de pensar á la nada, y hace de una masa fria y sin inteligencia un adorador del Dios vivo. ¡Qué espectáculo! He aquí á Dios conocido fuera de sí mismo, y como la nada despues de un silencio eterno contempla la grandeza de su gloria, y publica las maravillas de su poder.»

»Esta es, Filemon, la explicacion de nuestra existencia, y de aquella maravillosa salida de Dios fuera de su largo y adorable reposo. Todo quanto se cabila para obscurecer ó complicar estas ideas tan sublimes y puras, no es otra cosa que un efecto de la profunda llaga

del pecado, que nos ha sumergido entre un diluvio de errores, de donde nace esta confusion de pensamientos y designios, y cuya multitud y contradiccion nos cõsume y oprime. Quando el hombre salió de las manos de Dios no conocia estos desórdenes, ni este tumulto interior que atormentan su vida. Toda su alma descansaba en Dios solo, ni sentia otra necesidad que la de adorarle y unirse á él. Así era feliz, porque así era justo.»

»Esta es la razon por qué Jesu-Christo, que vino á pacificar todas las cosas y á reparar el desórden de nuestra naturaleza, no cesa en toda la série de su doctrina de esforzarse á conducirnos á aquella sencillez y unidad de pensamientos y de afectos, y de concentrar en Dios solo toda nuestra actividad de contemplar, y toda nuestra necesidad de amar. En todos los lugares nos advierte que es vanidad y locura buscar por tantos medios la felicidad; que no hay sino un camino que guia

á la bienaventuranza, que este es el del *reyno de Dios y de su justicia; que este reyno está dentro de nosotros mismos*, y que únicamente en él *encontrarémos el descanso* tan deseado de todas las pasiones que nos consumen. Arráigate cada dia mas, ó Filemon, en la costumbre de residir en tí mismo, y no temas esconderte demasiado en esta arca de la santificacion de Dios. Allí es donde se cumplen todos los oráculos de los Profetas, y todas las promesas hechas á los Patriarcas de la antigua alianza. Allí es donde *se concluye aquel pacto, bien diferente del que se hizo con nuestros padres*, y segun el qual *el hombre no necesita de la instruccion de otro hombre*, porque *lleva en lo interior de su corazon á su legislador, á su maestro, á su director y á su juez.* Allí todo es mas grande, mas augusto y mas divino que el suntuoso aparato del templo de Jerusalen, y que todas las respetables solemnidades de los inciensos y de las víctimas. Allí

es donde residen todas las bendiciones anunciadas con tanta magnificencia por los primeros depositarios de los misterios de Dios, figuradas por una dilatadísima serie de acontecimientos, predichas con tantos símbolos, y esperadas por espacio de quatro mil años por todos los hijos del señor. En fin, allí es donde *todo está consumado.* Nosotros vemos, oimos y poseemos lo que los Reyes y una multitud de Santos y de hombres justos deseáron recibir y adorar, y no pudiéron ver sino de lejos. Sí, Filemon, nuestra residencia en nosotros mismos lo encierra todo, ella es el fin y el último resultado de todos los planes de Dios, y del don que nos hizo de Jesu-Christo y del Evangelio. La eternidad no nos ofrecerá una felicidad fundada sobre otro placer, y únicamente nos dará la perfeccion y el supremo grado de nuestro recogimiento en Dios, y nos fixará invariablemente en la contemplacion y en la posesion de aquella luz indefectible que se uni-

ra nosotros, que nos penetrará íntimamente, que correrá como un rio por medio de nuestra alma, y que no dexará subsistir en ella sino un solo pensamiento y un solo amor.»

Filemon prosigue refiriendo quantas lágrimas le costó abandonar su amado retiro, y separarse de un hombre á quien tenia tantas razones para amar, y á quien debia lo que él llamaba su *eterna fortuna*. A esta historia edificativa añadió la copia de muchas instrucciones llenas de sabiduría y de uncion, que su respetable Director le dió escritas de su mano; y en las que le presentó las reglas de conducta que vamos á trasladar, baxo los títulos que nos han parecido mas análogos á los fines y espíritu que reyna en ellas.

CAPITULO V.

Sencillez y facilidad de las obligaciones de la vida evangélica.

" Tú me has pedido, Filemon que te instruya acerca de las obligaciones que te impone la gracia que hay en tí, y de la conducta que debes seguir para conservar la santidad del augusto carácter en que te ha restablecido la divina misericordia; mas si permaneces fiel y sigues lo que te enseña con tanta claridad el Evangelio, no necesitas de direccion trazada por la mano de ningun hombre. Todas quantas instrucciones te se diesen no te harian adelantar un solo paso en la carrera de la santificacion, si una vez llegases á perder aquella inclinacion á Dios, el santo amor al retiro, y aquella delicadeza de conciencia que nos hace amables todas las ocasiones que se ofrecen de *meditar los años eternos* y

renovar nuestra Religion en el seno de nuestro Dios. Aquella propension divina y aquel afecto filial de nuestro corazon por todo lo que nos recuerda la presencia de nuestro Redentor y de nuestro Padre es la que nos responde de la constancia de uuestra justicia, y sella, por decirlo así, la inmutabilidad de nuestra adopcion en la gloria de Dios.,,

„¿Sabes tú, Filemon, quál es el principio de la desgracia de que recaygan diariamente tantas almas débiles y pusilánimes en su antiguo abatimiento? No es la determinacion precipitada y expresa de una voluntad que se muda de repente; sino la decadencia insensible de aquella inclinacion á recogernos, á orar y adorar, que la dicha de haber vuelto á Dios nos hace por lo comun experimentar en los principios de nuestra conversion. En el momento, pues, que sientas renacer en tí la propension á disiparte, distraerte y recorer en pos de las nimiedades frívolas, te considerarás como un hombre á quien

su imprudencia ha vuelto á ponerle en las orillas del abismo de donde habia salido con tanta alegría. Esto no es decirte, Filemon, que sea un crimen el distraerse un poco en las inocentes diversiones de la sociedad: todo el peligro estriba en que estas diversiones y frivolidades vengan á serte necesarias, y en que al tiempo que las permitas á la debilidad humana, ó á la decencia de tu estado, no percibas ya la esperanza de encontrar placeres mas reales y verdaderos en el silencio de la vida doméstica, y en la soledad de tu corazon; porque entónces toda la fuerza del interior se destruye por grados imperceptibles. Nosotros estamos anudados sin advertirlo con todos los hilos que nos vienen de los objetos sensibles; el corazon se seca; el espíritu se anega en pensamientos superflos; aquella inmensa magestad, que obraba tan vivamente sobre nosotros, pierde en algun modo á cada instante cierta parte de su peso y energía, á medida que las locas ilu-

siones se condenan sobre nuestra alma. De allí á poco todas las verdades mas sérias y austéras de la fe huyen y desaparecen, y ya no nos hieren sino á una distancia tal que nos parecen como extrañas. Este es el momento en que los sentidos, libres del único freno que los sujetaba, bastan ellos solos para hacernos perder en una ojeada todo el precio de nuestros largos gemidos, y á reducirnos á una miseria mas deplorable y mas desesperada que aquella de que nos habia librado la gracia del Redentor.„

„Es, pues, Filemon, una verdad bien perceptible y en la que nunca meditarás demasiado; que el recogimiento dentro de nosotros mismos es la primera basa de nuestra salud, el primer deseo de la Religion, y la única seguridad que nos responde de la certeza y de la solidez de nuestra reconciliacion. Jamas he podido ver sin admirarme que algunos hombres llenos de luces y del espíritu de la Religion, hablen de lo que los

Santos llamáron *la vida interior* como de un grado de perfeccion que no es para todos, sino que debe ser el fruto de una larga penitencia y profundo retiro. ¿No seria esto trastornar el órden del edificio de la fe, y hacernos tomar sus mas necesarios fundamentos por el último grado de altura á que puede llegar? El cuidado de estar consigo y de recogerse en su alma es tan naturalmente el principio de toda prudencia, que quando á un hombre se le ofrece algun asunto de gravedad, de qualquiera especie que sea, vive solo y retirado para meditar profundamente en lo que le interesa; y no es creible que quien está siempre pronto á abandonar su casa, á comparecer en todas partes, á mirar, decir y escucharlo todo, esté herido de un sentimiento grave, ni tampoco que sea propio para la direccion de algun plan que exîja reflexîon y exámen.»

»La tranquilidad de los sentidos y el recogimiento de un alma encerrada en sí misma, son esencialmente

los principios elementales de la vida evangélica, y la esencia de las obligaciones del christianismo; de suerte que Jesu-Christo, para armarnos contra todo aquello que podia sacarnos fuera de nosotros mismos, y prepararnos al mismo tiempo á la prática de la mas alta sabiduría y á la execucion de la mas vasta empresa que jamas se ha propuesto á los hombres, no nos prescribe otra cosa sino una precaucion qual todo el mundo observa en sus negocios mas familiares y proyectos mas limitados,»

»Tan cierto es, Filemon, que este esfuerzo de huir de todo el universo, y de recogerse en su interior es el primero y mas natural movimiento de un corazon en quien Dios reside, que así que el tuyo vino á hacerse el trono de su gloria, inmediatamente te dexaste llevar de él, solicitándole como el úuico asilo que te ofrecia verdaderos placeres. Bien viste como una luz extraordinaria resplandecia dentro de tí, con la qual te encerraste, sin que nadie te advirtiese la obliga-

cion que tenias de adorarla en un lugar donde nunca le habias percibido, y en donde tú mismo no te habias hallado.„

„¡O qué resolucion tan prudente la tuya de destinar la primer hora del dia á la adoracion de Dios, y á la meditacion de su santa ley! Pero no cures jamás de saber que método es preciso en el cumplimiento de esta obligacion gloriosa y consoladora: librarte de sujetarte á formulas y prácticas, que no harán sino esclavizarte, y turbarte en una accion que debe ser toda del corazon y del sentimiento. No hay ninguna regla para amar, y todo debe ser amor en los obsequios que tributemos á nuestro Dios. Todo es bien hecho, grande, heroyco y divino, con tal que proceda de un alma que no quiere sino á su Dios; y que desea con ardor perseverar íntima y eternamente unida con él. El que ama adora siempre, invoca, da gracias, cree, espera, se arrepiente y lo hace todo. Quando te postres ante la Magestad soberana, no pienses en lo que

has de decirle, ó como debes hablarle. El avaro, inmóvil al lado de su tesoro, le mira, calla y le goza. Dios es tu tesoro, Filemon; y si tu corazon se complace en repetir sin cesar esta idea, déxale que se entregue á las dulzuras de un sentimiento tan bello y tan puro; y cree que quien pasase toda su vida en penetrarse de este solo pensamiento, la habria empleado en el exercicio mas perfecto y mas sublime. Llégate á Dios, y busca su presencia, como un hijo busca la de su padre á quien ama y necesita. Este hijo no cuida jamas del modo con que deberá presentarse delante del autor de su vida; no estudia el metodo con que le ha de hablar; su corazon le basta, y se encomienda á su ternura para expresar lo que siente, y pedir lo que desea.„

„La única y verdadera preparacion para adorar á Dios es un sentimiento vivo, habitual y profundo de la necesidad que tenemos de unir y encadenar nuestra flaqueza con aquella grande fuerza en que reside el prin-

cipio de todos los seres: una vigilancia imperturbable en alejar todo quanto puede debilitarnos la impresion de las verdades santas sobre lo venidero: una atencion continua á este pensamiento, muy poco meditado y menos conocido, á saber; que el seno de Dios es tan necesario para la verdadera vida de nuestras almas, como lo es la madre de los rios para el aumento y conservacion de quanto ha nacido en ellos.»

»Dichoso, ó Filemon, el hombre que contempla y adora sin cesar aquel admirable y primer poder que crió el cielo y la tierra. ¿Qué mayor gloria que la de anegarse en medio de aquel bien infinito é inmudable; que se comunica á todos sin dividirse, y alimentarse con aquella verdad soberana y universal, que ilumina á todos los espíritus, y es el sol de todas las inteligencias? Aquel, dice el sabio é inmortal Fenelon, que no ha visto nunca esta luz pura, está ciego como un ciego de nacimiento: pasa su vida en una profunda noche, como aquellos

pueblos que habitan regiones donde el sol no alumbra en meses enteros: cree ser sabio, y es un insensato: cree verlo todo, y no ve nada: muere sin haber visto cosa alguna: quando mas solo ha palpado sombras, falsas apariencias, vanas tinieblas y fantasmas que no tienen nada de realidad. No hay, añade este grande escritor, sobre la tierra hombres verdaderos fuera de aquellos que consultan, aman, y siguen la razon eterna. Ella es la que nos inspira quando pensamos bien: y nos reprehende quando pensamos mal. De ella nos viene la razon, igualmente que la vida, y es como un grande océano de luces de donde nacen nuestros espíritus, como pequeños riachuelos, y adonde vuelven á confundirse.„

„¡Qué progresos tan rápidos harias, Filemon, en la ciencia de los elegidos, si te alimentases sin cesar con estas grandes reflexîones tan propias para elevar nuestras almas, y si cumplieses exâctamente con aquellos deberes privados y domésticos de la Re-

ligion, que son la esencia y realidad de nuestro Christianismo! Conserva con todo esmero aquel hermoso carácter de la verdadera sabiduría, que consiste en una estimacion sincera de todo quanto puede servir á fixar nuestro amor en las cosas divinas, y en un respeto inviolable por todo aquello que tiene alguna relacion con Dios y con la gloria de su culto. No mires jamas como pequeño é indiferente nada de quanto pertenece á la Religion; pues en su economía todo es de una importancia infinita. Sujétate con simplicidad á lo que veas practicar por los mas pequeños discípulos de la fé, y no te olvides de que los grandes hombres no se hicieron grandes Santos sino poniéndose al nivel de la porcion mas obscura y mas ignorante del rebaño del Señor.„

„Este candor y esta inociencia evangélica fueron siempre el carácter mas milagroso de la gracia del Redentor, y el triunfo mas brillante de la virtud de la cruz. Jamas la Religion ostentó con mayor pompa y magestad

toda la gloria de su divinidad y de su poder, como quando se la vió abatir á los sabios y á los oráculos del mundo hasta la clase de los ínfimos hombres, y sujetarlos á respetar como doctores y maestros á los labradores y artesános. Quanta mayor fuese la energía y elevacion de una alma inspirada por el espíritu de Dios, tanto mas propia seria para conocer vivamente que lo que parece escándalo y locura á los ojos del mundo, es sin comparacion mas profundo y mas sabio que toda la sabiduría de los hombres; y siempre será la miserable medianía de un espíritu limitado y comun la que, no pudiendo remontarse hasta la altura de la ciencia de Dios, osará substituir sus frias y locas ideas á los principios y á las prácticas consagradas por el voto y conducta de los únicos hombres de la tierra, que tienen un derecho incontestable á la veneracion y confianza de todas las edades.»

»Quántos han querido conservar en el Christianismo la libertad de exâ-

minarlo todo, y de añadir á las prácticas y á las obligaciones que todo el cuerpo de los fieles respeta las modificaciones y excepciones de su vana filosofía; han venido á parar siempre en despreciar y abjurar hasta sus leyes mas fundamentales, formándose unos principios tan destructivos de toda Religion, como funestos á la conservacion del órden público. Por todas partes han sido los sofistas el azote de la verdad y los enemigos de la armonía social. ¿Y quiénes son hoy, Filemon, los hombres mas turbulentos y mas peligrosos? ¿No son ciertamente aquellas gentes del pueblo que viven en lo interior de los campos y provincias; de aquel pueblo que no sabe razonar, pero que sabe obrar; de aquel pueblo tan humilde, tan laborioso y tan moderado, que asiste frecuentemente á oir la voz de su Pastor, y paga gustoso el tributo á su Soberano. Los verdaderos perturbadores de la religion y del Estado son aquellos falsos sabios que, á fuerza de analizar las verdades sa-

gradas y de querer disminuir nuestras obligaciones religiosas, destruyen el Evangelio: aquellos que, en vez de servirse de sus talentos y de su razon para fortificar en el corazon de sus conciudadanos el Santo amor de la justicia, y para asegurar las potestades de la tierra contra las agitaciones de la independencia y de orgullo, se atreven á erigirse públicamente en Jueces de sus Soberanos, á arreglar los límites de su potestad, determinar hasta qué grado las deben prestar obediencia sus súbditos, y hacer balancear con las sediciosas máximas que esparcen en medio de los imperios el único fundamento de todas las sociedades de la tierra.»

„No conserves, Filemon, ninguna señal de tu antigua semejanza con los hombres mas perversos del mundo. Tú los has tratado con bastante intimidad, y habrás tenido mil acciones de conocer su profunda corrupcion. Tambien sabes la justicia que se les debe hacer por lo utiles que son á los demas hombres, y por la sinceri-

dad de los sentimientos que ostentan. Qual sea la solidéz de sus principios y de su carácter lo deducirás de la idea que te formabas de tí mismo quando usabas el propio lenguage, y hacias profesion de su misma filosofia. Decian y decias tú tambien: que era preciso adorar al Ente infinito, y ser bueno para con sus semejantes; que toda la Religion y la Moral se reducia á estos dos puntos: que esta es una ley grabada en lo íntimo de todos los corazones, y que lo demas era supersticion y fanatismo. Con todo, tú sabes que este sistema de conducta, que es lo ménos que puede salvarse del naufragio de la fé, era entónces para ellos y para tí una especulacion vana y estéril: que ni tú ni ellos tuvisteis jamás el pensamiento de cumplir con los deberes respectivos á la Divinidad; nunca se vió en vosotros una accion que pareciese religiosa; y que no hubiera sido posible señalar en ninguna circunstancia de vuestra vida aquella diferencia casi imperceptible que distingue al discípulo de la Religion

natural, del impío que no conoce á Dios.„

„He aquí una verdad de hecho justificada por el testimonio de tu conducta y el sentimiento de tu propia conciencia, cuyo efecto es tan evidente que no se puede eludir con ningun artificio, y cubre con un oprobio eterno á todos los desertores de la fe, á saber; que el abandono del Christianismo no es sino una renuncia disfrazada de todo principio, de toda virtud y de todo deber; y que las palabras, *razon*, *conciencia* y *culto natural*, en boca de aquellos que han despreciado el Evangelio, no son mas que unas consideraciones prescritas por la decencia y por la necesidad de encubrir á la vista de los hombres la mas grande depravacion de que es capaz la naturaleza humana.„

„Así, pues, Filemon, acuérdate de que quando oprimido con el peso de tus vicios y remordimientos conociste la necesidad de volver al camino de la virtud, el primer paso que diste no fué abrazar la religion

natural, sino que volaste directamente á Jesu-Christo, sin esperar para estrecharte con la cruz, que salvó el universo, á que fuese vencida esa dificultad de creer que afectaste siempre y no sentiste jamás. Tal es la espantosa alternativa en que se ven y verán hasta el fin de los siglos aquellos hombres sistemáticos, que son el escándalo de la generacion presente; porque ó perseveran hasta el sepulcro en la estúpida costumbre de no adorar nada en el cielo, y de no depender de nadie en la tierra; ó se refugian directamente al Evangelio; quando ya no pueden sostener la vista de su oprobrio; ó mueren blasfemando, ó estrechando contra sus labios la señal adorable de la salud del mundo. En vano los partidarios de esta filosofía infernal se esfuerzan á presentarla con el colorido de la indulgencia; nadie ha desertado de Jesu-Christo sino para librarse de todas las Religiones; y todos recurrieron á Jesu-Christo si quisieron volver á ser hombres y salir de la brutalidad de sus pasiones.»

»Despues de lo que debes á Dios y á la Religion, nada te encargo, como mas sagrado ni precioso, que lo que debes á tu estado y á la dignidad que obtienes en la sociedad. Por decirlo mejor, el cuidado de su salvacion y el de su estado no son para el hombre de un Christianismo bien entendido sino un solo cuerpo de obligaciones y un mismo órden de respetos. La exâctitud en cumplir lo que nos impone nuestra situacion civil es tan esencial para nuestra santificacion, que Dios desecharia las adoraciones y los sacrificios que le ofreciesemos en los momentos que son debidos á nuestros hermanos, á nuestra familia ó á nuestros conciudadanos; porque nada de quanto turba el órden puede servir al aumento de nuestra justicia, y no seria razon que glorificasemos á Dios con obras hechas fuera de tiempo.»

»Feliz el hombre que ama su estado. ¡De quántas penas y disgustos liberta á su alma esta preciosa disposicion! Pero la Religion sola es la que nos da aquella virtud, porque es la

única que aprecia infinitamente todas nuestras obligaciones, y por consiguiente les comunica un placer real y efectivo. El verdadero christiano se cree dichoso dentro de los límites de las ocupaciones que la divina Providencia le ha señalado: sabe que solo allí puede encontrar las verdaderas riquezas, y que aunque esté destinado á la mas humilde de todas las clases de la sociedad, es mas grande en su estado obscuro y abatido que si participase con los Señores de la tierra del brillante cuidado de gobernar los imperios: porque está colocado segun la voluntad de Dios, y así disfruta la mas noble y la mas honorífica dignidad que puede tener criatura en el mundo; pues aquel es el centro de su vida, á quien se le debe y pertenece la gloria y el poder que hay en los cielos y en la tierra; y un solo instante de su duracion equivale al inmenso peso de toda la eternidad de Dios. Repara, Filemon, en aquellos operarios que se dedican á beneficiar los metales que encierran los subter-

ráneos. Mientras que los veas, los oigas, y sientas trabajar en la superficie de la tierra y á la luz del dia, no nos presentan sino masas informes y arenas inútiles; pero quando sepultados en las cavernas profundas que ahondaron con sus manos laboriosas, ya nose ven ni dexan tampoco sobre sí ningun vestigo de su exîstencia y de aquel confuso bullicio y estrépito que ántes los hacia observar desde muy léjos, tanto que nadie puede saber ni pensar que exîstan en el mundo semejantes personas; ¡ah! entónces es quando su sudor riega montones de oro, y sus manos recogen inmensas riquezas. He aquí la imágen de la realidad y solidez de la vida que hace un christiano modesto, y del valor que la Religion da á sus acciones domésticas, á sus continuos cuidados en la educacion de sus hilos, á sus obras mas comunes, y á sus obligaciones mas familiares y pequeñas.»

»*Buenos y fieles siervos*, decia Jesu-Christo á los hombres cuyos em-

pleos no les daban grande consideracion en el mundo, vuestro estado parece nada á los ojos de las criaturas, pero lo que es ínfimo para ellos fixa en vosotros la atencion y los cuidados de vuestro eterno remunerador; y *porque vosotros habreis sido cuidadosos en no omitir nada*, y vuestra exâctitud se habrá extendido *hasta los mínimos ápices de vuestra administracion*, *yo os constituiré un dia* depositarios *de las cosas mas grandes*, *os sentaréis sobre tronos resplandecientes*, veréis á vuestros pies todas las tribus de la tierra, y seréis introducidos en medio de la pompa y magnificencia de mi último triunfo entre los hombres, *en la alegría eterna de vuestro Señor y de vuestro padre*.„

„A vista de esto, Filemon, es preciso confesar que aquellos hombres que profesan públicamente la Religion de Jesu-Christo, y no están contentos con el trabajo y sujecion de su estado, *no entienden todavia lo que es el espíritu de Dios*: que carecen de toda disposicion para ha-

llar el verdadero camino que conduce á la santidad; y que aun ignoran los primeros rudimentos *del misterio del Reyno de Dios.* ¿Por ventura el primer paso de la virtud no es el amor al cumplimiento de sus obligaciones? ¿no es el apreciar con toda sinceridad nuestro respectivo estado, y sacrificarnos inviolablemente á las funciones que trahe consigo? ¿No es esto el fundamento de la justicia y la esencia de toda virtud? ¿Por ventura el mundo mismo, tan indulgente con todos los que siguen sus bagatelas y vanas máximas, se atreve á conservar en su estimacion á los que no cumplen las obligaciones y cargos que se les confian? Todos quieren que cada uno cumpla con los deberes que exîge su estado: que el militar se mantenga en campaña, el cortesano al lado de su Príncipe, el Sacerdote en el Templo, el Magistrado en el Santuario de la justicia, la madre de familias recogida en su casa cuidando de sus hijos, el labrador en el campo, y el artesano

en su taller; porque la exâctitud en cumplir cada uno sus obligaciones constituye una parte esencial de la providencia: y el que es enemigo de su obligacion lo es tambien del órden y del bien público. ¿Cómo, pues, podria un hombre, que abriga en su corazon las esperanzas eternas, persuadirse de que estaba en el camino que conduce al cumplimiento de ellas, quando tiene en sí un defecto que le hace despreciable á los ojos mismos de las personas mas indulgentes y que todo lo disculpan? Aquella criatura que ha de tener unas miras tan altas, y unas luces tan superiores á todos los principios de la moral humana; aquel hombre que sabe que hay *un tesoro eterno escondido en este campo misterioso*, y *que todo es ganancia* en las obras y en las menores acciones de los hijos de Dios, ¿podrá con tan grandes motivos para amar su destino permanecer todavía expuesto á la desgracia de los que viven sin fe y sin esperanza, y á ser, como ellos, el mártir de una inquie-

tud y de una inconstancia que perturba todos los estados de la vida? ¡O vida eterna! palabra repetida tantas veces y tan poco entendida! ¡Divina y halagüeña perspectiva que nos abres el inefable abismo de la felicidad soberana! ¿Qué son en tu presencia todos los miserables intereses de nuestra inconstancia, y de la vanidad de nuestros placeres? Fortalecednos, pues, Dios mio, para siempre en el santo amor de nuestras obligaciones, supuesto que todos los bienes se encierran en ellas, y que no hay en la tierra otro camino que pueda conducirnos *hasta alcanzar la palma de la vocacion excelsa que está en Jesu-Christo.*"

"Si esta virtud te se hubiera propuesto, Filemon, quando todavía no habias oido el trueno de la voz de Dios, y ántes que hubieses experimentado la verdadera felicidad que comunica á todos los que la siguen, sin duda te hubiera parecido demasiado austéra. Entónces no conocias ni el espiritu de la Religion, ni la

solidez de sus preceptos, ni la grandeza de sus promesas: entónces vivias sin principios, sin fin determinado, sin religion, sin esperanza, y no sabias que hacer ni del tiempo, ni de tí mismo. En ninguna parte estabas contento, y tu alma, destituida de un punto de apoyo y de todo recurso, se impacientaba al ver la triste inaccion que la consumia. De todos los objetos que se presentaban á tu vista, desde el momento de tu melancólico despertar hasta el de tu triste y penoso descanso, nada te afligia tanto como el ver tu casa, tus negocios y trabajo: porque esto era lo que se oponia mas que todo á tu inconstancia y á la necesidad que tenias de huir de tí mismo: ¡Ah! quanto debes admirar el poder del Evangelio, que da al hombre otro carácter y otro corazon. A la verdad la virtud de la gracia, que nos renueva y transforma en unos seres nuevos, no consiste precisamente en aficionarnos á un género de vida incompatible con las distraciones

y placeres del mundo: su principal triunfo es criar en nosotros nuevos afectos, haciendo que encontremos nuestra alegría y felicidad en los objetos que ántes nos disgustaban y nos eran de una repugnancia casi invencible. El mundo que advierte que le has abandonado, quizá hace justicia á la firmeza del partido que acabas de tomar de vivir solo para tí, cumpliendo con las obligaciones que te prescribe tu estado. Peeo este mismo mundo cree que te has hecho una gran violencia, y que usurpas á tu propia felicidad lo que empleas en el cuidado de tu salvacion y de tus obligaciones. Mas entretanto que te compadece, sin duda como si te hubieras condenado á las mas amargas privaciones y dolorosos sacrificios, te admiras tú delante de Dios de haber podido permanecer por tanto tiempo sujeto á sus usanzas y á las locuras de este siglo inquieto y miserable; tranquilo en lo interior de una morada que tu religiosa aplicacion convierte en un Templo, miras todo ese tor-

bellino de pasiones y miserias humanas con la superioridad de un alma refugiada en la inmensa luz de la soberana razon, y preparada ya para descansar con ella eternamente.„

„¿No has visto alguna vez, Filemon, desde la orilla del mar el combate de los vientos disputándose el imperio de las aguas? ¿Aquel bramido espantoso de las olas, que chocando consigo mismas van á estrellarse con tanta fuerza contra las rocas? ¿Aquellas montañas de aguas y de espuma que, levantándose hasta el cielo, se precipitan de repente hasta el fondo del abismo? ¿No te ha inspirado aquella vista no sé qué terror, mezclado de cierto placer, que te obligaba á recogerte profundamente dentro de tí mismo? Tales, pues, son las agitaciones, los tormentos y los furores implacables de las pasiones y de los intereses humanos. Mas para descubrir y juzgar de este sombrío y tempestuoso espectáculo es preciso estar colocado fuera del Orizonte que le encierra, y mirar desde la altura

de la eterna verdad las alegrías, los afectos, los odios, las amistades, las querellas, las reconciliaciones, las prosperidades y las desdichas de los hombres: aquel fluxo y refluxo de sus placeres, disgustos, temores, esperanzas, planes y empresas: como hacen y deshacen, edifican y demuelen, huyen y vuelven á buscar los mismos objetos: como se despedazan, engañan y chocan unos con otros, y como se suceden las generaciones unas á otras, substituyéndose al abuelo el padre, y al padre el hijo, sin que ninguno de ellos advierta la espantosa rapidez del movimiento universal que los arrastra al abismo de la muerte. He aquí lo que es el mundo, Filemon, con todas sus desigualdades, inconseqüencias, escándalos y desórdenes. Por lo que á tí toca, no será ya agitada tu vida con estas tempestades; sino que correrá apaciblemente, como el tranquilo riachuelo que lleva por el valle solitario sus aguas cristalinas con una lentitud suave y magestuosa. Mira con quanta serenidad

serpean sus ondas que parece que no se mueven, y como se multiplican por los campos que fertilizan y enriquecen. Aquí, en medio del silencio mas profundo, representa su tersa superficie, como la de un espejo resplandeciente, la imagen de los arbolillos y jarales que coronan sus orillas. Allí, corriendo entre pedriscos con ligero murmullo, convida al fatigado caminante á entregarse á las dulzuras del sueño. Nada tienen de penoso los rodeos de este benéfico arroyuelo: nada de violento su caida, nada de sospechoso la profundidad de sus aguas, nada de desapacible el ruido de su curso: su vista no admira, pero complace; no asombra, pero lisongea y hechiza los ojos que van siguiendo su camino y variando la uniformidad de su perspectiva agradable, al mismo tiempo que inspira una dulce melancolía, y un género de languidez que absorve los sentidos. Tal es la imagen del transcurso de los años y de las obras consagradas al espíritu de la Religion y de la verdadera filosofia:

tales las ocupaciones de una vida retirada y christiana en su modo de caminar siempre apacible y uniforme. Los hijos del Señor, nunca fatigados con el tiempo presente, por emplearlo en llenar sus obligaciones, ni inquietos por el futuro, por reservarlo para nuevos exercicios, disfrutan el placer de ver revivir sus pasadas horas, y reproducirse en lo íntimo de sus conciencias con el dulce recuerdo de no haberlas empleado en vano, y con la certidumbre de hallar su premio al fin de su amable é inocente carrera.„

„Ya ves, Filemon, quan sencillos son los caminos de Dios, puesto que para asegurar nuestra salvacion no hay necesidad de recurrir á prácticas misteriosas, ni de formarse un plan de vida sobre ideas nuevas y extraordinarias. La Religion nos dexa en la sociedad, no nos arranca de nuestra familia ni estado ni ménos nos prescribe otra cosa que lo mismo que teniamos que practicar todos los dias; únicamente arregla nuestros designios,

purifica nuestras intenciones, y nos ayuda á imprimirles aquel gran carácter de excelencia que las hace útiles á nuestra eterna felicidad. Tampoco nos aterra proponiéndonos que sigamos unas sendas no trilladas, y una especie de singularidad y ostentacion incompatibles con la humildad evangélica y muy impropia de la verdadera penitencia. Los hijos de Jesu-Christo temen todo quanto puede hacerlos singulares: su mayor mérito consiste únicamente en hacer las cosas mas comunes con unos fines superiores y divinos; en conservar en el cumplimiento de sus obligaciones un corazon magnánimo y noble; y en practicar en lo interior de su casa, ó antes el Santuario del Señor, quando la Religion los llama, lo que el Evangelio les enseña mas sublime, olvidándose, digámoslo así, de que viven en medio del mundo. Así todo es verdad y substancia en el conjunto de sus acciones, todo espíritu y vida en lo íntimo de su alma; y sin que parezcan salir del camino ordina-

rio que siguen los demas hombres, se distinguen delante de Dios por un carácter invisible que los eleva sobre los solios y los tronos. ¿Ves aquella *muger fuerte*, de quien el Espíritu Santo hace un elogio tan magnífico en los libros sagrados? ¿En dónde, dice, *se la hallará*? Si alguno la encuentra, es preciso admirarla y colmarla de alabanzas: porque *todo el oro y todas las riquezas de la tierra no pueden ser comparadas con el valor de un tesoro tan grande y tan raro.* A vista de estas palabras, qualquiera creeria que se trataba de una criatura extraordinaria y destinada á asombrar el mundo por lo prodigioso de su conducta, y por la singularidad de sus famosas acciones: pues no hay nada de eso; y para que nadie pudiese equivocarse, el mismo Espíritu Santo nos presenta clara y distintamente los títulos del mérito y grandeza de esta muger, quando nos dice *que está retirada y aplicada continuamente en lo interior de su casa*; que cuida de todas las menu-

dencias domésticas ; que vela y lo dirige todo ; que hace reynar el órden en todo ; y que en los intervalos que le permiten la direccion de sus negocios , el cuidado de sus hijos , y el arreglo y distribucion de las labores entre los criados , prepara con su mano industriosa la lana y el hilo ; de m odo que miéntras su esposo exerce las funciones sérias en la ciudad , y sostiene un carácter digno y respetable *en la asamblea de los Grandes y Jueces del pueblo* , ella se recrea con un trabajo tranquilo y útil , y no se desdeña *de hacer dar vueltas al huso con sus dedos.* Esta es , pues , una muger que en nada se distingue por su exterior de sus mas humildes conciudadanos; que, sin causar ningun estrépito , vive en la paz y en el silencio de su casa ; que camina delante de Dios en la inocencia y simplicidad de su corazon. He aquí la que se verá *en el dia postrero nadar en la alegría* , y adelantarse por medio de la multitud innumerable de generaciones humanas con

una tierna y noble confianza ácia aquel tribunal, cuyo aparato solemne y terrible hará temblar á todas las potestades del Universo; y ocupará un lugar *en la ciudad de Dios*, juntamente con los héroes de la gracia y de la eternidad.»

»No, Filemón; el espíritu y los preceptos de la fe nada ofrecen que pueda desalentar á quien conserva algunas impresiones naturales de virtud, de órden y de prudencia; y nuestra conciencia misma es el mejor testigo de la verdad, necesidad y justicia de la moral de Jesu-Christo. Muy bien conocemos, quando la meditamos de buena fé, que se hizo para el hombre, y que quando no nos viniese de un orígen tan puro y tan augusto, la prudencia nos aconsejaria que la tomásemos por regla de nuestra vida y costumbres: porque no hace mas que restituir nuestra razon y entendimiento á su suelo nativo, trayéndonos unas luces y unos principios que naciéron con nosotros mismos. Si alguna cosa tiene de singu-

lar y extraordinaria solo es para nuestra mayor dicha, gloria y cumplimiento de nuestras mas amadas esperanzas. Esto es á lo que nos conduce la revelacion y la promesa de un premio y un destino que por nosotros mismos nunca podiamos imaginar ni atrevernos á desearle. La sabiduría eterna no descendió á la tierra á fin de enseñarnos á hacer milagros, ni á superar la esfera de las fuerzas humanas; "sino que la gracia de "un Dios Salvador, como dice San Pa"blo, vino á resplandecer en medio "de todos los hombres para ense"ñarnos á arrojar léjos de nosotros "toda impiedad y todos los deseos "impuros de las pasiones y sentidos, "y á vivir en la sobriedad, en la jus"ticia y en la caridad, esperando el "cumplimiento de la bienaventurada "esperanza, y el advenimiento de la "gloria del gran Dios, y de Jesu"Christo nuestro Salvador, que se sa"crificó por nosotros para purificar"nos de toda mancha, y con el fin "de consagrar para sí un pueblo es-

„cogido, que no se emplease sino en „la práctica de lo bueno, justo y „loable." En estas pocas palabra se encierra la filosofia mas pura y sublime que jamas se ha propuesto á los hombres, y nada tienen, digámoslo así, de sobre natural, sino el sello de una sancion divina, y la union de una eterna felicidad en los sentimientos impresos naturalmente en el corazon de todos los hombres de bien.„

CAPITULO VI.

Continuacion del antecedente.

Filemon refiere aquí una particularidad que dió motivo, por parte de su director, á una segunda instruccion, tan llena de la uncion del espíritu divino como la primera.

„Las lecciones de este santo Sacerdote, dice, formaban las delicias de mi corazon, y yo las meditaba sin cesar, sintiendo cada vez nuevos

hechizos que hermoseaban el dulce yugo de la Religion. Recorriéndolas por la memoria un dia, que me estaba paseando por los cláustros de los Cartujos, llegué á ver en lo mas oculto de un pabellon, que formoban unos árboles enramados, á un religioso hincado de rodillas con un Crucifixo en la mano, en quien tenia clavados sus ojos con la mayor ternura, y que aplicaba repetidas veces á su boca. Me acerqué á él silenciosamente para no interrumpirle, y mirando con particular cuidado sus facciones por entre los frondosos ramos que formaban aquel oculto retiro, me pareció distinguir el rostro del infeliz Oronte, cuya trágica histotia dexo referida. Quedé del todo turbado y conmovido al ver una semejanza tan perfecta, y me mantuve inmóvil por largo rato, sin saber si seria él mismo el que estaba presente á mis ojos, ó acaso era ilusion de mi fantasía ¡Qué es esto Dios mio! exclamé. ¿Si será Oronte? ¡Mas oy! ¿Cómo el que ya duerme en el sepulcro

podrá adoraros entre los vivos? Pero ¿puedo dudar de que es Oronte?..... Pronuncié sin querer estas palabras en voz bastante alta, quando levantándose precipitadamente me dixo: No te engañas Filemon (porque en efecto era él mismo.) Ay amigo! continuó; juzgué, sin que nadie llegase jamas á saberlo, sepultar aquí los restos de una vida manchada con los mayores vicios y desórdenes. ¿Por qué raro acaso has venido á descubrir un secreto que debia morir conmigo en este profundo retiro? ¿Pero qué es lo que veo? ¿Lloras?... ¿Tu con las señales del hombre justo?.... ¡Gran Dios! ¿habrá herido á un mismo tiempo dos corazones endurecidos con iguales desarreglos el rayo de vuestra divina voz? Acaba, Filemon, explícame este arcano. Una misma admiracion nos ocupa, y sin duda la divina bondad me reservaba este consuelo, el único que me faltaba despues de tantos como ha derramado incesantemente sobre mi.,,

„Luego que volví de aquella pri-

mera sorpresa, y recobré la tranquilidad de mi ánimo para poderle hablar, le conté quanto me habia sucedido desde la última mañana que nos vimos, y en la que viniéron á decirme que le habian hallado muerto en su cama. Oronte escuchó toda mi relacion lleno de una admiracion y alegría inexplicable; y si pretendiese descubrir su commocion y afectos, debilitaria sin duda la idea de una pintura original que no admite copia. Entónces comenzó así la historia del acontecimiento que causó la mudanza de su corazon, y le determinó á renunciar al mundo. » ¿No reparaste, me dixo, la última vez que nos vimos, que una persona que habia cerca de nosotros esperaba que te fueses como para decirme un secreto? Pues con efecto luego que me dexaste solo, llegándose á mí, me dixo: Vmd. se ha atrevido á desmentirme injuriosamente delante de muchas gentes, y vmd. ha de saber á lo que se obliga el que me ultraja. Aquella persona era *Valmont*;

hombre soberbio y vano, que tenia el insoportable defecto de sostener con una inflexible obstinacion las proposiciones mas absurdas, sin mas que por ser él quien las proferia. A la verdad el dia ántes le contradixe agriamente las falsedades y desatinos que proferia con un tono magistral y aun ofensivo para quantos teniamos la desdicha de escucharle. Despreciaba demasiado á aquel hombre orgulloso para que defiriese para el dia siguiente la aceptacion de su desafio, y así nos fuimos inmediatamente á medir las espadas á la luz de la luna. A las primeras envestidas advertí correr sangre del brazo de mi competidor; compadecíme, y le propuse que dexásemos ya de reñir; pero su respuesta fué mirarme con unos ojos encendidos y furiosos. Conocí entónces su empeño en que habiamos de quedar uno ú otro en el campo, y así empecé á defenderme con aquel ciego valor que inspira necesariamente en el hombre la terrible alternativa de haber de ma-

tar ó morir. Mi enemigo, en medio de el feroz delirio que le privó de todo sentido, se precipitó casi por sí mismo en la punta de mi espada, pasándose con ella el pecho, y cayó en tierra bañado en su propia sangre. Aunque yo no habia recibido herida alguna, caí tambien en tierra atónito y desmayado; pero tuve la felicidad de que mi pariente *Belzors*, habiendo llegado á traslucir alguna cosa del desafio, por un conducto que ignoro, llegó en aquel punto, y recogiéndome en su berlina me traxo á este Monasterio de Cartuxos. Era conocido del Prior, y contándole mi desgracia, le suplicó que me refugiase en el Convento miéntras que se calmaban los primeros resentimientos, que no dexaria de excitar aquel suceso trágico en la familia del difunto. Tomada esta primera precaucion, pasó Belzors á mi casa á verse con mi mayordomo, y le hizo creer que mi enemigo y yo habiamos quedado muertos en el desafio; cuya diligencia hizo con el fin de

extender esta voz por cierto tiempo para precaver las informaciones y pesquisas, y es muy probable que el primero que te participó esta noticia, no habiendo oido decir sino que yo habia muerto, juzgó y afirmó que habia amanecido muerto en la cama. Además de que, la vida retirada y religiosa que has tenido desde entónces en el Convento de San Lázaro te ha imposibilitado de saber la verdad de estas y otras novedades; ni tampoco extrañaria que las ignorases hasta ahora aunque vivieras en el mundo, pues todavía están los mas en el error de que entrambos quedamos muertos de resultas de aquel duelo.»

»Ocupado yo únicamente en pensár en la irreparable desgracia de haber manchado la tierra con la sangre de un hombre, no tomaba el mayor interes en el éxito favorable del artificio que se empleaba para librarme de la severidad de las leyes y de la venganza de su familia; y aunque hice quanto estuvo de mi parte para conservar la vida del que

procuraba mi muerte, sin embargo aquella espantosa imágen de un cuerpo revolcado en su misma sangre, y cubierto con el polvo, me perseguia por todas partes y me inundaba en un Occéano de reflexîones lúgubres. Con este motivo meditaba profundamente sobre los excesos á que conducen el orgullo, el ócio, el olvido de la Religion, y todo el desórden de una vida frívola y vana. Temblaba al pensar en el triste y eterno destino de los que mueren de repente, respirando todavia el furor de sus extremadas pasiones, y á impulsos de su último crimen. La idea de lo que yo mismo sería, si la muerte que ví tan cerca de mí no hubiese engañado el deseo que tenia *Velmont* de la venganza, acabó de desengañarme de la perfidia de los plazeres y de las máximas y costumbres del mundo. Ví con horror la profundidad del abismo donde iba á ser precipitado; y así quanto habia querido hasta entónces vino á serme odioso é intolerables.»

»En una situacion tan favorable para recibir los demas impulsos de la divina gracia hubiera sido dificil resistir á la fuerza del grave y magestuoso espectáculo que la Religion presenta todos los dias en este augusto retiro. ¡Qué hombres ; Filemon ! ¡Qué silencio ! ¡Qué felicidad tan pura! Habia visitado este santo lugar en otro tiempo con Belzors, y me acordaba que desde entónces la vista de esta austera armonía elevaba mi alma , y comenzaba ya á sospechar que habia otras delicias sobre la tierra á mas de las que encontraba en vivir siguiendo las pasiones y costumbres humanas.»

»Esta es, Filemon , la causa de que viva aquí , y de que hayas hallado á tu antiguo compañero en las locuras y desórdenes , con el hábito de la penitencia ; y para mí es un nuevo consuelo saber que el mismo suceso que me restituyó á la virtud y al arrepentimiento ha sido la ocasion de que se sirvió la misericordia de Dios para conducirte á la Reli-

gion. ¡Quán admirable es esta combinacion de los designios de la bondad infinita! ¿Y quién hubiera esperado jamas que estuviese señalado un mismo instante en los consejos del Todo-Poderoso para la salud de dos hombres, tan locamente entregados á la perversidad de las mas imperiosas é indelebles pasiones?»

»Hizome Oronte otras muchas reflexîones sobre esta inspiracion tan extraordinaria y celestial. Por lo que á mí hace, no podia volver en mí de la profunda sorpresa que me poseía, y al retirarme de aquellos jardines, en que acababa de oir sucesos tan, inesperados, exclamé de este modo: ¡He aquí, ó Dios mio, unas revoluciones que el mundo no admirará jamas, y que sin embargo son las únicas en que se manifiesta la accion de una fuerza superior é invisible, sin que en ellas intervenga nada de humano, y de las quales si queremos descubrir el orígen tenemos que recurrir á vos! ¿pero por qué

este encuentro no podrá ser un nuevo llamamiento que me advierta que aun no estan cumplidos en quanto á mí todos los designios de vuestra divina misericordia? ¿Y por qué, Señor, mis esfuerzos para recobraros han de ser menores que los que ha hecho aquel á quien he igualado en la carrera del vicio? No Dios mio: yo juro delante del cielo, que fué el único testigo de tan pasmoso descubrimiento preparado por vos, de venir á expiar los desórdenes de mi vida siguiendo los pasos de Oronte, y sepultándome con él en un mismo sepulcro. ¡Qué! ¿mientras el compañero de mis antiguos vicios llora su iniquidad con el hábito austero de los mártires de la abnegacion, é incorporado en la severa sociedad de los atletas de la cruz pasa su vida *meditando los años eternos*, y junta su lamentable voz á los graves cánticos que resuenan en el silencio de las noches por las solitarias bovedas de un Templo consagrado á los suspiros y á las lágrimas; miéntras que

yo tenga siempre presente esta idea, podré vivir en un magnífico palacio en el seno de las comodidades y de los placeres ? Sin duda el sábio director de mi alma aprobará una resolucion tan conforme á sus principios y tan indispensable á la estabilidad de los sentimientos que me ha inspirado. Escribíle lo que me acababa de suceder en el Monasterio de los Cartujos, y la resolucion que fraguaba en mi espíritu. Su respuesta fué la siguiente : »¡ Quán digno es, Filemon, de ser adorado aquel gran Dios que en el mayor silencio, y en medio de todas las pasiones y trastornos mundanos, dispone y prepara las almas que ha escogido con el fin de elevarlas hasta el esplendor impenetrable de su reyno ! ¡ Y quán grande y magnifico viene á ser este mundo, aunque tan pequeño y despreciable por puerilidad de los intereses que le agitan, quando dirige la eterna Sabiduría sus acaecimientos, y hace salir de lo profundo del lodo unas criaturas en quienes rever-

bera su gloria, conduciéndolo todo por unos medios profundos é inexplicables al gran desenlace *de la aparicion de su reyno*, y á la ascension triunfante *del cuerpo de los elegidos* al lugar de su alegría, de su descanso y de su eternidad! Lo que tus ojos acaban de ver en aquel oculto retiro, adonde solo fuiste á buscar el inocente placer de un paseo solitario, es un exemplo bastante admirable del poder que Dios exerce continuamente, á pesar de los estragos de la corrupcion humana, para separar de ella lo que desde la eternidad habia resuelto glorificar *en su morada sublime*, y para exâltar con una rapidez que admiren las Potestades celestiales á la dignidad mas augusta y venerable en la tierra, á los mas viles y perversos de los hombres. ¿Por qué medio ha llegado Oronte á ser repentinamente tan apreciable á los ojos de Dios? ¿Qué fuerza seria aquella con que, sin pensarlo, se sintió fortalecido, quando en el tiempo que ménos esperaba le hizo superior al

mundo, á sus pasiones y tinieblas, y á todo el inmenso peso de desordenadas costumbres que le constituian un perfecto modelo de depravacion y de impiedad? ¿De dónde le vino aquella luz que con tanta prontitud le iluminó sobre la vanidad de la vida y sobre *las maravillas del siglo venidero*? *Esta es, Señor, vuestra grande obra*, y solo vuestro dedo invisible es el que exeeuta en la tierra unas transformaciones tan inverosímiles á la creencia humana.»

»Tú mismo, Filemon, te has hallado, quando ménos lo pensabas, con una viva repeticion de aquel gran milagro de misericordia que viste obrar en tí mismo; y tu Dios solamente proporcionó un descubrimiento tan extraordinario, á fin de completarte la alegría que tuviste de haber salido del abismo de miserias en que estabas sumergido, y para calmar aquella pena amarga que se mezclaba con ella siempre que te acordabas de que Oronte habia muerto

sin haber tenido tiempo de arrepentirse de sus vicios y de purificar sus últimos suspiros. Pero la imágen terrible de una muerte precipitada é imprevista, no pierde nada de su verdad y de su fuerza, porque no fuese sino una ilusion quando obró sobre tu alma una impresion tan violenta y tan saludable; porque la desgracia que no le sucedió á Oronte se realizaba en aquel momento en todas las partes del mundo con otras criaturas tan culpables como tú; y tan mal dispuestas para comparecer ante la luz de Dios.»

»Mucho me alegro, amigo mio, al pensar en la noble y firme emulacion que te ha causado el exemplo de Oronte; porque esta disposicion supone que tu alma está pronta á todo, y que es capaz de los mayores sacrificios. Sí, *los tabernáculos del Señor son infinitamente amables*; mas sin embargo debemos consultar las reglas prescriptas por la moderacion, la prudencia y la sobriedad hasta en la ocasion de bus-

car á Dios y á la verdadera sabiduría. *Yo quiero*, dice San Pablo, *que seais reservados y discretos en el bien.* Todos somos llamados á la severa justicia del Evangelio; pero la eleccion de los medios que nos conducen á nuestra santificacion no han de ser causa de un entero rompimiento con la Sociedad, quando la naturaleza nos une á ella con ciertas obligaciones de una importancia superior á los mas santos institutos; como, por exemplo, si estamos revestidos con el augusto y sensible carácter de ser padres de familia. Tu amable y virtuosa compañera quando descendió al sepulcro dexó unos hijos á quienes debes el amor, el amparo, la instruccion, y el buen exemplo. Oronte se hallaba aislado en medio del mundo; su retiro no turvaba en nada el órden social, y por consiguiente le era permitido entregarse sin reserva al ardor de su zelo por la penitencia: mas por lo que hace á tí, ya Dios te ha señalado la ocupacion que debes tener

en esta vida, cuidando de esa tierna y preciosa descendencia que crece y se alimenta á tu vista. Si este magestuoso y sensible espectáculo no ha contenido algunas almas extraordinarias que se retiráron á lo mas oculto de los desiertos, á pesar de los gritos de la desconsolada naturaleza, y rompiéron la balla que les oponia su propia sangre, estas almas, digo, son unas raras excepciones reservadas á los divinos misterios, que no deben servir de norma para arreglar por ellas el curso de las obligaciones de la vida, ni para determinar el género de nuestras expiaciones y penitencias. Quando vivias sin ley y sin principios hubiera convenido á tus hijos que los hubieses abandonado, á fin de excusarles la vista de tus costumbres desenfrenadas é irreligiosas; pero ahora que encuentran en tí la virtud, con cuya imitacion serán dichosos, tu abandono les seria funesto, privándoles del mas seguro recurso que la bondad divina les ha preparado *contra*

el contagio de este siglo. Tampoco has sido, Filemon, verdaderamente padre, sino desde que temes al Señor, y eres capaz de contar su gloria á las inocentes criaturas que llevan tu imágen sobre su frente y tu sangre en sus venas. Aquella esposa que era tan digna de tu amor y respeto, murió sin haber visto cumplidos sus mas preciosos deseos y mas tiernas esperanzas, rogando al Santo Dios que la habia de juzgar que mudase tu corazon y te hiciese digno del sagrado título con que te dexaba condecorado en este mundo. ¡Ah! Haz que goce en sus hijos de sus últimas lágrimas, y consuelate tú mismo de las amarguras que causaste á su alma tan inocente y pura, sacrificándote á la instruccion y felicidad de los que llevó en su seno con tantos cuidados, y estrechó tantas veces contra su corazon.»

"¡Ah! Jamas debemos oponernos á la naturaleza sino quando se conoce que está depravada; porque procede de Dios, así como la Religion,

y el afecto que nos une á nuestra familia se gravó en nuestros corazones por la misma mano que escribió en ellos la obligacion de adorar y respetar al Ser supremo; ó por mejor decir, los principios de las obligaciones naturales y religiosas se confunden de tal suerte en su orígen, que el mismo Dios nos presenta en los libros sagrados, como una verdad de sentimiento, la necesidad de amarle nacida de aquellas impresiones mas íntimas é indelebles que se encuentran en nuestra alma; y para atraernos al cumplimiento de este deber tan consolador y tan santo, nos anima con el poderoso y vivo interes de la naturaleza y del corazon. ¡O hijos de Israel, decia Moyses á un pueblo ingrato y rebelde! ¿Por qué os habeis olvidado de un Dios que tiene unos derechos incontestables á que le ameis y le seais agradecido? Por ventura no es él quien os ha criado, quien os ha dirigido é ilustrado, quien os ha escondido en su pecho y conservado como las niñas de sus ojos? ¿Y

aquella admirable Madre en quien alaba el Espíritu Santo la sabiduría y la fuerza de sus palabras, sabes de qué medio se valió para que naciese en el corazon de sus hijos un sentimiento de amor divino mas enérgico que todo el aparato de los suplicios preparados en su presencia? Pues renunció y cedió en favor de Dios su carácter de Madre, dirigiendo toda su sensibilidad filial hácia aquel gran poder *de donde procede toda paternidad en el cielo y en la tierra*, y en donde reside el principio y la perfeccion de quanto la naturaleza tiene de mas tierno y amable. Les hace ver que participan de esta inmensa magestad por medio de una correspondencia y una conexîon infinitamente mas extensa é íntima que quantos vínculos les unen con la Madre que les dió la vida. Hijos mios, exclama, yo no sé quien os colocó en mi seno: ciertamente vuestra madre no os comunicó el alma é inteligencia que teneis, ni tampoco inventó el maravilloso órden de esos miembros, ni ménos formó ese texi-

do tan delicado y esa organizacion tan admirable en que resplandecen los rasgos de la suprema Sabiduría: vosotros sois la obra del gran Dios que crió los cielos, produxo la tierra, ahondó la concavidad de los mares, conoce el orígen de las criaturas, y formó al hombre, obra la mas acabada y perfecta de quantas saliéron de sus manos: últimamente, de aquel gran Dios que es la luz de las inteligencias, la antorcha de la sabiduría, el principio del movimiento, y el último y eterno asilo de todo lo criado.»

»Permanece pues, Filemon, en medio de esas tiernas y sagradas prendas de una union, cuyo largo olvido debes enmendar de este modo. No hay sobre la tierra un empleo mas honorífico que el de enseñar á los hombres el conocimiento de Dios y el amor á la virtud; ni en ella se encuentra ocupacion de tanto interes y dulzura como la de emplearse en este tan alto exercicio, principalmente con los que tienen enlazada y pendiente de noso-

tros su felicidad, y que amándolos amamos á nuestra propia substancia. ¡Qué delicia es pensar que aquella criatura que tanto nos interesa y es tan preciosa *es el Santo de Dios, y será llamada el hijo del Altísimo*, y elevada á la posesion de un imperio que ninguna revolucion podrá destruir jamás! ¡O Religion divina! Tú sola satisfaces y coronas todos los deseos de la naturaleza, y solo para aquellos á quienes comunicas tu gran luz, está reservado gozar en toda su extension del placer de ser padre. Verdaderamente no se puede concebir de qué modo un corazon sensible, atendido el tierno interes que inspiran los hijos, puede vivir sin las esperanzas de la Fé, si las conoce; ni que pueda haber incrédulos entre los padres de familias. ¿Hay por ventura idea mas cruel, ni mas capaz de emponzoñar en un corazon paternal el contento que causa la vista de los hijos, que no conocer entre ellos otra exîstencia real y cierta sino aquel corto y triste intervalo que media entre la cuna don-

de oimos sus primeros gemidos, y el sepulcro donde todo es horror, polvo y ceniza? ¿Y quién podrá persuadirse que el paternal amor, mirando al fruto de sus entrañas, no quedará inconsolable si no cree que es inmortal y eterno? ¿Ni cómo su incomparable ternura podrá figurarse que las promesas del Evangelio son un sueño, y que aquel corazon tan cariñoso é inocente no amará algun dia á nadie: que aquellas manos tan suaves y acariciadoras no se asirán á nada, y que nada verán aquellos ojos en los quales brilla tanto candor, y á quienes anima una alegría tan amable al encontrarse con los de su querido padre? ¿Cómo en fin podrá explicarse á sí mismo la causa de aquel cuidado y amor tan irresistible que la naturaleza le imprimió hácia su hijo, y el deseo tan ardiente que tiene por la conservacion, aumento y felicidad de una cosa tan pequeña, y de tan poco valor? Ignoro á la verdad, Filemon, de qué modo se conduce un impío para consolar á otro

á quien encuentra regando con sus lágrimas el sepulcro que oculta las frias cenizas de su hijo único; bien que el consolador debe temer semejantes encuentros, y no puedo dexar de persuadirme que en estos momentos tan crueles el incrédulo mas obstinado cree engañarse secretamente, y espera que el fruto de sus entrañas, cuyas memorias le son indelebles, viva en alguna otra parte mas que en su corazon. ¡Qué triunfo tan grande para la Religion, que sola ella en el mundo justifique nuestras mas amadas inclinaciones, y que no se la pueda abandonar sin entristecer á la naturaleza en su mas dulce y pura pasion! No, Filemon, nuestro corazon, nuestros afectos, nuestros deseos y todo lo que mas vivamente sentimos en nosotros, nos dice, que las relaciones que tenemos con la Sociedad, con nuestra familia y con nuestros hijos son perpetuas, y que nada de quanto vemos baxar á lo profundo de los sepulcros, cesa de exîstir y de vivir. Los escritores de la Religion solamen-

te nos anuncian que los deseos de todo el linage humano se hallan cumplidos quando nos revelan, en nombre del Dios eterno que los inspira, que la sociedad infinitamente perfecta de la eternidad es el orígen y el modelo de la profunda idea que Dios concibió de formar la sociedad temporal; y que el cuerpo de todas las generaciones humanas es una unidad representativa de aquella que hace de las personas divinas un solo ente, en donde nada se opone ni disuena: unidad que no puede circunscribirse en el círculo estrecho de la duracion del mundo, porque lo perecedero no puede corresponder á la magestad de un plan trazado por Dios, ni al caracter divino que dió al hombre: unidad por ahora imperfecta, conmovida y agitada por la oposicion de los intereses humanos; pero que se adelanta todos los dias hácia su orígen, sin embargo del conflicto de las pasiones, y se perfecciona con una insensible graduacion en medio del trastorno y tumultuoso desórden que cau-

san los que nacen y mueren, hasta que vuelva á ser incorporada en la gran unidad de quien recibe la fuerza que la sostiene en su tránsito admirable.

»¡Quán bello es, Filemon, ver descender de un orígen tan sublime el principio de las virtudes y obligaciones que nos impone el respectivo carácter de ciudadano, de padre, de esposo y de amigo! ¡y qué objeto tan sagrado y tan digno de nuestra veneracion y amor es la Sociedad mirada baxo de este augusto respeto! ¿Mas qué utilidad se le sigue en la irreligiosa filosofia, quando hace esta sus mayores esfuerzos para borrar de ella aquel gran sello de perpetuidad y de gloria, impreso por la misma Religion, queriéndola reducir á una masa aislada, informe y arrojada sin destino en medio de la duracion infinita que le precedió y debe seguirla? ¿No despoja esta filosofia extravagante á la sociedad, en cuyo bien estar pretende ocuparse, de toda la fuerza, verdad y santidad de los derechos que

tiene á nuestro amor y sacrificio? Las leyes que nos unen con nuestros semejantes, y que nos hacen personales los bienes y los males de nuestros hermanos, ¿no pierden su mas sólida y única sancion? Y esta peligrosa y falsa sabiduría, desnudando así al cuerpo social de su mas gloriosa prerrogativa, que es no morir jamas, ¿no le hace titubear hasta en sus mas profundos cimientos?»

»Nunca pues confies en la sinceridad, y mucho ménos en la amistad de esos pretendidos Apóstoles de la humanidad, que reducen todo nuestro destino al espacio de una apariencia rápida en medio de los demas hombres. Aquel que despues de haber consolado á sus infelices hermanos ó haber hecho algun servicio importante al público, no espera mas recompensa que anonadarse irrevocablemente en un sepulcro, jamas apreciará á los que navegan con él hácia el mismo abismo, y estimará en nada á los que le han precedido y han de seguirle en esta noche de horror y muerte eter-

na. La sociedad será para él un vil simulacro á quien, como de paso y casualmente, incensará alguna vez para cumplir con lo que exîgè la decencia, aunque interiormente lo desprecie y ultraje, y únicamente será un espectáculo respetable y augusto para el hombre religioso acostumbrado á vivir en la presencia de aquel gran Dios para quien nada muere, de aquel gran Dios que hará que encuentre en su ciudad á sus parientes, hijos, conciudadanos y á tu patria; y que trasladará esta sociedad terrena al lugar en donde ya exîstia otra eterna ántes de la creacion del universo en los inmudables decretos del Altísimo.

„Así pues, Filemon, esta gran familia, que nosotros llamamos *sociedad*, si la entendemos bien, y la consideramos en aquella total extension que tiene delante de Dios, que es el Padre, el centro y el vínculo de ella, no se compone solamente de los que viven en nuestra edad y con nosotros, sino tambien de todas las generaciones que ya han desaparecido de *la*

tierra, de todo lo que ahora es glorificado *en el esplendor de los Santos*, de todos los justos que vivieron *en los siglos antiguos*, y de quienes decia San Pablo, como hablando con sus verdaderos conciudadanos y verdadera única familia: *Vosotros habeis llegado ya á la montaña de Sion en donde está la ciudad del Dios vivo, á la Celestial Jerusalen*; en fin de todo quanto naciere de la estirpe de Adan *hasta el fin de los tiempos*, y mereciere ser contado entre los *redimidos del Señor*. Esta es la causa por qué la Religion ofrece sus oraciones al Eterno, tanto por la felicidad de los que esperan la resurreccion en lo mas hondo de los sepulcros, quanto por la salvacion de los que están presentes á sus ofrendas y sacrificios, no haciendo de unos y otros sino una sola generacion, de la que nadie ha perecido jamas, y en la que durarán todos tanto como Dios. No se limita tampoco á recordar solamente la memoria de los que dexaron señales indelebles de sus

virtudes, como si los que les sobreviven no tuviesen ningun comercio con ellos; sino que presenta al Dios á quien adora, nuestra unidad y nuestra comunicacion íntima *con todos los que nos han precedido en la señal de la fé*, que es el motivo de la tierna confianza *con que nos presentamos delante del trono de la gracia.* Ella nos habla en sus Templos, y en medio del grande y tremendo sacrificio que ofrece al Dios de los Exércitos, del justo Abel, de Adan nuestro Padre, del gran Sacerdote Melchîsedech, de los Apóstoles, de los Mártires de los Confesores, y de las Santas Vírgenes, como si fuesen espectadores de quanto pasa entre nosotros, é interviniesen en todo quanto se hace actualmente para perfeccionar el cuerpo de Jesu-Christo, y completar el número de sus hermanos.

„¡Qué manantial de consuelo y alegria para los hijos de Dios! ¡y que recurso no encuentra la tierna y sensible naturaleza en medio de las se-

paraciones y privaciones con que no cesa la muerte de afligirla! ¡O vosotros los que sois verdaderos padres! esposos, hermanos, hijos y amigos, vosotros que conoceis la ternura, entendeis lo que digo, y comprehendeis quan amable debe ser la Religion á todos los buenos corazones, si se mira por este aspecto tan tierno y delicioso, ¡O fe divina! obra la mas perfecta y adorable, ¡quán grande es tu poder para disipar el horror que nos causa la vista del sepulcro donde la inexôrable muerte tiene encerrado el dulce objeto de nuestro cariño! ¡Qué luz tan brillante vemos resplandecer de lo alto de aquella gloria á la qual va á parar el que ha espirado en nuestros brazos! ¡O tierno objeto de mis deseos! La felicidad de mi vida consistia en verte, conservarte y hacerte dichoso... Tú desapareciste como un sueño, pero aun vives... Mis ojos te miraban con singular complacencia en otro tiempo... Ahora te contemplo enagenado; en tí amaba á mi misma sangre, te es-

trechaba contra mi corazon como una porcion preciosa y amable de mí mismo. Pero en el dia, postrado en tu presencia te tributo una especie de culto, al ver en tí un ser divinizado, incorruptible y eterno. Y vos, gran Dios, ante quien todo está vivo ¿no es cierto que siempre que adoro vuestra magestad inmensa vuelvo á poseer todo lo que me parecia haber perdido? Sí, en vos encuentro aquel hijo perdido, en vos le veo, le oigo, le halago y le abrazo en la misma fuente de la vida.„

„Te he hecho, Filemon, estas reflexîones para fixar en tí mas y mas el deseo que te anima de dedicarte á la educacion de tus hijos, con el fin de manifestarte, aunque brevemente, el punto de vista baxo el qual debes enseñarles el espíritu y el designio del Christianismo. La Religion bien entendida es el preservativo mas eficaz que puedes procurarles contra el contagio de la incredulidad, cuya rapidez en los progresos funestos que ha hecho en este siglo, dimana del

vicio de la educacion, y de la profunda ignorancia en que vivimos abismados sobre lo que hay mas digno en la tierra de ser incesantemente estudiado; la juventud entra en el mundo sin ningun principio de creencia, y sin haber comprehendido el espíritu y obligaciones prescriptas por la fé, de suerte que tiene una alma enteramente dispuesta á dexarse corromper, y pasa de un golpe de la indiferencia al aborrecimiento sistemático de la Religion, llegando á ser incrédula ántes de empezar á creer. Los principios de nuestra educacion doméstica se reducen á darnos á conocer grandes ridiculeces, en vez de grandes verdades. En los Colegios se nos enseña con una prolixidad fastidiosa lo que aun en edad mas madura no somos capaces de entender, lo que en ningun tiempo nos interesa saber, ó por lo menos no puede contribuir á hacernos ni mas virtuosos ni mas felices. Los teólogos exâminan en sus escuelas las magestuosas verdades de la Religion con unas fórmulas áridas

y desabridas; y nos hacen pasar en sistemas frios y especulaciones inútiles un tiempo que estaria mas bien empleado en trazarnos el quadro de la fé con toda su hermosura y viveza, en descubrirnos aquel manantial inagotable de grandezas y luces que contiene el depósito de las revelaciones divinas, y en hacernos inmudables en el conocimiento y posesion de todo el cuerpo de la santa doctrina. Los Oradores Evangélicos, sin exceptuar aquellos á quienes los bellos rasgos de su eloqüencia distinguen de la turba de los Predicadores, no pueden tampoco lisonjearse de que nos enseñan la ciencia de la Religion, y de ser los Preceptores de los hombres en esta vasta y magnifica carrera, porque el que mas haee nos presenta en sus discursos solo una ú otra pequeña parte de doctrina aislada, y por consiguiente destituida de la gran fuerza que recibe de su correspondencia y conexîon con el plan universal dispuesto por Dios: y despues de haber pronunciado dos ó tres

palabras deducidas de la Sagrada Escritura, únicamente nos proponen y explican un punto de Moral Christiana, recogiendo todo lo que juzgan oportuno para la instruccion de sus oyentes. Por este medio se logra conservar el amor de la Religion en el corazon de los que la conocen; pero el conocimiento de ella no se enseña á los que no la saben. Esto es tan cierto como que si un salvage nos preguntase en donde aprenderla nuestro culto y Religion, nos encontrariamos muy confusos por no poder responder á semejante pregunta: y el salvage se admiraria mucho mas, al ver que en un pais en donde todo se enseña y se encuentran tantos establecimientos para todas las ciencias y artes útiles á la felicidad de los hombres, no hay una escuela abierta siempre para todas las clases de la Sociedad, en que se enseñe metódicamente la Religion (*).

(*) En efecto estamos tan faltos de una perfectaeducacion en esta parte, que no tenemos

»No te ablo de esta suerte, amigo mio, animado de un espíritu de crítica y murmuracion. ¡Ah! todo es imperfecto en la tierra, y al paso que me lamento al ver la insuficiencia de los arbitrios públicos para evitar la ignorancia y el olvido de la Religion, conozca las grandes dificultades que se oponen á la mejora y mudanza de las cosas. Mi fin solamente ha sido demostrarte la ne-

obra ninguna que nos trace con toda la exáctitud conexion, grandeza y sencillez el magnífico y sabio plan de la Religion en toda su extension y relaciones, como quisiera nuestro Autor. Hay excelentes obras y tratados particulares de todas especies, y sobre todo los puntos de Religion; pero estos sirven mas para defender su verdad y dignidad, que para darla á conocer con todo su espíritu y en todas sus partes. Las demas obras, como son los Catbecismos, instituciones, &c. bien se ve que no son mas que una suma de los Dogmas, y verdades reveladas que debemos saber y creer. Nos falta, por decirlo así, un plan metódico de esta excelente y magnifica obra, y que haga los que los modelos, y los planos elevados en la Arquitectura. Una obra, pues, que explicase, si nos es permitido decirlo así, el órden arquitectónico de la Religion, es decir, su grande y magnífico plan, su sábia

cesidad indispensable que tienen los Padres de familia de exercer un género de sacerdocio doméstico, y constituirse en medio de sus hogares los maestros y Apóstoles de sus hijos. Verdaderamente no puede concebirse como un Padre que conoce la Fe, y que vive con la esperanza de sus promesas, puede mirar los tiernos renuevos que crecen á su vista sin derramar lágrimas de admira-

economía, su objeto y espíritu, es á mi ver lo único, que nos queda que desear en materia de Religion, y lo que haria á esta un grande obsequio. El Autor da bastante idea de ella, y aun la trabajó con el título de *Pensamientos sobre la Filosofia de la Fe*; pero, segun nos dice el mismo, habiendo consultado su trabajo con algunos amigos suyos de buen gusto y delicadeza, le hicieron algunas observaciones, y queriendo aprovecharse de ellas meditó refundir su trabajo, y volverla á hacer de nuevo. No sabemos si lo habrá dexado hecho. Sin embargo, creo pueda servir mucho al intento otra que dice publicó con el título de *Pensamientos sobre la Filosofia de la incredulidad*; para hacer ver, por contraposicion, la verdadera y sólida filosofía de la fe, y dar una idea de su magnífico y bien arreglado plan. Esta obra quedó concluida, segun indica el Autor. T.

cion, de alegría y de ternura: principalmente si contempla lo que deben ser algun dia aquellos precisos objetos de sus desvelos y cuidados. Quando vemos á los hijos de los Reyes, siendo aun niños entretenerse al lado del trono sin hacer caso de toda la pompa que le rodea, ni pensar todavía en la gloria de su nacimiento, ni en la gran elevacion de su destino, no podemos mirarlos sin admirarnos de que á unas criaturas tan pequeñas y débiles esten reservadas tantas grandezas... Pero si pudiésemos, Dios mio, descubrir todo el valor del carácter con que está marcado el inocente niño que acaba de recibir á los pies de vuestro Santuario el sello *de la generacion celestial* ¿qué vendria á ser en su presencia toda la pompa, y todas las coronas que los hombres dexan quando descienden á los sepulcros? ¿Donde está el heredero de los Príncipes de quien pueda decirse; este niño será grande, porque su poder es eterno, y su imperio jamas padecerá nin-

guna alteracion? Si solo á los hombres sublimes está reservado el presidir á la educacion de los Soberanos, engrandecer su alma, y hacer que sus costumbres adquieran una forma y modales nobles y reales, ¿quál debe ser la eleccion y la superioridad de aquella persona destinada á desenvolver en las tiernas criaturas el gérmen de la divinidad que reside en ellas, amoldándolas, por decirlo así, segun la forma del infinito? ¡O preciosa infancia! ¿quién podrá verte sin amarte? ¿y quién podrá amarte sin llorar la inconcebible ceguedad de aquellos padres crueles que no aprecian en tí sino las instrucciones que te dan para pervertirte, atormentarte y perderte como ellos?

»Así pues, Filemon, para decirte en pocas palabras mis ideas relativas á los medios de que debes valerte para que hagas amar y conocer la Religion á tus hijos, la primera y principal es; que nunca olvides que todo el buen efecto de tu zelo de-

pende de que comprehendan bien el espíritu y verdadero designio de la fe; para conseguirlo debes alimentarte y empaparte en la lectura y meditacion de los libros Santos; y cree que solo de esta fuente podemos sacar aquella abundancia, altura, uncion, dignidad y autoridad toda divina, que nos hace capaces de las cosas mas grandes. Cree que allí solamente se encuentra el verdadero principio que fixa nuestras ideas de órden, de justicia y de felicidad; y por último, crée que allí únicamente se hallan los espectáculos dignos de la inmensidad de nuestra imaginacion, los objetos proporcionados á la necesidad que tienen las grandes almas, y los sentimientos propios para excitar toda la ternura del corazon ménos sensible.

»Porque si analizamos bien á los hombres, conoceremos que lo que mas los aparta de buscar los bienes que propone la fe es una enfermedad superior á todo el poder del raciocinio; y solo el que sabe hacer que tome

parte de la naturaleza en los intereses de la Religion, es el verdaderamente destinado para hacérnosla adorar. Muy rara vez vemos que la razon sola determine nuestras costumbres, estimacion eleccion y conducta. De todas nuestras potencias sola la imaginacion y el corazon deciden de nuestros gustos, de nuestras opiniones y de nuestras costumbres; porque los objetos nos arrastran segun la impresion que nos causan. Mas esta disposicion inherente á la imperfeccion de toda la naturaleza humana es principalmente el carácter particular de la juventud. Sus almas inexpertas no saben en cierto modo sino mirar y sentir, y no tiene por reales y verdaderos sino los objetos que perciben los sentidos del tacto y de la vista. Fuera de esto todo es nada para ellos. Nosotros mismos, Filemon, somos tambien jóvenes en este particular toda nuestra vida; y quando queremos excitarnos al amor de la Religion conocemos la necesidad de tocarla y tenerla en nuestras ma-

nos, porque así se presenta mejor al alcance de nuestra imaginativa y de nuestro corazon, y tiene por su parte mas proporcion con lo que mas nos mueve y hiere en la economía de la naturaleza y de la sociedad. El gran secreto de hacer amable la fe es el de hacernos admirar la perfeccion y el último grado de quanto buscamos por todas partes y con mas pasion, es decir, el manifestarnos en la gran salud que Jesu-Christo traxo á la tierra la suma total de todo lo que el hombre desea, las verdaderas riquezas, la gloria sólida, la soberana prosperidad y la grande fortuna. No es esto decir que el establecimiento del reyno de Dios pueda ser jamas obra de la prudencia humana; sino que, supuesto que Dios confia á los hombres la funcion honorífica de preparar sus caminos para el triunfo de la gracia, deben servirse de todo, hasta de nuestras pasiones y debilidades, á fin de conducirnos á entrar en aquella gran luz, en donde ya no hay necesidad de

lecciones ni preceptos.»

»De esta suerte el Señor, que llama igualmente á la vida eterna á los mas rudos de los hombres que á los de mas elevados talentos, circunscribió toda la Religion á una regla y órden de sucesos que la hacen palpable á todos, y le dan un ascendiente victorioso sobre las almas rectas y sensibles. Todo es en ella imágenes que hablan á los ojos, y acesibles á la comprehension de las personas ménos cultas y exercitadas. Desde aquel instante en que Dios, rompiendo su eterno silencio, mandó á la luz que saliese de la noche del caos, hasta el establecimiento de su pueblo en la tierra de promision, y el triunfo de su culto en medio de Jerusalen; todo es una serie de hechos y prodigiosos acaecimientos, que siempre excitarian la curiosidad de los hombres, aun quando aquel magestuoso aparato no se dirigiese á un fin que tanto nos interesa. Verdaderamente no puede leerse la Historia Sagrada sin advertir que en otro tiem-

po hallaban los hijos de los Patriarcas y Profetas el consuelo de sus largos deseos, el premio de sus esperanzas y el apoyo de su fe en la memoria continua de las maravillas obradas por Dios para la fundacion de su eterno Imperio, á pesar de las extraordinarias vicisitudes que alteraban su plan freqüentemente. Los padres no enseñaban la Religion á sus hijos, sino mostrandoles sus monumentos de todo aquello que Dios habia hecho en favor de sus mayores, y exponiendo á sus hijos aquella larga serie de acaecimientos y milagros que preparaban desde tanto tiempo la venida del gran dia en que todo debia ser consumado con la muerte *del Christo del Señor*. "¡Qué cosas tan »grandes, exclamaba David, encomendó Dios á nuestros padres para que las transmitiesen á sus hijos, »con el fin de que nuestra posteridad no ignorase lo que se nos habia referido! Los hijos que nacerán »de nuestros descendientes anunciarán los mismos prodigios á los su-

»yos, y así se conservará siempre »la memoria de las obras de Dios, »y los hombres de todas las edades »pondrán en él su esperanza y per»severarán fieles á sus preceptos.»

Mucho tiempo hace, Filemon, que algunos Escritores, llenos del espíritu de la sana y venerable antigüedad, se esfuerzan todo lo posible para que se reconozca este método tan natural, tan fácil y tan seguro de enseñar y hacer amable la Religion. En efecto ¿no es una de las mayores pruebas de su divinidad su admirable historia y la magestad de su espectáculo? ¿Cómo, pues, un medio de instruir, que con tanto fruto empleáron nuestros padres, se ha abandonado en nuestros dias, y todo el arte de la única enseñanza necesaria á los hombres se ha reducido solamente á abrirnos de tiempo en tiempo las puertas del Templo, en donde encontrarnos un Ministro de la Religion exponiendo sus propias reflexiones sobre un punto aislado y escogido casualmente del cuerpo de la

santa doctrina? ¿Cómo puede haberse olvidado el sagrado depósito de las divinas Escrituras que pertenece á todos los hombres, que es el patrimonio de todos los hijos de Dios, y la gran riqueza del Universo? ¿Y cómo no nos admiraremos al ver la profunda ignorancia en que estan casi todos los fieles de la union é intimo enlace de las cosas que componen la esencia de la Religion? ¡Ah! quando un Israelita religioso queria recogerse á admirar en su interior la conducta de los profundos fines de la divina Sabiduría, le bastaba repasar en su memoria lo que se habia enseñado de Noe, Abraham, Isac y Jacob; y David se presentaba ante la Magestad Santa con una alma asombrada y sorprehendida al considerar la grandeza de los planes de Dios. Entónces era quando entonaba aquel sublime cántico: "¡O eterno Dios! „nosotros hemos escuchado con nues„tros oidos, y nuestros padres nos „han referido tambien la obra que „vuestro poder executó en sus tiem-

»pos y en los siglos antiguos.»

»Ahora que la historia de la Religion está ya completa, y que vivimos en unos tiempos en que están ya aclarados todos los misterios antiguos y nuevos: en el dia que no tenemos que presenciar ninguna otra mudanza, porque el estado actual de la Religion permanecerá él mismo hasta el momento de la ascension triunfante de la Iglesia al seno de la gloria de Dios: en el dia que todo el secreto de los arcanos divinos se nos ha descubierto con toda la claridad posible; que todo anuncia *el fin y la consumacion* de los designios de Dios: que *el Leon de la Tribu de Judá ha vencido*; que los Templos de Christo se elevan sbore todos los monumentos humanos, y que innumerables torres tocan al cielo con la cruz que selló la salud del Universo; es el dia finalmente, en que todo está revelado y explicado, nada desconocido, viven los Christianos llenos de preocupaciones confusas, no han visto toda la magestad del edificio de la Fe, ig-

noran aún el origen y fin de todo lo criado, no han percibido tampoco el inexplicable concierto, correspondencia, é íntima conexîon que reyna en las obras de Dios; ni ménos se les ha demostrado las relaciones que unen el antiguo Testamento con los misterios de la última alianza, ¿Y qué ha resultado de esta negligencia en el estudio y enseñanza de la Religion? Que el perfecto conocimiento de las divinas Escrituras casi se ha perdido enteramente, y que la lectura de ellas ha llegado á ser la mas ingrata y fastidiosa para el comun de los hombres: que no se tiene idea del designio y verdadero espíritu de la Fe, y que se miran como extraños todos los acontecimientos anteriores á nosotros. Ya no pensamos en que Dios nos tuvo presentes desde el principio del mundo; que nosotros somos el objeto de todas sus determinaciones, la realidad de todas las figuras y cumplimiento de todas las profecías: que por nosotros hubo un Abraham y Patriarcas, un Moy-

ses y Profetas, una Jerusalen y un Templo; y que todo ha sido criado y subsiste para los Santos. De aquí proviene el poco aprecio de nuestra vocacion; el ascendiente casi siempre victorioso de nuestras pasiones é intereses; la instabilidad de nuestra justificacion; la facilidad con que los hombres sacrifican todos los dias sus esperanzas eternas y las promesas del Evangelio al pérfido placer de vivir á voluntad de la ambicion y del orgullo. De aquí dimana el deplorable éxito con que una filosofia perversa se ha atrevido á emprender el descrédito de la Religion, y la ruina de toda creencia y de todo deber. En el nacimiento del Christianismo bastaba que un Apóstol refiriese en medio de numerosos concursos la conexîon íntima que tenian los misterios de Jesu-Christo con todos los acontecimientos esparcidos en la inmensidad de los tiempos que procediéron á su resurreccion, para que millares de hombres se postrasen al punto delante de su cruz, y pidiesen ser incor-

perados en su alianza. No habia resistencia á un órden de tanto embeleso y tan digno de quien era su centro y su fin. En el dia los impíos no se convierten, y los buenos no perseveran, porque aquellos no han visto la verdadera luz, y estos solo la han columbrado. Unos y otros viven *sin conocer el dón de Dios* en la verdad y extension de su grandeza. Solo así puede concebirse como es fácil que puedan desecharle y renunciar á él.»

»¿No es verdad (decian entre sí los Discípulos á quienes habló Jesu-Christo despues de su resurreccion del modo con que se cumplió quanto se habia escrito de él), no es verdad, que miéntras nos manifestaba el sentido de las Sagradas Escrituras sentiamos abrasados nuestros corazones con un fuego todo divino? Ahora bien: quanto el Salvador les enseñaba sobre los misterios de su abatimiento y de su gloria lo unia con todos los acontecimientos, profecías é historia de los tiempos figurativos,

cómenzando, dice el Evangelista, por Moyses y por todos los Profetas. Y este enlace de la antigua y nueva alianza que presenta un mismo cuerpo de Religion, una misma serie de designios, una armonía en que brilla toda la magnificencia de la Sabiduría infinita, y una imágen llena de substancia y magestad; es el que infunde en el corazon de los Discípulos aquel arrobamiento y fuego celestial que los penetra y transforma en otros hombres.»

»Estevan dicen los Hechos de los Apóstoles, lleno de gracia y fuerza divina, asombraba á quantos oian sus discursos, y nadie podia resistir á le abundancia y excelencia del espíritu que habla por su boca. *Hermanos mios*, les decia *estadme atentos*. ¿Qué es lo que quiere anunciarles? Manifiéstales las maravillas de Dios, y compara los acontecimientos mas ocultos de los siglos antiguos con los que acaban de ver cumplidos en la persona, muerte y resurreccionde Jesu-Christo. Una voz del

cielo fué la que arrancó á Abraham de los brazos de la idolatría. Dios le acompaña en su fuga, le colma de bendiciones, hace que le admiren los extrangeros, y que su nombre vuele hasta los términos del Universo, y honra su vejez con el nacimiento de un hijo milagroso. Esta familia amada del Señor se extiende y multiplica como las arenas del mar. No es ya una familia, es una nacion la que llega á ser el único objeto de los continuos cuidados del Omnipotente.... Dios le da un xefe á quien reviste con todo su poder y autoridad: habla Moyses, y los milagros siguen sus pasos, las olas braman en su presencia, el Oceano separa en dos montañas sus espumosas ondas, y el abismo levanta al cielo sus enormes manos. El eterno llueve de lo alto de las nubes el alimento para un pueblo innumerable. Del seno de las rocas levantadas en medio de un árido desierto nacen torrentes que se precipitan y derraman por las ardientes arenas.... Está decretado en el con-

sejo del Altísimo que, libertados los hijos de Abraham, Isaac y Jacob de la esclavitud de Faraon, entren en la tierra de sus mayores, y al solo nombre del valeroso Josue tiemblan los enemigos del pueblo de Dios. A su voz los Astros se paran, las fortalezas y valuartes se arruinan, titubean los Tronos, se destruyen los Imperios, é Israel canta en paz en el Templo mas magnífico que jamas ha exîstido en todo el Universo, las misericordias eternas del Dios que los sacó de Egipto..... He aquí los augustos preparativos del gran dia del Evangelio. He aquí el espectáculo que hace brillar con un resplandor divino el rostro de Estevan, y que mucho tiempo ántes ofreció á David el asunto de la Poesía mas rica y sublime que han visto los hombres.»

«Ved tambien pintado con los enérgicos pinceles de San Pablo el descenso de la eterna Religion á la tierra desde lo alto de la inmensidad divina; como viene á habitar en Adan, que es su primer templo, entre los

hombres, y á explicarle, por qué Dios acababa de criar un mundo y una criatura inteligente capaz de adorarle. Ved, como la virtud divina conserva siempre á la Religion un santuario en medio de la degradacion del linage humano: como nada con Noe sobre las ondas que se han tragado la tierra con todas las pasiones y desórdenes, y con qué magestad y sabia lentitud se encamina por medio de los siglos, las revoluciones, los choques y los trastornos de los Imperios ácia el último de los dias.... Ved, como insensiblemente y por grados se desprende del velo misterioso que la cubre, al paso que se adelanta ácia su fin; y como necesariamente cede todo en el universo á la fuerza del que quiere que triunfe en él de toda soberanía y de todo poder. Ved como todos los hombres y todos los reynos con todas sus vicisitudes, empresas, victorias, ruinas, y con todos los grandes movimientos que los agitan, preparan, sin pensarlo, los caminos á

la aparicion de la gran luz que trae consigo, y como en la plenitud de los tiempos viene al fin para el cumplimiento del gran misterio de piedad profetizado y esperado desde el principio del mundo subsistente y visible en medio de nosotros. Ved en qué Océano de dones y riquezas hace la Religion que se engolfe todo el linage humano: como se incorpora con nosotros, deifica nuestra naturaleza: como hace que todos sus hijos participen de la alianza, inmortalidad y gloria de Christo hijo de Dios, y como hace del xefe comun, del Principe del siglo futuro, y de todos los que han recibido sus promesas un solo cuerpo, una misma familia, que el Dios de la eternidad recogerá el último dia en su esplendor, y vivirá en ella por los siglos de los siglos.„

„Qué padre serás tan respetable y digno de amor, Filemon, si aciertas á poner á tus hijos en posesion de esta gran Sabiduría que no he hecho mas que bosquexarte rápidamente,

y los conduces sobre este plan al conocimiento y aprecio de esta Religion tan maravillosa y adorable, cuyo augusto sello han recibido!„

„Tales quales sean las consideraciones que acabo de comunicarte; las creo suficientes para que ames la mas santa, la mas sublime, y la mas dulce de las obligaciones, y para convencerte de que Dios no te llama á un estado incompatible con las obligaciones y cuidados que la naturaleza y Religion te imponen con un grito tan unánime y tan vivo. Es verdad que no hay vida tan afortunada y feliz como la de un buen Cartujo; pero tambien es cierto que no hay cosa tan divina como formar los dichosos herederos de la eternidad; así como á la ternura paternal nada le es tan dulce y delicioso como asegurar á quien le es tan amada la posesion de unos bienes que nunca perecen. Vos, Señor, lo habeis dicho. El hombre que huye del tumulto de las ciudades, y escondido en lo mas enmarañado de una tranquila soledad,

estudia y medita para su propia utilidad los preceptos de vuestra santa ley, brillará como un astro del firmamento delante del trono de vuestra adorable magestad. Pero el que al cuidado glorioso de su instruccion y santificacion personal añade el de ilustrar y salvar á sus semejantes, hermanos, parientes é hijos, á manera de aquellas estrellas que vemos correr en el vasto azul de los cielos; derramará en la inmensidad de los siglos eternos todo el grande resplandor de su luz y de su gloria.„

CAPITULO VII.

Reglas para la conducta exterior del hombre religioso.

Al llegar á este pasage exclamó así Filemon: Yo me someto, ó Dios mio, á esta tan cuerda y luminosa decision, como á un Oráculo de vuestra voluntad suprema y adorable; y

bendigo mil veces en mi corazon al hombre virtuoso que de todo se vale para afirmar mi fé, y que, al trazarme el plan de educacion para mis hijos, me ilustra al mismo tiempo acerca de las bellezas y caracteres de excelencia que estaba yo bien distante de percibir en la Religion. Tiene razon, me decia yo á mí mismo, para admirarse de que halla malvados é impíos sobre la tierra desde que la luz del Evangelio ha venido á brillar en ella á la vista de los hombres. Quien mire la Religion del modo que él la miraba debe tener por imposible el crimen de desconocerla y profanarla.

Insinuéle que queria vivir solo en el centro de mi casa, y que separado del mundo en medio del mundo mismo pasaria el resto de mis dias dedicándolos únicamente á Dios y al cuidado de mis hijos.

„No aprebo, me respondió, las resoluciones demasiado severas. La de romper enteramente el trato con los demas hombres no lo dicta el es-

píritu de la verdadera y amable piedad, y acaso no serviria mas que de hacer despreciable á los ojos del mundo su carácter interesante. Tiene esta clase de rompimientos repentinos no se qué de molesto y enfadoso que la malignidad no pierde la ocasion de hacer notar para desacreditar la virtud y ridiculizar los rectos sentimientos de los hombres de bien. Los talentos frívolos y disipados que no tienen un verdadero conocimiento de la Religion, no juzgan de ésta sino por las costumbres é índole de los que se dedican á ella. Suponen siempre que la conducta del Evangelio no puede ser otra que la práctica de su doctrina, y si llevamos á muy alto punto la austeridad de nuestras precauciones y desconfianzas, dirá el mundo; que el Christianismo destruye todas nuestras qualidades sociales; que no es bueno sino para hacer hombres misantropos é inútiles á los demas; y los que sientan qualquier deseo de abrazar la virtud, vivirán alerta, por decirlo

así, contra sus remordimientos y temores, por no hacerse tan sombríos é intratables como nosotros. Entre los verdaderos Christianos es donde deben hallarse los hombres mas amables y los ciudadanos mas perfectos. El gran timbre de la Religion es el de que, siendo bien entendida y practicada segun su verdadero espíritu, da un humor dulce y atractivo, un corazon benefico y afable, y unas inclinaciones amistosas y humanas á las personas mas intratables y salvages. Muchos Santos hay que han debido el primer movimiento que motivó la obra de su conversion á la dicha de haber encontrado con hombres justos, llenos de amenidad, de dulzura, de misericordia y de indulgencia para con todos los hombres; que no se comovieron en un principio sino de la saludable emulacion que excita en nuestros corazones la vista de aquel que es mas amable y dichoso que nosotros; y que no empezáron á imitarlos sino por el deseo de enriquecer su alma

con tan bellas qualidades, y adquirir un carácter igual al suyo. Jesu-Christo no dixo á los que recibiéron su nombre y su espíritu, que viviesen apartados de todo, y que no se dexasen ver de los demas hombres: por el contrario, quiso que la luz brillase en medio de los profanos, á fin de que el mundo admire el poder de su doctrina para hacernos buenos y útiles, y porque sintamos la necesidad de buscar en su mismo orígen lo que hace los verdaderos sabios y dichosos de la tierra. Compara su Iglesia á un campo en el qual deben crecer y perseverar juntos el trigo y la neguilla hasta el dia de la siega; y esta mezcla forma de tal suerte parte del plan de la divina Sabiduría, que lo que mas nos hará admirar su profundidad en el dia de la revelacion de su gloria será el ver como todo habrá servido para la formacion, aumento y consumacion del cuerpo eterno de los escogidos, y como los mas grandes males y los mas deplorables es-

cándalos han contribuido al triunfo de la gracia de Jesu-Christo en sus Santos.»

»Amemos á los hombres, Filemon: la Religion no entibia el amor que debemos profesar á nuestros semejantes; pues ella es quien da un buen corazon á los mas pervertidos, y humaniza el natural mas duro y feroz: parece que se les desprecia siempre que se hace estudio de huirlos; y no es lícito darles una idea tan melancólica é injusta de los sentimientos y de los principios que la Fé inspira á aquellos que la profesan. Lo que ella nos prohibe no es la vista, ni la sociedad de nuestros hermanos que no han sido ilustrados de lo alto, y que aun yacen baxo el yugo de las ilusiones y de los errores humanos; tan solo nos advierte que no nos conformemos con el espíritu de este siglo, y que cuidemos de no contagiarnos con los malos exemplos. Las miras de Dios en la conversion de los pecadores no se limitan precisamente á la libertad y

salud personal de aquellos á quienes aparta del camino de la perdicion; tiene un objeto mas extenso, y mas digno de la inmensidad de su misericordia. Quiere que cada conquista de su gracia sea como *una semilla de escogidos*, y que aquel á quien su poderosa voz ha hecho salir del fondo del sepulcro, sea colocado en medio de los que aun yacen en las tinieblas para ser el instrumento de su resurreccion. ¡O Filemon! un hombre es un ente tan grande por la excelencia de su naturaleza, y sobre todo, por su aptitud para poseer y conocer al infinito, que aun debemos respetar y amar en los mas depravados la imposivilidad misma de su conversion á la soberana verdad, y honrar en ellos aquel venerable germen de santificacion que reside en medio de su corrupcion, y al qual puede reanimar y desenvolver de repente el espiriru de Dios, para manifestar su gloria y la superioridad de su sabiduría sobre el órden de las verosimilitudes humanas.»

„Acuerdate de que la Fé nada ha venido á alterar de nuestras relaciones y de nuestra correspondencia con los demas hombres; que la Sociedad es obra de Dios, así como la creacion; que el Evangelio, que es uno de sus mas firmes vínculos, no puede ser contrario á su conservacion; que él ha venido á ilustrarnos y santificarnos en nuestro estado de conciudadanos; que por consequencia nuestra santidad, así como nuestra existencia, debe servir á la utilidad de nuestros semejantes, y ser una parte esencial de todas las qualidades que nos hacen perfectos para con nosotros mismos, y buenos para con los demas. ¿Qué seria del mundo si no hubiese en él mas que hombres sin Religion, sin ley, sin costumbres, y sin principio alguno estable de Sociabilidad? ¿Sabes por qué el vicio observa en él ciertas medidas, y no osa traspasar ciertos límites? Es porque la virtud le impone en todas las cosas la necesidad de observar decencia, y porque

el contraste de los hombres de bien opone por todas partes una resistencia sorda é invisible á la intemperancia de todas las pasiones. Aunque el espíritu de libertinage y de impiedad hace alarde de ostentar una loca independencia, es no obstante muy cierto que en la clase de los siervos fieles de Dios hay una fuerza secreta que modera la osadia, que contrabalanza los escándalos; y resiste incesantemente á los esfuerzos que hacen por corromperlo y trastornarlo todo sobre la tierra. Si se destruyese esta cohabitacion de los hijos de Dios con los hijos de los hombres, y éstos se viesen libres del freno de las atenciones, de las condescendencias y de ciertas decentes exterioridades, no se hallaria un solo principio de seguridad y de consistencia social; se perderia el último recurso que resta en medio de la decadencia de las virtudes sociales, estotres, el freno de las costumbres públicas.

» Tú mismo puedes hacerte muy

palpable esta reflexîon, con el solo recuerdo de tus antiguas costumbres. ¿No es verdad que quando vivias solo con Oronte formabais una compañia seguramente bien depravada? ¿Que vuestras máxîmas eran abominables, vuestros discursos escandalosos, y que vuestras acciones, vuestros proyectos, vuestros paseos, vuestras locas extravagancias, y toda vuestra correspondencia libertina estaban marcadas con el horrible sello del abandono y de la corrupcion? ¿Que estabais prontos á sacrificar el mundo entero á vuestra desenfrenada pasion de gozar? ¿Que qualquiera de los dos habria inmolado al otro á su felicidad personal? ¿Que habriais trastornado todo un imperio, si vuestro poder hubiese igualado á vuestra perversidad, y si un trastorno semejante hubiera podido servir á la satisfaccion de un solo deseo vuestro? Pero únese á vosotros un tercero, un hombre tal como me has pintado á Teofilo; he aquí ya una Sociedad que ofrece un aspecto enteramente distinto; he aquí

tres hombres decentes, honestos, benéficos y modestos: he aquí un lenguage, una conducta y unos principios del todo nuevos: la apariencia es tan uniforme que no se distingue el que la ha ocasionado y posee la verdad de la sabiduría de los que solo imitan el acento y los modales. Te es bien fácil, Filemon, aplicar este exemplo á todo el cuerpo de la Sociedad, y formarte una idea de las ventajas y los recursos de que es deudora á la dicha de tener en su seno fieles discípulos de la Religion.„

„No hay decir, Filemon, que todo el fruto de esta suerte de Apostolado mudo é imperceptible, que exercen en medio del mundo los hombres de bien que viven mezclados con los perversos, se reduce á formar algunos hipócritas y embusteros, y que las falsas apariencias jamas podran producir un verdadero bien.„

„Porque, en primer lugar, nada honra tanto á la Religion como la necesidad en que se ven los violadores de sus preceptos de contradecir-

se á sí mismos por contrahacer su carácter, ó de ocultarse á la vista de los demas hombres para atropellar impunemente las virtudes y las obligaciones que ella nos prescribe. Los ciudadanos religiosos son los que desacreditan é infaman la audacia de ser impío; y nada atrae mas eficazmente los corazones perversos al camino del Evangelio, como el verse precisados á aparentar respeto por las leyes si quieren parecer buenos y apreciables.

»En segundo lugar la hipocresía es un mal personal de aquel que profana la verdad dentro de su corazon; pero es un bien público por quanto imita los sentimientos y las acciones útiles á la Sociedad; en quanto hace, por lo ménos, horrorosos y abominables los vicios, y no perturban estos la circulacion de los servicios y de las obras que mantienen la unidad y armonía social; en quanto obliga á los mas depravados á llevar al comun depósito su contribucion de justicia y de prudencia pa-

ra el mantenimiento del órden y de la seguridad universal; y en fin, en quanto contiene al malvado en medio de sus turbulentas excursiones, y en el momento en que empieza el estrépito y la publicidad de su degeneracion y de su infamia.»

»En tercer lugar, es muy raro que el estragamiento de un espíritu que ha abandonado la Religion, sea tan extremado que todo sea falsedad en las acciones y en el lenguage de aquel á quien la presencia de un hombre virtuoso contiene en los límites de la moderacion y de la decencia. Por lo comun llega á percibir una impresion real é íntima de virtud, de Religion y de sabiduria; no se siente desmentido por su razon y por su conciencia en los esfuerzos que hace para hablar y obrar como hombre justo, ni halla en sí otra cosa contraria á lo que aparenta, que el grosero desmentimiento de sus sentidos y de sus hábitos brutales. Por el contrario, siente en el fondo de su alma un no sé qué de sano y de razonable,

que le advierte que hay en su corazon alguna semilla de virtud. Tú has hecho, ó Filemon, la prueba de este estado en la compañía del virtuoso Teofilo, quando aun vivias segun el espíritu de esta filosofia que cree apartarnos de Dios y de nuestra conciencia; y te acordarás muy bien de que habia algo mas que ficcion en el modo y en el tono prudente que su presencia te obligaba á tomar. Bien te acordarás de lo que pasó en aquel Templo en que la casualidad os hizo entrar una vez: acaso yacerias el dia de hoy en las tinieblas, si no hubieras visto hombres justos en los dias de tus errores, y no hubieses tenido amigos en la clase de los amigos de Dios.»

"No corrias tú mas riesgo en conservar las relaciones que te prescriben como indispensables tu clase y tu estado, que Teofilo en tratarte en un tiempo en que tan poco te parecias á él. Si el espiritu y las costumbres del mundo se reduxesen, como en otro tiempo, á derramar sobre

la austeridad de las obligaciones evangélicas las dulzuras de la sensualidad y de la indolencia, y á querer conciliar el Christianismo con nuestros defectos y flaquezas; nuestro comercio con él, pesentaria un obstáculo mas temible á nuestra perseverancia en la alianza de Jesu-Christo: entónces sí que seria necesario huir y buscar en las montañas y en las cavernas de la tierra un asilo contra la seducion de un artificio tan pernicioso. Pero el mundo, á fuerza de depravarse, ha dexado de ser peligroso, y hay una gran distancia de las costumbres de un verdadero christiano á las de un insensato del presente siglo, para que la vista del desarreglo que nos rodea pueda hacer bacilar nuestra adhesion al Evangelio. Por el contrario, este espectáculo no sirve mas que de afirmar nuestra fé, y de apretar mas los nudos que nos unen con Jesu-Christo; y no hay hombre sensato que, al salir de las concurrencias donde se ven y oyen las locuras de los hijos de la tierra, no diga para sí como

Salomon : ¡ *O sabiduría ! al entrar en mi morada voy al fin á reposar en tu seno amable. Tú sola eres la que nos das los verdaderos placeres, y cuyo comercio está exênto de todo disgusto y amargura.* Jamás fueron los hijos de Israel mas zelosos ni mas religiosos observadores de la Ley Santa, que en medio de los escándalos y abominaciones de Babilonia. Desde este pais extrangero tuvieron sus llorosos ojos fixos siempre en los muros de Jerusalen, y recogiéndose dentro de sí mismos, á vista de la impiedad que ofrecia sus inciensos á los dioses de oro y plata, exclamaban con un tierno ardor : *Solo vos, ó Señor, debeis ser adorado.* Por lo contrario, su comunicacion con los Escribas y Fariseos en medio de Jerusalen era para ellos un escollo mil veces mas temible y peligroso que todos los excesos de la idolatria. Esto consiste en que nosotros tenemos mas horror á renunciar desaforadamente á la virtud, que fortaleza contta la tentacion de alterar las reglas, y acomodarlas á

nuestros gustos y á nuestra indolencia. Quando en los tiempos de la Iglesia naciente no veian los Fieles al rededor de sí mas que Judios endurecidos y ciegos que blasfemaban del nombre de Jesu-Christo, ó Paganos que desconocian al solo Dios verdadero, y se abandonaban á todos los excesos de la mas vergonzosa y brutal corrupcion, no tenian los Apóstoles necesidad de precaver á sus discípulos contra el efecto de semejantes exemplos, ni jamas fueron, conocidas y practicadas las virtudes del Christianismo en un grado tan admirable y tan heroyco. Los hijos de Dios se juntaban sin temor y sin desconfianza con unos hombres cuyos desordenes no podian serles contagiosos. San Pablo dirige sus cartas instructivas y consolatorias no solo á los Christianos que viven juntos en familias, y que se dedican únicamente á la practica de las santas virtudes y de su vocacion sino tambien á los domésticos del César, que tienen á su cargo el manejo de los negocios públicos junto con los infieles.»

»No es pues la necesidad de huir de los impíos, y evitar la vista del trastorno de las pasiones la que produxo en el Christianismo la idea de alejarse del mundo y retirarse á habitar en los desiertos; la decadencia de las costumbres evangélicas en el mismo seno de la Iglesia de Jesu-Christo fué la que escandalizó y movió á tomar semejante determinacion á los primeros Anacoretas. Quando despues de publicada la Religion, se empezó á ver desfigurado el Evangelio con formas profanas, y el espíritu del mundo hizo sus esfuerzos para obscurecer con interpretaciones y paliativos la severidad de su doctrina; entónces fué quando el fervor de los Santos se asustó del peligro que le amenazaba, y los fieles siervos de Dios trataron de separarse de sus hermanos, desprenderse de sus posesiones, y sepultarse en el seno de los bosques para conservar con toda su pureza el eterno é incorruptible depósito de la doctrina y de los preceptos de Jesu-Christo. He aquí el orígen de los es-

tablecimientos monasticos. Así que no fué el temor de imitar á los perversos, ó de ser seducidos por el espectáculo de la extremada corrupcion, la que pobló de improviso los páramos incultos, y conduxo á los hombres á las horribles cavernas de las fieras, sino el riesgo de prevaricar baxo el signo mismo de la cruz, y en medio de los abusos y relaxaciones de un Christianismo que habia llegado á tocar en el ápice de la imperfeccion y miseria humana. Solo las falsas virtudes de los que viven entre nosotros, son las que nos exponen al peligro de estragarnos y de perdernos. La evidencia y el exceso de los vicios son, por el contrario, causa de que la virtud se fortifique dentro de sí misma y tome nuevo aliento.»

»Nosotros, Filemon, no vivimos en unos tiempos en que la corrupcion del corazon se consuela con sus males, conservando sus costumbres christianas, y esforzándose en conservar la unidad de sus principios y conducta con todo el cuerpo de los discí-

pulos del Evangelio. En tal caso todo es peligro y tentacion en el mundo. Mas en el dia se consuelan los impíos con la infamia de haber renunciado á la virtud, y viven satisfechos de la osadía que tienen para oponerse á todas las obligaciones, y destruir todas las verdades. En el dia la disolucion de las costumbres sigue al mismo tiempo el sistema de la incredulidad y de la irreligion: es decir, que al presente el mundo es demasiado escandaloso para ser seductivo; que los hombres de bien que viven en él no pueden hallar en su comercio sino motivos de aprecio y de amor á la práctica del Evangelio; que á cada paso se ven precisados á repetir en su interior; ¡ *O Señor* ! *solo vos debeis ser adorado*; que hallan á cada instante nuevas delicias en recogerse á sus sosegados asilos, y en hablar con los amigos de Dios de la belleza y de la dulzura de su ley santa; muy semejantes á aquellos viageros que, habiendo caminado por paises de entes extraños y disformes,

se regocijan al fin quando llegan á ver semblantes humanos y amables. *Los insensatos*, *ó Dios mio*, exclamaba el mas Santo de los Reyes, *me han contado sus fábulas*, *¿mas qué diferentes son estas de vuestra adorable ley?*

»No es esto decir, que debas mezclarte entre el tumulto y torbellino de las compañías mundanas; sino solo que evites toda afectacion de alejar de tí á aquellos que te conocen; que no rompas groseramente con las compañías á que has acostumbrado asistir; que te prestes con bondad y dulzura á todo quanto la buena armonía en la Sociedad te prescriba, y sea compatible con tus deberes, mirándolo todo con indulgencia, y tolerándolo por lo mucho que Dios tolera; esto es, que no seas el primero en cesar en la comunicacion con tus antiguos conocimientos, y sepas, como Jesu Christo, ese adorable modelo de condescendencia, recibir á los pecadores y comer con ellos. Los que continuen amándote no servirán ja-

más de obstáculo á tu perseverancia en la práctica de la vida evangélica; y aquellos á quienes disguste tu compañía, se retirarán por sí mismos y te libertarán de la incomodidad de verlos y oirlos, sin que puedan jamás tacharte de haber faltado á la buena correspondencia.»

»Además de que, Filemon, tú eres de una clase en la qual la religiosa delicadeza de los hombres de bien es siempre bien atendida y respetada; y en la que tu piedad no tiene que temer el amargo disgusto de verse maltratar y blasfemar de lo que adora. Las personas de tu clase, sean los que fuesen sus principios y sus costumbres, son siempre reservadas, circunspectas y decentes; y el hábito que tienen de mantener en todo cierto ayre de urbanidad atenta y amable, y hace que sean condescendientes y acomodadas á todas las circunstancias, é incapaces por tanto de desagradar. Las mofas y disputas impías están desterradas de toda la Sociedad respetable, y en ella no se tolera á los

detractores de la Religion, porque el respeto del culto nacional forma una parte de la probidad, y aun los ménos delicados en este punto viven al fin persuadidos de que el descrédito de la creencia pública no puede ménos de ser siempre perjudicial al bien comun, ni proceder de otro orígen que de la corrupcion de un mal ciudadano. Tú mismo sabes que en el tiempo que seguiste el espíritu del mundo ni tu presencia, ni tus discursos ofendieron jamás á las personas piadosas que se hallaban en las mismas concurrencias que tú. Por tanto debes tener la misma reserva y los mismos miramientos para con los de tu misma clase y estado que te tratan y han recibido la misma educacion y los mismos principios de circunspeccion y honestidad. Los verdaderos grandes, es decir, los que han nacido tales, tienen de ordinario un talento tan natural para conciliar el deber de ser buenos para con todos los hombres, con la desdicha de ser injustos é ingratos para con Dios, que

no puede ménos de sentir que unas qualidades tan dignas de adornar la Religion no sean mas que una especie de etiqueta de estado, y un procedimiento de costumbre.»

» ¿Por qué no has de participar con tus conciudadanos, tus próximos y tus amigos de todo quanto sus recreaciones tienen de inocente y moderado? ¡Ah! Filemon, alégrate, sí, alégrate en el Señor. La virtud nada tiene de triste; no es sombría, impertinente, ridícula, ni desconfiada; por el contrario, es franca, dulce, paciente, condescendiente y pacífica; todo lo sufre, todo lo perdona, y de todo se alimenta y fortifica. Es cierto que un humilde penitente de Jesu-Christo debe llorar hasta el sepulcro la desgracia de haber dexado reynar la iniquidad en su corazon: mas este dolor es por sí mismo un sentimiento tan tierno, y con el qual se halla tan bien el corazon, que es mas bien una efusion de reconocimiento de amor, que una verdadera pena, y se confunde con ale-

alegría de la virtud : no es mas que un arrepentimiento filial de haber conocido demasiado tarde á un Padre que nos engrandece tanto y nos hace tan felices. En efecto, nuestro arrepentimiento es la perfeccion de nuestra alegría, y, como el recuerdo de una grande escasez y miseria, forma el hechizo y las delicias de una libre y gustosa posesion. Los que han pasado por los tormentos del amor profano, son capaces, mas que ningun otro, de sentir vivamente esta verdad.»

»He aquí en suma, Filemon, una idea de los principios que pueden servirte de norma en la conducta que debes observar con tus semejantes. Espero que la misma sabiduría que me inspira lo que escribo por tu verdadera felicidad me proporcione ocasion de hablarte de lo que la Religion te prescribe en órden á tus interiores. Jamás siento un placer mas verdadero que quando mis diarias ocupaciones me dexan libres algunos instantes que dedicar á la edificacion de un

hombre que debe serme tan apreciable, y que tiene unos derechos tan santos á todas las solicitudes de mi zelo y ternura.»

No tardare mucho, responde aquí Filemon, en ver cumplida semejante promesa. He recibido la siguiente instruccion.

CAPITULO VIII.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.

Los deberes del hombre religioso para con sus semejantes.

Empezaré, Filemon, por los criados, pues tienen contigo relaciones domésticas y diarias. A estos se seguirán los pobres á quienes encontramos por todas partes; y concluiré con algunas reflexiones sobre la mansion que te propones hacer durante una gran parte del año en el tranquilo retiro de los campos, y en medio de tus obreros y vasallos.

»*Si alguno*, dice San Pablo, *no cuida de aquellos que le pertenecen y sobre todo de los que habitan en su casa, este ha renegado de la Fé en su corazon, y es peor que un infiel*, Esta advertencia es terrible, Filemon, mas á ninguno asusta; porque los amos irreligiosos, que han renunciado por sí mismos á las promesas de la Religion, están bien léjos de sospechar que ella les prescriba obligaciones para con los demas, y que Dios castigará en ellos la condenacion de los que les sirven. El hombre justo, que solo tiene necesidad de su corazon para velar sobre la salud de quantos le rodean y estan adictos á él, ha cumplido en este punto con todos los preceptos de la Fé, antes de saber que esta amenaza con tan terrible anathema al que descuida de ellos,»

»No es mi designio hacerte una menuda relacion de todo lo que debes á tus domésticos. Dios que te ha hablado tan clara y eficazmente sobre todo el resto de su Ley Santa, sin duda no habrá dexado de darte so-

bre este artículo tan fundamental de las obligaciones evangélicas mayores luces que las que puedes sacar de la lecciones de todos los directores de la tierra. Al ilustrartesobre tu propia grandeza, te ha dado á conocer el precio y la excelencia de toda criatura que tiene el mismo orígen y el propio destino que tú, y quan vanas y pequeñas son todas las distinciones, que ponen tanta distancia entre los amos y los criados, en comparacion del grande y eterno caracter que es comun á unos y á otros, y que aniquila á los ojos de Dios todos los intervalos que las separan á los de los hombres. Jesu-Christo, considerando esta unidad de gloria y de inmortalidad que elevaba á sus Apostoles hasta la altura de su propio destino, exclama mirandoles con una especie de admiracion: ¡*Ah! ya no os llamaré mas Siervos, sino amigos mios.* Así la Religion apoya y consagra la fraternidad en que la naturaléza hace nacer á todos los hombres. Mas aunque la voz de la natu-

raleza nos clame á todos, que somos hermanos, no basta á consolar á nadie en las penas, en las miserias, y en la dependencia con que la imperfeccion inevitable de la Sociedad de los hombres, decaidos de su primitiva felicidad, tiene sojuzgada la mas numerosa porcion de los que la componen. La Religion es la única que nos hace imperceptibles todas las desproporciones, absorviéndolas en la unidad é inmensidad de la hermosa perspectiva que descubre á todo el género humano. La naturaleza no sabe acallar las murmuraciones del endeble, del pobre y desdichado, ni suprimir el orgullo del que se arma de su poder y riquezas, sino diciendo á unos y á ottos: *vuestros huesos serán algun dia dispersados y confundidos en el mismo polvo.* La Religion sola es la que hace olvidar al desgraciado, y al esclavo de que hay sobre la tierra mas grandeza que la de ser eterno, y ella es quien desvanece á los ojos de los Grandes todos los títulos que les dan la superioridad sobre otros hom-

bres, intimando á todos: «Los que „yacen en el seno de la tierra dis- „pertarán algun dia, y romperán sus „sepulcros; y entónces los justos su- „birán á la gloria de Dios, y los im- „píos caerán en el suplicio eterno.„

„Tú, Filemon, á quien la fe ha dado sus ojos, sus sentimientos y su espíritu, y que sabes bien que sola la virtud es la que puede asegurar al hombre un grado de superioridad sólida y verdadera sobre otro hombre; tú que aprendes todos los dias en la Escuela del Evangelio que nada de quanto hay humano es menos que tú, y que la menor porcion de la gracia divina en el corazon del mas infimo de tus criados le da mas excelencia que todos los cetros y las coronas; ¿cómo podrás mirar jamas como agenas de tu zelo y cuidado unas criaturas á quienes la eternidad pertenece igualmente que á tí, y que tienen de comun contigo la sola cosa por la qual eres verdaderamente grande, es decir, el poder ser del número de los Santos, y el derecho de reynar

con Jesu-Christo en su Imperio perdurable! ¡O hombres! qualesquiera que seais, grandes y pequeños, ricos y pobres, amos y criados, todos sois Reyes; ¿á qué la pena que os tomais por esas diferencias pueriles y pasageras que os distinguen en este rápido viage que haceis para llegar á vuestros transitos?„

„Así que, Filemon, es inútil decirte en particular lo que debes hacer. No es el conocimiento del mundo con que se debe obrar el que falta á los que descuidan de sus obligaciones privadas y domésticas: nuestra falta de Religion y de miramiento á los grandes motivos que nos da la fe para ser arreglados, es la causa de nuestras mas culpables omisiones, y nos endurece hasta el punto que vemos, sin concebir la menor inquietud al mirar que todo quanto nos rodea se descompone y corre á su eterna perdicion. ¡Eh! ¿cómo un hombre que se estima á sí mismo tan poco, que limita todo su destino á la vida presente, y que no conserva ninguna

esperanza de la inmortalidad puede ser capaz de tomar ansia por la conducta, las costumbres, y la salud de sus criados? *Quando el hombre es malo para sí*, dice el Salvador, *¿para quién podrá ser bueno?* Segun esto, para formar idea del carácter y de los principios de los que habitan esos suntuosos edificios, en los quales todo es grande é impone respeto, no es necesario penetrar hasta el íntimo recinto en que estan ocultos, ni exâminar por menor lo que allí pasa. No hay mas que mirar de paso esos soberbios pórticos, en los quales un grupo de hombres desocupados é insolentes hace alarde todos los dias de su estúpida indecencia, y de su orgullo grosero; en donde una multitud de criados sin pudor, sin ningun principio de conducta, y cuya sola inutilidad es un escandalo público, osa insultar á la miseria del artesano y del pobre, y no se avergüenza de imitar la altanería de sus dueños, afectando todos sus vicios y extravagancias. He aquí el verdadero

retrato del espíritu y de las costumbres de los Grandes. Para conocerlos no es necesario verlos, basta pasar por delante de sus Palacios.„

„Nada me has dicho, Filemon, de la innovacion y reforma que ha producido en tu casa y en la conducta de los que viven baxo tu dependencia la mudanza de tu corazon y costumbres. Mas yo sé qual es el rumbo de las almas á quienes la gracia ilustra, y preveo bien que tu primer paso en el establecimiento del órden y de la Religion doméstica habrá sido apartar de tí todos aquellos á quienes no te quede esperanza de hacer mejores, y dirigir tus miras como el Santo Rey de Judá, ácia los fieles de la tierra, para llamarles á tí y no confiar el servicio de tu casa sino á hombres de corazon recto y que anden por caminos inocentes. Ya no se oirá mas en los ángulos y alrededores de tu Palacio resonar incesantemente los gritos y las locuras de una tropa de criados ociosos y extravagantes, que á favor de

tu indiferencia, por todo lo bueno, pierdan baxo el distintivo de la librea de tu vana grandeza, el hábito al trabajo la modestia y la sobriedad, preparándose por este medio unos dias desgraciados ó acaso su último y mas bergonzoso oprobio. Habrás escogido criados dignos de tu estimacion, que sepan amar y respetar á los hombres de bien.„

„Figúrome que tu caso, teatro en otro tiempo de una libertad desenfrenada y de una perpetua disipacion, ha venido á ser el domicilio de la armonía de la tranquilidad, del buen órden y de la cordura; que ya no se hallan en ella hombres inútiles; que estan cercenadas todas las necesidades del fausto y la vanidad; que ya no tienes, como los poderosos del siglo, el capricho é injusticia insufrible de quitar los labradores al campo, los soldados á la patria, y los artesanos á la sociedad, para formar con ellos el miserable cortejo de tu orgullo, siendo por esta razon la causa de uno de los mas desastrosos abusos del lu-

xo y de la opulencia, que en tu casa cada criado tiene su destino, y á cada hora su ocupacion; que todo esté prevenido, arreglado y sabiamentá administrado, que ya no te desdeñas de tomar á tu cargo el cuidado tan digno y esencial de un xefe de familia, como es el de estar al frente del gobierno doméstico, de presidir por tí mismo al manejo de los negocios, y de verlos y verificarlo todo por tus propios ojos. Esto es lo que llama el Espíritu Santo saber gobernar una casa. El amor del órden y de la justicia es inseparable de esta vigilancia y de todas estas menudencias; el que descuida de ellas, confiando á otro un cuidado que le pertenece tan personalmente, aun no ha conocido la sabiduría del Evangelio, y merece le suceda lo que siempre sucede y los que su orgullo y su pereza hacen incapaces de toda vigilancia, que es ver la decadencia y la ruina de los recursos necesarios para sostener su estado, la tranquilidad de su vida, y la prosperidad de sus hijos.»

"En fin, Filemon, yo me represento en tu casa con todos aquellos rasgos edificantes y amables con que los Apóstoles no han descrito las Santas familias de la primera edad del Christianismo. Llamábanse *Iglesias* ó juntas de escogidos. Los amos de ellas eran buenos, afables, moderados é indulgentes; porque miraban y amaban en sus criados á otros tantos *hermanos de la vocacion celestial.* Los criados eran dóciles, humildes, laboriosos y fieles; porque temian mas las reprehensiones de su propia conciencia, que la ira y reconvenciones de sus dueños. Las horas de oracion doméstica desvanecian todas las diferencia de clases y edades, y congregaban en un mismo lugar los esposos, los hijos, los amos y los criados. Estos últimos eran siempre llamados á las santas lecturas, y á las saludables instrucciones, que cada padre de familias hacia á ciertas horas á sus tiernos y amables hijos. ¡O Filemon! solo un gran corazon puede apreciar y sentir quan gloriosa es la

práctica de una sabiduría tan sublime, y quan feliz es el hombre que es para los otros de una utilidad tan sólida y extensa. ¡Qué espectáculo tan bello es ver á la Religion anonadar todas las preocupaciones humanas, y dar á los grandes de la tierra un modo de pensar y de ver, que les hace respetar unos seres eternos y divinos en aquellos á quienes el infortunio y la pobreza reducen á la servidumbre, y que son ménos que hombres á los ojos de esos amos soberbios y orgullosos, tan sordos á la voz de la naturaleza, como á la del Evangelio! Yo he hallado alguna vez estas costumbres antiguas y venerables en los palacios de algunos señores retirados al centro de sus haciendas; y debo asegurar que jamas han visto mis ojos una tal imágen sin derramar copiosas lágrimas, y sin sentir que mi vida no sea una cadena de instantes iguales á los que he pasado en estas moradas en que Dios es tan grande, y los hombres tan buenos y tan felices.»

»Penétrate, ó Filemon, continuamente del espíritu de los tiempos Apostólicos; no olvides jamas que los que te sirven son hombres, y que si ellos sirven al Señor, son Reyes, y juzgarán algun dia con Jesu-Christo á los Jueces de la tierra y á los señores del mundo: que el mas grande Monarca de la tierra, sino es un hombre justo y religioso, es infinitamente inferior á los mas ínfimos y mas obscuros siervos de Dios: que no es mas que su hermano, si es un Christiano fiel; y que toda criatura recibe todo su valor y estimacion de sus relaciones con el hombre Dios, y de su comunicacion con la soberana santidad. San Pablo, ocupado todo de esta verdad tan gloriosa y consoladora para los pequeños y desvalidos, se emplea con tanto zelo, y hace un negocio tan serio é importante de la felicidad de un simple doméstico, como del destino de los Césares, y de la salud de naciones enteras. Quiero referirte un pasage que me ocurre al intento.»

„*Onésimo* era dependiente de la casa de un Christiano de Colosa; mas él no confesaba á Jesu-Christo, ni conocia su doctrina y promesas. Pronto llegó á experimentar quan vacilantes é inciertos son todos los principios de virtud y de justicia en los *que no siguen mas que su propia sabiduría.* Onésimo vino á ser un infiel Administrador, y engañó á su amo. En este estado apela á la fuga, y abandona el lugar de su delito y de su deshonra. Es apresado, y cargado como estaba de cadenas en la cárcel de Roma, da en las manos de San Pablo. Este grande Apóstol se dedica á enseñarle la Fe de Jesu-Christo, y hace un Santo de un desgraciado, que estaba pronto á abrazar la deliqüente carrera de los bandidos. Admira con qué fuerza y ternura le recomienda á su antiguo Señor, y en qué términos solicita la gracia para un criado que ha llorado á los pies de Jesu-Christo su infidelidad y su deserción, „Yo imploro, dice, tu bon„dad á favor de mi querido hijo O-

„nésimo, á quien he engendrado en „el Señor, estando en la prision, y „al qual te devuelvo como un bien „que te pertenece, y como un hom„bre que se ha hecho apto para ser„virte útilmente. Recíbele como á „mi sangre y como á un objeto pre„cioso y amado de mi corazon. Aca„so Dios ha permitido que se aleje „de tí por algun tiempo para que se „haga mas digno de tu amor, y pue„da permanecer únido á tí con vín„culos eternos. El me ha servido con „una tierna puntualidad en el tiempo „que he sufrido mi cautiverio por el „Evangelio, y yo le miro ménos co„mo un criado, que como un her„mano respetable, y á quien amo „ardientemente. Si es que me amas, „recíbele como á mí mismo, é impú„tame á mí todos sus delitos. Este es „el consuelo mas dulce que puedes „darme en medio de los males que „sufro. Así harás que respire gustoso „este corazon oprimido con tantas „contradiciones y penas." Este es San Pablo, aquel hombre divino, ter-

ror de las Potencias Romanas, el destruidor de la Idolatría, el reformador del culto y de las costumbres del mundo entero, la mas grande antorcha que ha hecho lucir la verdad en medio del Universo, la admiracion de Atenas, el Oráculo de los Césares, el mas venerable de todos los Doctores y de todos los bienhechores de la tierra: un hombre como este es el que se interesa afectuosamente, y habla así de un miserable fugitivo de la casa de su señor. ¡Ah, Filemon! es muy dulce repetirlo; solo en el seno de la Religion Christiana se encuentra la reparacion de la injusticia que las costumbres sociales hacen inevitable; y la porcion mas miserable de la humanidad hace muy bien en ser la mas religiosa y la mas inviolablemente adherida al Evangelio, el qual les restablece tan gloriosamente en su dignidad de hombres, y en su igualdad original con todo lo que el mundo llama grandeza y poder.„

„En efecto, aunque la Religion

no hiciese mas bien que este á los hombres, y aun quando todo el efecto de su poder sobre nuestro corazon se limitase á excitar en él los sentimientos de bondad, de dulzura, de humanidad, de estimacion y de ternura, que debemos á todo lo que es de nuestra naturaleza y de nuestra sangre ¿no se deberia decir que Jesu-Christo y los Apóstoles, á quienes somos deudores de una doctrina que nos hace tan buenos y humanos, han sido los verdaderos amigos de los desgraciados; y que los Filósofos de nuestro siglo, que se quejan sin cesar del orgullo y la dureza de los Grandes, deberian muy bien hacer consistir su sabiduría en persuadir y mover á todos los hombres á que reciban y adoren la del Evangelio?»

»El amor y el cuidado de los pobres se derivan de los mismos principios de humanidad y de Religion que acabo de exponerte. Porque no puede brillar la Fé en un corazon, sin excitar en él al mismo tiempo los dulces sentimientos é inclinaciones de

la naturaleza, que acaso podrán subsistir con la ignorancia involuntaria de la doctrina de Jesu-Christo; pero que se ven siempre alterados en aquellos que abandonan el Evangelio, despues de haber adorado su gran luz y reconocido su profunda sabiduría.„

„Yo no diré que los que han caido en esta desgracia tengan cerrado su corazon á todo sentimiento de misericordia y de beneficencia. Por el contrario, debemos reconocer que muchos infelices son deudores todo los dias de una parte de los recursos que sostienen su trabajosa exîstencia á cierta clase de hombres, á quienes la fatalidad del espíritu de este siglo ha sepultado en el abismo de la irreligion, y es muy reprobable el zelo amargo que quisiera disminuir el bien que hacen, ó desacreditar los motivos que les animan. Es muy acreedora al respeto y á la estimacion toda criatura que consuela á otra, sin que deba indagarse la intencion que determina su obra; pues la principal mira de un corazon sólidamen-

te christiano es que el desvalido sea ayudado, y el indigente socorrido.»

»Pero es necesario confesar que todo buen corazon que se halla asociado al partido de la incredulidad, pertenece aun al Christianismo mas de lo que él piensa, por lo que conserva de virtuoso, de honesto y de humano; que ha nacido para permanecer fiel al Evangelio; que ha desmentido su carácter abjurando á Jesu-Christo, y en fin, que no es propio para adoptar el espíritu del partido que se le ha hecho abrazar. Porque el espíritu de impiedad, que no es otra cosa que el esfuerzo del vicio contra la evidencia y necesidad de las obligaciones, se dirige por su naturaleza á abolir toda idea de sujecion y de sacrificio, á islar al hombre léjos de toda relacion incómoda, á hacerle el centro y último fin de todas sus acciones, y hacer que no busque mas bien que el personal, y por consiguiente que no estime á sus semejantes sino por el partido que puede sacar de ellos para su propia

dicha, y á amarle, si es necesario, para la destruccion de todo quanto se opone á sus empresas y á sus pasiones insaciables. El que no llegue á este grado de extrema depravacion, y conserve las impresiones de qualquiera virtud, no debe pretender el honor de ser contado entre los espíritus fuertes de este siglo, y habrá sufrido todas las penas y remordimientos que le cuesta el sacrificar los consuelos y esperanzas de la Religion, sin haber obtenido plenamente las alabanzas y el sufragio de sus nuevos corifeos.»

»Además de que, Filemon, yo siempre atestiguo con tu experiencia, y ninguno es mas competente que tú para apreciar la diversidad que hay entre la caridad christiana y la humanidad filosófica, y juzgar quanto mas deben interesarse los pobres en desear que todos los Filósofos se hagan Christianos, que en que todos los christianos se vuelvan Filósofos. ¿Ha enxugado acaso demasiadas lágrimas esa humanidad filosófi-

ca, quando no has tenido mas guia que ella en el sistema de beneficencia? ¿Qué comparacion puede haber entre algunas liberalidades raras, cortas y pasageras, hechas á instancias de las lágrimas y la indigencia, y esos montones de oro sacrificados tantas veces al luxo y á la venalidad del vicio? No tengo reparo, Filemon, en recordarte tus extravíos, pues sé que te alegra su recuerdo, y te hace admirar y reconocer incesantemente la gran fuerza de Dios, que te ha restablecido en los caminos y en la luz de la verdadera sabiduría. Tú sabes á quantos desgraciados podrias haber hecho felices, si hubieses repartido entre ellos los tesoros que has disipado en los ruinosos é insaciables objetos de tus falsos placeres. Tú sabes como viven todos los de tu clase, que siguen los mismos principios, y á que se reducen las liberalidades de un poderoso que solo se gobierna por las consideraciones de la Filosofia.»

»¡Mas ay! ¿si las ruinosas necesidades de un luxo que todo lo de-

vora no tuviesen cerradot los corazones y los recursos á las necesidades del infortunio, como no les habia de interesar un espectáculo que tan raras veces se presenta á su vista? Porque en efecto ¿ no es tan raro que la opulencia que rodea á los ricos sea accesible á la pobreza, como que la adulacion que cerca los tronos lo sea á la verdad? ¿ En qué circunstancias se puede enternecer un rico de la suette de un miserable? El goza de la abundancia en el centro de su magnífico palacio, sin sospechar siquiera que miéntras el arte y la profusion agotan todos sus recursos para excitar su cansado apetito, y crearle nuevos gustos y agradables sensaciones, millares de madres tiernas y condolidas se ven rodeadas de hijos que tienden sus inocentes manos ácia ellas, y perecen entre el horror del hambre y la desnudez. Quando sale á la calle, la velocidad de la ruidosa carroza que le arrastra, le oculta por todas partes á la vista de los míseros humanos; y el

pobre, léjos de mirar este tumultuoso y magnífico aparato como un presagio de su consolacion, procura desde que le avisa huir de él lo mas léjos que puede, temeroso de que su encuentro le haga mas infeliz de lo que es. Solo para la clase sensible de los ciudadanos que viven en la medianía está reservada la vista de los males y de las amarguras del indigente. Los que viven trabajosamente son los que tienen que sufrir la imágen desconsoladora de la extrema miseria, y oir los gemidos de los que viven en la tribulacion y la mendiguez; los que son mas semejantes á los pobres son los perennes testigos de sus penas, y el socorro mas seguro y mas continuo de sus infortunios. Si el miserable, que ignora al acostarse por la noche sobre su austero lecho donde buscará el pan á la mañana, conserva alguna esperanza de hallarlo, no se funda en los suspiros que irá á exâlar ante los pórticos de los poderosos de la ciudad; sino en el encuentro que la casuali-

dad le proporcione de algunas personas desconocidas, sencillas y ordinarias, siempre prontas á enternecerse y dividir con el infeliz su frugal substancia y el limitado producto de sus trabajos y de su sudor. Para desconsuelo de la desgraciada humanidad, parece que no pueden hallarse personas sensibles á las solicitudes y trabajos del pobre, sino entre aquellos mismos que sienten una parte de las amarguras de la pobreza.»

»Solo la Religion es la que sabe atraer á los Grandes al cumplimiento de las obligaciones que nos prescribe la humanidad, y hacerles sensibles á los clamores de la naturaleza; porque ella sola es la que les desprende de sus riquezas, y la que restablece al pobre en su dignidad. Detengámonos por algunos instantes á contemplar este gran carácter de divinidad que brilla en esta profunda doctrina, cuya base fundamental es el menosprecio del oro y de las prosperidades humanas. Tú comprehenderás mejor qual es la fuerza

del Evangelio para hacernos buenos y generosos, y producir y mantener esta mutua circulacion de servicios y socorros de que depende la dicha del género humano, y forma la seguridad y la consistencia de todas las Sociedades de la tierra.

»Con efecto, ningun Filósofo, sino Jesu-Christo, imaginó jamas un sistema de felicidad y de grandeza fundado en el desprecio de las riquezas y la abnegacion de todos los placeres de las pasiones. Unas miras tan elevadas y tan extrañas á todos los intereses y juicios humanos no habian ocurrido nunca á persona alguna; y el Autor del Christianismo es el primer sábio que comparece en el mundo diciendo: *Bienaventurados los pobres*; y el que osa decirnos que desciende del seno de Dios y nos trae su doctrina desde lo alto, donde habita la verdad eterna. Los que ántes de él se habian dedicado al estudio y enseñanza de la sabiduría no hacian descender sus preceptos de un orígen tan augusto; ni nos ofrecian

una perspectiva tan rica y tan clara, fuera de que la ofrecen los placeres temporales, para que les ocurriese proponer á los hombres el sacrificio del luxo y de las vanas superfluidades de la vida. Dexábanos demasiado asidos á la tierra para que el mundo, con toda su gloria y grandezas, no nos pareciese un espectáculo encantador y lisongero.»

» Mas Jesu-Christo, que pretendia indemnizarnos abundantemente de las abnegaciones y sacrificios que venia á prescribirnos; Jesu-Christo, que traia al genero humano tan grandes esperanzas, y le revelaba cosas tan admirables y profundas; Jesu-Christo, que nos anunciaba que eramos de la familia de Dios; que nuestro reyno, lo mismo que el suyo, no era de este mundo; que el Universo con todo su oro y todos sus tronos no era mas que un grano de arena ó un átomo imperceptible, comparado con la inmensidad y eternidad de un alma humana; que el hombre tenia la misma razon que Dios para menos-

preciar todo lo que es reputado por preciso en la tierra, porque es eterno como Dios, y sobrevivirá con él al trastorno de todas las fortunas, de todas las prosperidades, y de todos los Principados: Jesu-Christo, vuelvo á decir, manifestándose á nosotros cercado de todo el resplandor y embeleso de una luz tan bella y divina, tenia un carácter bien distinguido para hablarnos con el lenguage que ningun hombre habia usado ántes de él. Si la austeridad de sus preceptos hace gemir á nuestros sentidos, y si nos sujeta á un desprendimiento y unas privaciones que consternan nuestra debilidad, es advirtiéndonos que somos demasiado grandes para fixarnos en cosas perecederas, y que amasados, por decirlo asi, á imagen de Dios, solamente lo infinito corresponde á nuestra capacidad de gozar y de ser felices. De este modo el mas pobre y desnudo de los hijos de los hombres, es tambien el mas apto para soportar el inmenso peso de esta gloria y regalía eterna,

prometida á todos los Mártires de la abnegacion y de la penitencia.»

»Esta es la causa porque los Profetas, que nos han mostrado desde tan léjos las bendiciones y las promesas del Evangelio, no cesan de transportarnos á los lugares incógnitos y á las pobres chozas en donde habita la inocencia, la pobreza y la sencillez; como si Dios hubiese escogido especialmente estos tristes asilos para cumplir en ellos los mas grandes designios, y derramar los tesoros de su infinita magnificencia ¡O montañas! preparaos para recibir de lo alto de los cielos esta paz tan deseada, que vuestras cimas, elevándose hasta las nubes, parece estan implorando para los afligidos y los indigentes que habitan vuestras cercanas. Por todas partes los divinos oráculos hacen correr en el seno de las campiñas y junto á la humilde morada del pobre, de la viuda afligida, del laborioso labrador, esas aguas misteriosas y vivificantes que la misericordia eterna habia de hacer brotar

en el tiempo prefixado por su divina sabiduria, de las fuentes inagotables del Salvador del mundo.... Entónces los valles, los collados, los apriscos, los desiertos, las montañas y las selvas saltarán de alegría ante la presencia del Señor que llega, y se regocijarán con todos los desgraciados de la tierra al oir la gran nueva de su libertad y elevacion; porque este libertador: tan necesario á todo el Universo, será especialmente el protector de los desvalidos, el apoyo de los débiles, el padre de los huérfanos; y los nombres de los pueblos serán para él nombres amados y respetables.»

»Llegó en efecto este instante tan memorable, señalado para la redencion del género humano; y el gran misterio de clemencia, oculto desde la eternidad en los abismos de los decretos divinos, es revelado, y se executa en el seno de la pobreza y en el silencio de las tinieblas. Quando la noche estaba á la mitad de su curso, dicen los Libros Sagrados; quando la

prepotencia de los Césares tenia encadenada toda la tierra, y todas las naciones del mundo se veian reducidas á guardar ante ella un tímido y respetuoso silencio; quando todo estaba tranquilo en el Universo, y una paz general y profunda era como la señal del grande acontecimiento que debia mudar la faz de todos los Imperios; el Christo de Dios vivo, á presencia de los Señores del mundo, y desde la obscuridad de un ignorado retiro, viene á coronar de repente la expectacion de quatro mil años, y terminar por medio de la manifestacion de la vida eterna, que solo habia exîstido en el seno del Padre, todas las revoluciones y todos los espectáculos, que no habian aparecido en el Universo desde el principio del mundo, sino para preparar este gran desenlace. *María* da al mundo su hijo primogénito, y le pare en un pesebre, por no tener otro asilo en la posada. "

"Así Abraham y todos los Patriarcas, Moyses y todos los Profe-

tas, Jerusalen y toda la magnificencia de su culto y de su Templo, toda esta economía tan antigua y magestuosa, esas ceremonias en que todo era tan venerable y divino, todo este largo y rico aparato, todas esas predicciones, todas esas figuras, todos esos preparativos tan de antemano dirigidos, todo, todo se halla cumplido y recopilado en esta corta y humilde relacion del Evangelista: *María da al mundo su hijo y le pare en un pesebre.* Así el lugar mas miserable de la tierra viene á ser el primer Templo del Santo de los Santos, consagrado por su presencia; y el deseado de las naciones trae al seno de la indigencia y de la escasez las primicias de todos los tesoros con que debe enriquecer al Universo.»

»Los primeros confidentes de esta gran novedad, que interesa á todos los pueblos, serán asimismo escogidos en el fondo de los campos y entre la clase de los pequeños y de los pobres. *Habia en aquellas comarcas unos pastores que guardaban*

sus ganados; á estos es á quienes anuncia el Cielo la venida del Reyno de Dios. He aquí como unos pastores desconocidos de toda la tierra son mas grandes y mas dignos de entrar en el eterno secreto de la divina Sabiduría, que todos los depositarios del poder Romano, que creian tener en sus manos el destino de todas las cosas. Muy justo era, ó Dios mio, que baxando vuestra eterna Santidad de lo alto de los cielos á destruir la iniquidad sobre la tierra, eligiese para su primera morada la que hallase ménos desfigurada, y ménos corrompida; y que hiciese brillar los primeros rayos de la gran luz que salia al mundo sobre los corazones mas rectos é inocentes. En todos tiempos, ó Filemon, ha huido la gracia del estrépitoso aparato de la prosperidad. Siempre para hallar á los Santos ha sido preciso buscarlos, por decirlo así, en las grutas y en los sepulcros. Es preciso penetrar estas incognitas moradas, donde en medio del austero aparato de una vida

penosa, amarga y atribulada, forma silenciosamente el dedo del Altísimo las piedras firmes de su eterno edificio. Es preciso internarse en esos Templos solitarios y rústicos, donde la Sangre del Cordero marca y consagra mayor número de elegidos, que delante de esos Altares tan magníficos de nuestras ciudades, que la fastuosa profusion del orgullo profana todos los dias. ¡O divina antorcha! ¡qué augusta y venerable eres quando, inaccesible á todos los sabios del presente siglo, haces brillar en el alma de los mas pobres y rudos esa hermosa luz que eleva vuestras inteligencias sobre los tronos y las dominaciones! ¡Y vos ó solo, verdadero y adorable bienhechor de los hombres! ¡quán digno sois del amor de toda la tierra, quando os vemos buscar y consolar á los pobres, manifestandonos en el cuidado que os tomais de instruirlos, el mas glorioso y mas brillante carácter de vuestra mision divina.!»

»Con efecto; si queremos seguir

al hombre Dios en la trabajosa carrera que anduvo por la tierra, para reunir y santificar los ciudadanos del Cielo, veremos que los lugares mas humildes y desconocidos fuéron el principal teatro de sus predicaciones y fatigas; y los hombres mas infelices los mas amados y mas ordinarios objetos de su cuidado y ternura. Si alguna vez compareció ante los grandes y poderosos del mundo, se le vió suspender en su presencia, por decirlo así, toda la actividad de su amor y de su zelo. Un profundo y austero silencio parecia anunciar á quantos le rodeaban que los afortunados del siglo son poco á propósito para recibir la doctrina de la eternidad; ó si alguna vez despliega sus labios, sus discursos eran rápidos y breves; conociéndose desde luego que su gracia no podia hallar en unas almas corrompidas por la prosperidad y la abundancia un resto de razon y de sabiduría en que poder sembrar y hacer fructificar los tiernos sentimientos de la Fé. »

„Mas en medio de los pobres se vé renacer toda su serenidad, y se cree mirar en él un padre que vuelve á hallar su amada familia, y explaya su corazon en el seno de la naturaleza: con lo qual indica manifiestamente que de esta afligida porcion de género humano es de donde debe sacar los coherederos de su reyno y de su gloria. En compañía de los pobres recorre las provincias de Judea y de Galilea; en compañía de estos toma su inocente y frugal alimento. En medio de ellos hace resplandecer con milagros la divinidad de su persona y de su doctrina. De la clase de los pobres escoge sus cooperadores en la obra de la salud del género humano. A los pobres es á quienes ha prometido que un dia se sentarán sobre tronos, desde donde juzgarán á todas las tribus del mundo: ellos son á quienes ha dicho: vosottos sois mis próximos, mis amigos, mi sangre y mi verdadera é inmortal Sociedad. En fin, ellos son sobre quien están fixos sus ojos y tendidas sus manos

quando dice á su Padre: "¡O Padre »Santísimo! mi mas vivo deseo es que »los hombres que me habeis conce- »dido se hallen en el seno de la »misma gloria á que yo estoy desti- »nado desde la eternidad, para que »vean mi esplendor, y conozcan quan- »to me habeis amado desde ántes de la »creacion del mundo."

»Si el encuentro de un pobre debe mover la sensibilidad de todo buen corazon, ¿esta sensibilidad no debe adquirir en un corazon christiano todo el carácter de una especie de culto religioso? ¿Puede haber en la tierra un objeto mas respetable y sagrado para el hombre que conoce á Jesu-Christo? ¿Un pobre no es, por decirlo asi una repeticion del humilde y doloroso Misterio que salvó al Universo? ¡O Filemon, es muy íntima la union del hombre Dios con todos los miserables á quienes vemos arrastrar desfalleciendo y sufriendo al rededor de nosotros! Ellos son otros tantos *Christos hijos de Dios vivo*; y el hombre duro que los menospre-

cia y aparta léjos de sí, reniega de su sangre y de su Dios; es un desapiadado, y un perverso á los ojos de la humanidad, es un profanador y un sacrílego á los ojos de la Religion.„

„Por qué comunicó Jesu-Christo tan señalada y predilectamente, con lo que halló mas desgraciado sobre la tierra? Porque veia en los pobres un ensayo de los Mártires, unas criaturas enteramente dispuestas á recibir su espiritu, y cuya alma no esperaba mas que aquel *sopio de vida*, aquel color evangélico que consagra todo lo que ella ama para ser elevada hasta la eternidad: porque hallaba pronto entre estos infelices, que solo están acostumbrados á estas penas, lo que es mas dificil de producir en el corazon de los otros hombres para transformarlos y salvarlos, es decir, el hábito de las privaciones y de los sacrificios; pues nada nos dispone mas eficazmente para ser los penitentes del evangelio, que el ser penitentes de la necesidad y del infortunio.„

De estos principios, sacados del fondo y de la substancia del Christianismo resulta; que tu alianza en la adopcion con Jesu-Christo es esencialmente una union de tu suerte con la de los infelices, y que vienes á ser miembro de la familia de los atribulados. He aquí el hijo de la Cruz, y por consiguiente el hermano de todos los pobres. Ellos son, en el sentido mas verdadero, mas profundo y mas extenso, *la carne de tu carne y el hueso de tus huesos.* Por este parentesco evangélico ó Filemon, que es el mas íntimo y el mas santo de todos, son los pobres los hijos de tu casa, pues tú formas con ellos un mismo cuerpo y una misma familia inmortal en la casa de Dios. No derraman una lágrima, no exhalan un suspiro que no sea la queja de una preciosa porcion de nosotros mismos; y la voz de la Religion nos grita en este caso de un modo mas enérgico que la naturaleza. *Recibid, dice á los necesitados, y á los que andan errantes por vuestras casas, y no des-*

precieis vuestra propia carne. Convirtiéndote á Jesu-Christo has entrado en la familia de los que lloran; y tus ojos, al fixarse en el pobre, deben reconocer en él lo que te pertenece, y lo que tiene contigo la mas estrecha union. Tu eres *el renuevo de los Santos*, es decir, un descendiente de los que mas han sufrido y han sido mas pobres en la tierra. Los Apóstoles, los profetas, los Mártires y todos los hombres divinos que han andado ántes y despues de Jesu-Christo los caminos de la tribulacion; que han vivido en la indigencia, y errantes por las montañas, cubiertos con las pieles de los animales, sufriendo toda clase de aficciones; que no hallaban asilo sino en las grutas y cavernas de la tierra, desgraciados del mundo, y de quienes el mundo no era digno; he aquí los augustos ascendientes que te ha dado la Religion en el momento que te volvió á recibir en su seno, en virtud de tu síncero arrepentimiento.,,

,,Esta es, Filemon, la santidad de

los vínculos que nos unen con todos los escogidos de los siglos anteriores, y la que forma la santidad de los que nos unen acá en la tierra con todo el cuerpo de los desdichados. O mas bien, ésta es la misma correspondencia, es una unidad indivisible. En la clase de los que padecen la miseria, ó se imponen voluntariamente todas las abstinencias y privaciones de la vida evangélica, es donde residen los Santos de la tierra. Solo en ella es donde se halla el oculto, *el resto de los escogidos*, y la verdadera posteridad de los Patriarcas y de los Apóstoles: de suerte que todo lo que altera nuestra union con esta porcion tan respetable y útil de nuestros hermanos que sufren las adversidades, deshonra nuestra gloriosa descendencia de los primeros predestinados, y nos aleja de la generacion de los justos.»

»Si se hallasen, pues, entre los que se glorian verdaderamente de despreciar el mundo, y unirse á la Religion, hombres insensibles á la miseria del in-

digente, seria preciso decir que el Christianismo es falso, y que Dios desecha sus adoraciones y sus sacrificios. Nuestra mas severa separacion del mundo y de sus vanidades, nuestras renuncias las mas universales, nuestro mas continuo retiro al centro de nuestros Oratorios ó de nuestros Templos, nuestras oraciones, nuestras lagrimas, todas nuestras expiaciones, no ofrecen al Cielo mas que un conjunto de obras desanimadas, y un mecanismo sin consistencia y sin valor, si es que nos ciñen á nosotros mismos, y nos separan de aquellos que necesitan de nuestros consuelos, y de nuestros socorros. Una santidad mas austera es necesariamente un zelo mas grande, un amor mas tierno, un cuidado mas vigilante y continuo, y un interes mas ardiente y mas vivo por los desdichados. Si hubiera en la tierra una Religion que nos hiciese olvidar el clamor de la naturaleza y de la humanidad, no seria necesario ir á buscar fuera de este carácter la prueba de su impostura y de su ficcion. *La verda-*

sera Religion, dice un Apóstol *la sola grata á Dios, que es el Padre y el supremo bienhechor de toda criatura, es enxugar las lágrimas de la viuda y del huérfano que se ven en tribulacion, y conservarse incorrupto en medio de los escándalos y los vicios del siglo.*„

„La muger fuerte, cuyo exemplo te he recordado en otra ocasion, pasaba su vida en el centro de su casa, y enteramente separada del comercio del mundo. Mas el Escritor Sagrado, que quiere ponerla como el modelo de las mugeres sólidamente sabias y verdaderamente respetables, no omite, en el retrato que de ella hace, su ternura y beneficencia siempre atentas á ofrecer sus consuelos y liberalidades al desvalido. *Ella*, nos dice, *alimentaba á los miserables con el producto de su trabajo y de su industria. Su mano se abria para el indigente, y sus brazos se extendian sobre todos los pobres que se juntaban al rededor de ella, tanto para recibir sus limosnas*

quanto para admirar su prudencia.»

"¿Has reparado, Filemon, despues que la lectura y la meditacion del Evangelio forman tu mas dulce tarea, en una cosa bien digna de sentirse y notarse? Esta es que Jesu-Christo en la pintura que nos hace de lo que sucederá en el último dia, en aquel dia de la solemne é irrevocable separacion de los buenos y los malos, hace depender de los pobres la resolucion que fixará el eterno destino del género humano; y que, confundiéndose personalmente con todos los desgraciados, se apropia los consuelos y las repulsas que estos hayan experimentado en la tierra. No recuerda en aquella ocasion al hombre justo sino las acciones y las virtudes por las quales habrá sido útil á los miserables. Vosotros me habeis alimentado quando padecia hambre, me habeis vestido en mi desnudez, y me habeis consolado en mi cautiverio: *He aquí por lo que sois los benditos de mi Padre; he aquí lo que va á abriros las puertas eternas y poneros en posesion*

del Reyno que os está preparado desde el principio del mundo. Si por el contrario, el perverso es desechado y maldecido no le representa ni su impiedad, ni sus disoluciones: ni sus escándalos, ni sus blasfemias: no le pone á la vista, para justificar la formidable sentencia que va á oir, sino la dulzura de un corazon siempre cerrado á los sentimientos de la misericordia. Esto es lo que le separa para siempre de la familia de Dios, y lo que la arroja al horror de los fuegos devoradores,,

„Es preciso que Jesu-Christo tuviese muy en su corazon este precepto de la caridad y de la conmiseracion, para que se dedicase con un cuidado y una fuerza tan extraordinaría á grabarle en el de los hombres, y realzar con tan vivos colores la dignidad y la excelencia de los pobres presentándolos como los héroes del gran dia del Señor, como los Príncipes de la eternidad y los árbitros de la suerte de todo el Universo. Es justo, ¡ó gran Dios! que lo que es tan-

pequeño en la tierra sea un grande espectáculo para vos; y que tantos suspiros exhalados por los órganos desfallecidos y agoviados con el yugo de la miseria, sean un presagio de grandeza y de poder para el dia en que todas las generaciones humanas juntas y temerosas á los pies de vuestro trono, estarán en expectacion de su inmudable destino."

"¿Has hallado, Filemon, ya sea en la bondad de tu espíritu, ó ya en los principios de algun sistema de Moral y de Filosofia, unos motivos é intereses tan grandes para ser el hombre generoso, compasivo y liberal ¡Ah! no basta haber nacido bueno y sensible, ni estar convencido de la solidez, del honor y del placer que nos resulta de nuestros beneficios, para servir á los miserables de un asilo que corresponda á la extension de sus necesidades. ¡La sensibilidad humana se satisface con tan poco, y las leyes de la razon sola y de la mundana sociedad piden tan ligeros sacrificios!... Así es que el rico que en uno solo de

sus festines consume la subsistencia de dos mil pobres, cree haber contentado bastante su corazon, y guardado las reglas prescritas por la naturaleza y la humanidad, con que se dé por su órden delante de sus puertas á uno ú otro anciano infeliz ransido de hambre, los miserables despojos de su sensualidad y de la glotonería de sus lacayos. Esto proviene de que en todos los sistemas las mas imperiosas consideracianes, en órden á la obligacion de ser liberal y humano tienen siempre el doble defecto de dexar subsistir la ilusion que hace depender nuestra felicidad de nuestras riquezas, y de dar un precio muy ínfimo á los sacrificios de la beneficencia. Jesu-Christo es el único Filósofo que ha sabido establecer en la tierra la mas necesaria de todas las virtudes, y tomar á los hombres por el solo lado que se dexan ablandar, qual es su interes de vivir mucho y de ser felices. Envilecer las riquezas, y adjudicar un precio infinito y una dicha eterna al cuidado de hacerlas servir

para alivio de los que sufren la pobreza; esto es vencernos hasta dentro de nuestro corazon, y obligar al hombre á mirar como suya la felicidad de sus hermanos.„

„Así, Filemon, aun quando no hubiese fundamento para reprender á la incredulidad por la injusticia de haber atacado y combatido á la verdad; jamas podria sincerarse de la culpa de haber atentado cruelmente, desacreditando el Evangelio, contra el refugio y esperanza de la desvalida pobreza; y no dexaria de ser ménos cierto que es un sistema inhumano; y, por solo esta razon; digno de todos los anatemas de los buenos corazones y de las almas justas. Desde que los infelices están contentos con que el mundo sea christiano, los que perturban al mundo en la posesion de su christianismo exercen un ministerio terrible que costaria lágrimas y suspiros al hombre de bien que estuviese encargado de su cumplimiento; viviria este inconsolable, contemplando la triste funcion que debia exceder; y á pesar de to-

de los esfuerzos que hiciese para destruir una ilusion tan saludable y necesaria á la conservacion del pobre, siempre confesaria que adoraba en su corazon lo que su deber, le impedia conservar. ¿Qué se debe, pues, pensar de esos filósofos, que desprovistos de toda prudencia y sabiduría, y sin mision ni carácter para mudar la Religion pública, han intentado abolir un culto en el qual es Dios tan grande y el hombre tan bueno? ¿No es esto cerrar de un golpe al desvalido y miserable la entrada al seno de Dios y al corazon de los demas hombres? ¿Podria darse un medio mas infalible y mas seguro de completar la desdicha de todas las víctimas de la adversidad y de la indigencia? ¿Y si existiese en la tierra un alma bastante bárbara para calcular los grados de aumento de que es susceptible el continuo martirio del indigente, podría inventar, para satisfacer su perversidad, un método mas victorioso y eficaz? Porque, á la verdad, el colmo del infortunio para un desdichado es

la precision de haber de sufrir sus amarguras, sin tener asilo alguno en los hombres, ni esperar nada del cielo.»

»¡Oh pobres! porcion respetable de mi sangre y de mi alma; ¡augustos y queridos compañeros de mi mas dulce, única y eterna esperanza! no, el Dios justo y Santo que os ha hecho, no os ha sujetado á las inquietudes que agitan vuestra vida triste y laboriosa, sin un grande y profundo designio de bondad y misericordia; y ese sentimiento tan vivo y tan dulce que experimentais en el fondo de vuestro corazon, siempre que fixais vuestros ojos arrasados de lágrimas en Jesu-Christo inmolado por la salud del mundo, os está diciendo, que no es la casualidad la que preside á vuestro destino; que sois unas criaturas infinitamente preciosas á los ojos del Ser supremo y adorable que gobierna el universo; que cada uno de vuestros suspiros esta escrito en su eterno libro que se ocupa mas del cuidado de vuestra suerte que de todos los grandes sucesos y negocios de la tier-

ra ; y que vuestros mas mínimos sacrificios serán coronados con todo el peso de su eternidad y de su gloria. ¡Ah! no dexeis de besar con vuestros marchitos y desecados labios esa Cruz que es la riqueza y la esperanza del mundo ; y respirad en vuestras penas á vista de la gran víctima que da un precio infinito á todo quanto sufris. Sí, Jesu-Christo es vuestro único y verdadero Padre: á él solo es á quien debeis el consuelo de esperar una futura felicidad, y hallar en el mundo almas sensibles y liberales. Del fondo de sus templos es de donde corren sin cesar ácia vuestro seno vuestros mas abundantes socorrós, esos socorros inagotables que la caridad evangélica conserva y perpetua para la subsistencia de los desgraciados. Una Filosofia insensata pretende hacer ostentacion de su humanidad; mas bien pronto experimentariais la mas desesperada mudanza en la circulacion de los beneficios que os sostienen , si os llegase á faltar el Evangelio, y no hubiese mas que la Filosofia en la tier-

ra. Y vosotros, pastores zelosos y benéficos, venerables depositarios de los tristes clamores de las miserias humanas; vosotros que recogeis en esas numerosas capitales los socorros con que alimentais diariamente millares de desgraciados; vosotros sois quienes podeis decirnos si es baxo los pabellonas de la Filosofia, ó baxo los estandartes del Christianismo donde reside el gran manantial de esos tesoros que esparecen incesantemente vuestras manos sobre la porcion indigente de vuestros rebaños, y van á buscar á la viuda desconsolada, al artesano enfermo, y al huerfano desvalido hasta los albergues mas obscuros é inacesibles.„

„Aquí pongo fin, amado Filemon, á mis reflexiones sobre este asunto tan importante. En vez de entrar en prolixos pormenores, te he presentado grandes y sublimes motivos. Un corazon noble solo necesita ser ilustrado; por lo demas él sabrá arreglar el rumbo de sus obligaciones. Pronto cumpliré el último artículo de mi empeño.

CAPITULO IX.

CONCLUSION DEL ANTECEDENTE.

El hombre religioso en la campaña.

„Si la Religion, Filemon amado, no formase al hombre sino para adorar á su Criador en espíritu y en verdad, este efecto imperceptible de su ascendiente sobre nuestro corazon y sobre nuestras costumbres podria ser solo una prueba equívoca de la injusticia y de la mala fé de los que se esfuerzan en hacernos ignorar su excelencia y sus ventajas. Mas si al mismo tiempo que nos restituye á nuestra primitiva comunicacion con el ser infinito, y á nuestras relaciones naturales y necesarias con el cielo, reproduce nuestra correspondencia esencial con todo el cuerpo de nuestros conciudadanos, y dirigiéndonos por la parte que somos eternos, nos da todas las inclinaciones y virtudes que

hacen nuestra existencia temporal la mas apta para la prosperidad y dicha de la generacion á que pertenecemos; ¿no será necesario convenir en que la verdadera clave de la Política, igualmente que de la Moral, no se puede hallar sino en el Evangelio; y que un Filósofo que impugna la doctrina de Jesu-Christo es tan mal especulador en materia de gobierno, como falso celador de los derechos de la razon y de la verdad?»

»Todos los que han escrito con acierto sobre lo que conviene á la gloria, á la felicidad y á la duracion de los Imperios, han reconocido que el resorte y el alma de la fuerza pública se encierran en la perfeccion de la agricultura, y en los progresos y estimacion de las artes útiles á las verdaderas necesidades del hombre. Aun la Filosofia de nuestros dias, á pesar de lo cómoda é indulgente que es sobre todos los puntos de las obligaciones humanas, no puede ménos de confesar que el luxo exâltado hasta el punto en que le vemos al presen-

te, es una terrible señal de la ruina entera de las naciones; y que la capital que atrae y observe sin cesar el fruto de los sudores del Labrador y del Artesano, y á donde los que poseen los fondos y haciendas van á devorar de una vez el producto lento y penoso de sus propiedades descuidadas y abandonadas, viene á ser insensiblemente el sepulcro de la industria y del trabajo, que son los que unicamente contribuyen al engrandecimiento y perpetuidad de una potencia.„

„Mas sin internarme demasiado en estas consideraciones, que no son propias de mi asunto ni de mi estado, te haré observar como de paso; que solo debe esperarse del Evangelio el remedio del mal que desola los pueblos, y la regeneracion de las costumbres que afianzan su felicidad; que hay una inconseqüencia y una contradiccion imperdonables en deplorar los desastrosos efectos de un luxo, en donde todo se abisma al mismo tiempo que se procura inspirar á los hom-

bres el disgusto ácia una Religion que une la felicidad de la vida presente y de la futura, y el hábito de reprimir sus insaciables deseos y de vivir en la sencillez, en la sobriedad y en la justicia; esperando el cumplimiento de la venturosa esperanza, y la venida de la gloria del gran Dios.„

„Ningun sistema, sino el de Jesu-Christo, destruye el luxo en su raiz y primer germen. Todos los demas dexan subsistir dentro de nosotros el principio que nutre y aumenta su tiranía; porque ninguno nos ofrece en el sacrificio de los placeres costosos y superfluos, en la práctica de la moderacion y de la frugalidad, la verdad y la plenitud de la grandeza y de la dicha que el hombre vano busca en el conjunto, variedad y multitud de objetos de que se cerca, y de los deleytes de que se sacia. La tendencia esencial de la naturaleza humana es resistir con toda su fuerza á su instabilidad, á su declinacion y á su debilidad; esto es, asirse á todo fortalecerse con todo, apropiarselo

todo, para hacerse de este modo poderosa, independiente y duradera. He aquí el foco de nuestra actividad y de todas nuestras pasiones. Este sentimiento es profundo é indeleble, porque está intimamente unido con nuestra constitucion; y todo aquel que siente su exîstencia, quiere siempre mejorarse y aumentarse, si decirse puede, con todo quanto juzga propio para sostener su fragilidad, ó distrae su vista de la muerte, ó de la nada.

»No se debe pensar en aniquilar en el corazon del hombre una disposicion que le es tan íntima como el movimiento y la vida. Toda naturaleza racional se esfuerza esencialmente á darse amplitud y consistencia, y aspira á la perpetua duracion. La pasion de haberlo todo, de poseerlo todo, y de devorarlo todo, no es mas que la ciega é irracional aplicacion de este esfuerzo por adquirir el complemento y la perpetuidad de la exîstencia: de modo, que nuestra mas profunda miseria es una señal palpable

de la grandeza de nuesto orígen y de la alteza de nuestro destino; y el deplorable aparato de este luxo que todo lo corrompe, y mina sordamente los cimientos de los mas florecientes Imperios, publica bien claro la necesidad que el hombre tiene de hacerse creer á sí mismo que es poderoso, inmortal y eterno. Porque á la verdad el opulento, que hace disponer y colocar al rededor de sí tantas alhajas preciosas y tantos muebles riquísimos, no se cree mas fuerte, mas estable ni mas feliz que el resto de sus semejantes, sino por la ilusion que le incita á mirar todo su boato y magnificencia como una extension de su ser, y como un segundo principio de vida que prolonga su exîstencia y duplica los recursos contra su destruccion.»

»El verdadero secreto para reducir al hombre á la moderacion y á la sencillez de los placeres tranquilos é inocentes, no es el de desvanecerle sus ideas de grandeza, ni sofocar sus deseos de poder, de permanencia

y de infinidad; por el contrario, es el de afirmarle en su ardor y en su esfuerzo por llegar á esta elevacion, y adquirir este gran carácter de fuerza y de inmutabilidad á que se dirigen todos los proyectos, todos los afanes y todas las pasiones que le consumen; es el de subsistir á su vista la realidad y la substancia de las cosas al fantasma que le engaña; es el de presentarle la verdad, en vez de su simulacro; aclararle el confuso deseo de su alma; dirigir su anelo de ser y de tener conforme á un órden de fruiciones, en el qual no puede perecer realmente, en el que su propension la mas imperiosa y alhagueña se halla coronada en toda la extension de su admirable energía, y en el que contribuye á su felicidad todo quanto hay en el cielo y en la tierra.

Mira ya, Filemon, como estamos en el Evangelio. Jesu Christo, en vez de clamar esterilmente, como han hecho en todos tiempos los que han ostentado una vana filosofia, sobre la injusta reparticion de las comodida-

des de la vida, y sobre la fatalidad que tiene esclavizados millones de hombres al capricho de un corto número de poderosos estúpidos é inútiles, acude directamente al orígen de las pasiones destructivas de las sociedades; y hace servir la mas fuerte de todas, qual es la de adquirir la infinidad y la inmortalidad en el exîstir, para desengañarnos y distraernos de todos los anelos y pretensiones del luxo y del orgullo. En vez de hacer resonar en nuestros oidos los fastosos nombres de *patria*, *de humanidad*, *y de igualdad*, nos manifiesta claramente el engrandecimiento y el progreso de nuestro ser en aquello mismo que nos parece estar nuestra degradacion, y nos conduce á todas las privaciones de la vida sencilla, frugal y modesta, por medio del mismo interes que nos anima al apetito de las superfluidades, y torna insaciable nuestra ansia de poseer. No se empeña en combatir esta propension que nos arrastra en busca de un punto de apoyo en que podernos fi-

xar, salvando nuestra existencia de la necesidad de disminuirse y acabarse: por el contrario, se vale de nuestra misma eternidad, para justificar el rigor de las privaciones que nos prescribe. Aprueba y confirma la extension y ardimiento del deseo que nos estimula á fabricarnos asilos contra el poder destruidor del tiempo que pretende aniquilar nuestra naturaleza. Solo ataca al error que nos ilude en la execucion de este gran movimiento de nuestra alma. Anima nuestros esfuerzos, para elevarnos hasta la altura de un estado permanente, inmudable y defendido de todas las vicisitudes que padecen las demas criaturas, anunciándonos que esta es una pasion que tiene su orígen en la verdad de los planes de Dios, y que nosotros hemos nacido para una grandeza igual al deseo infinito de nuestro corazon. Solo nos advierte que todo ese perecedero conjunto de cosas á que nos adherimos con tanto afan, no es seguramente lo que nosotros buscamos; que no es esto to-

do lo que nuestro corazon nos pide; que no hacemos mas que recargarle y sofocarle; que queriendo fortalecer y aumentar su estabilidad, solo ocasionamos su decadencia y su ruina; que nuestro esfuerzo y anhelo por exîstir y durar no puede sacar provecho de lo que no puede unirse ni incorporarse con nuestra substancia; que ninguna cosa perecedera puede darnos la consistencia y la eternidad; que solo hay un camino que nos conduce á este fin tan glorioso y tan vivamente deseado; que este camino es el gusto puro é íntimo de la soberana verdad, de esa gran luz que exîstia ántes de la creacion del tiempo, que todo lo llena, que lo ilustra todo, que se comunica *á todo hombre que viene á este mundo*, haciendo circular en nosotros el ésplendor de Dios, y que nos inxiere en su infinidad, y en lo inmenso y perpetuo de su vida y de su gloria.

»De este modo el Legislador del Christianismo, ilustrándonos profundamente sobre el verdadero orígen de

nuestras pasiones, y sobre nuestros errores en la eleccion de los objetos en que nos sumergimos, por darnos una exîstencia mas amplia y mas sólida, nos fuerza, por decirlo así, á volver á entrar en la sencillez de la sobria é inocente naturaleza, y contribuye con un acierto, de que ningun Filósofo ha dado exemplo, á la felicidad de todos los estados, y de todas las Sociedades de la tierra, al mismo tiempo que parece que se ocupa tan solamente en formar la Sociedad eterna de la otra vida.„

„Poned al hombre en un estado tal que no cuide de que su deseo de exîstir, de gozar y de durar se cumpla plenamente; vereis apagada de una vez en su alma esa sed de elevacion, de riquezas y de placeres que causa la decadencia y la ruina de las naciones. El luxo no es mas que el mudo y confuso anelo de la infinidad que la Religion nos anuncia; es el suplemento esteril y engañoso de la gran fuerza con que Jesu-Chrisro viene á incorporarse á todo el genero

humano. Todo quanto forma nuestra noble especie camina á adquirir poder; todo quiere engrandecerse, elevarse y mandar; todo quiere afianzarse y hacerse fuerte contra el torrente que lleva tras sí las generaciones y los siglos. De lo qual resulta, que reproducir en el corazon del hombre el claro sentimiento y la certeza inmudable de su union con lo infinito, y de su inseparabilidad del Ser supremo, en quien se halla la plenitud, la inmutabilidad y el complemento de la exîstencia, es entre todos quantos sistemas ha imaginado el amor del órden y de la bienabenturanza universal, despues del establecimiento de las Sociedades, el mas sublime, el mas profundamente calculado, y el mas victorioso para lograr la entera destruccion de las voraces pasiones que desolan y consumen todos los Imperios del Universo. *.,,

* Este secreto de Jesu-Christo se halla explicado con estilo mas evangelico en el cap. 4. el qual deberá volver á leerse, para aplicar

»No, Filemon, nunca se repetirá demasiado; un hombre de bien, un virtuoso y buen ciudadano, un verdadero sabio es esencialmente christiano en el corazon; y quanto mas se analice el grande y sólido carácter que distingue al Evangelio y sus universales ventajas para la paz y felicidad del mundo, lo qual le hace el único libro digno de ser el Código de todos los gobiernos de la tierra, tanta mas dificultad cuesta suponer buenas intenciones en los que le combaten, y encontrar la línea de separacion entre un Filósofo irreligioso, y un peligroso y mal ciudadano.»

»Si la Religion te ha hecho descubrir en el espíritu la doctrina de Jesu-Christo una solidez que jamas habias percibido; si ella te ha apartado de los placeres; en que no sabe el hombre moderarse; si te ha hecho amar las fruiciones honestas, y buscar la sobriedad en todas las co-

ra aplicar lo que allí se dice al asunto que se trata en el presente.

sas, es porque te ha hecho un hombre mas sensato y honrado, y te ha reducido á los verdaderos principios de los deberes naturales, y de las obligaciones sociales. Ella nada ha mudado en el fondo y constitucion íntima de donde nacen todos los deseos y todos los movimientos humanos: no ha hecho mas que descubrir y especificar lo que desea tu corazon, y á lo que pretende unirse. No por gozar ménos reduce el discípulo de la Fé sus necesidades, y cercena todas las miserables demasías con que la mortalidad humana pretende encubrir su indigencia; sino para mejor gozar y proveer mejor á la necesidad que todo hombre siente de adquirir aumento y fuerza. El austero solitario, que vive en el fondo de su gruta salvage con la desnudez y desfallecimiento de las maceraciones, no es animado sino del deseo de llegar al nivel del infinito, y hacer su existencia perpetua. No se diferencia del hombre opulento y sensual, que acumula al rededor de sí todo quan-

to puede lisongear sus gustos y su orgullo; si se los considera á entrambos por el lado del primer movimiento que los determina. Ambos son impelidos por un mismo interes primitivo; y los hábitos mas contrarios vienen á hallarse y reconcentrarse en una misma raiz.„

„Tú lo has experimentado, Filemon; el hombre pacífico, inocente y moderado en el uso de los placeres de la vida, léjos de menoscabarse y perder su verdadera consistencia, halla en el fondo de sí mismo como una respuesta de firmeza y perpetuidad que forma el mas dulce encanto de su vida. Juzga tú por la realidad del placer que al presente gustas en la paz de los campos, y por la solidez del bien que en ellos haces, de la dicha que redundaria al mundo entero de la conversion de todo el género humano á Jesu-Christo. La idea de un universo feliz, el sueño de la edad de oro, todas las suposiciones que puede concebir el hombre para figurarse el reyno de su felicidad.

y el estado perfecto del género humano, todas estas imágenes ¿se acercarian á la verdad y belleza del espectáculo que nos ofreceria la faz de la tierra, si ésta no fuese habitada y gobernada sino por hombres formados segun el espíritu y los principios de una filosofia tal como la del Evangelio? ¿Los pocos monumentos que ya exîsten del acierto de tus miras, y de la utilidad de tu residencia en medio de ese buen pueblo que cultiva tus dominios; ¿no es á la verdad una contestacion bien palpable de lo que sirve para la felicidad de muchos hombres el Christianismo de uno solo? Apénas te presentas en la campaña, promete en ella tu presencia la alegría, la felicidad y la abundancia. Tu vista empieza á vivificar lo que estaba muerto y decaido. Al punto se ve por todas partes al arado fertilizar las tierras incultas, ó medio cultivadas por la negligencia y la pobreza de tus colonos, que faltos de arbitrios y de recompensas, estaban igualmente escasos de valor y de zelo

por la perfeccion de la algricultura. *Que hermosos son sobre los montes los pies de aquel que anuncia la prosperidad, la paz y la salud universal*! Con este sublime rasgo nos pintaba en otro tiempo un profeta el mas bello y mas resplandeciente carácter del misterio del Mesias. ¡O Filemon! el pueblo ingenuo, cuyas labores diriges al presente, usará de este patético lenguage para celebrar su felicidad y tus virtudes. Si, solo en la pintura de la verdadera grandeza del hombre Dios podrá hallar el reconocimiento y júbilo de esos corazones sencillos y tiernos la expresion de sus bendiciones y de sus humildes rendimientos. Luego que te vean recorrer esos áridos y desiertos collados, que su industria habrá transformado en fértiles jardines, exclamarán, contemplándote con una religiosa veneracion: ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del que nos ha traido la salud y la paz!„

„Ya me parece que veo á los padres abrazar transportados de gozo á

sus esposas y sus hijos, y congratularse con la esperanza de multiplicarse aun, sin temer que la tierra falte á sus cultivadores. Este pensamiento me acuerda la alhagüeña imagen de que el inmortal Fenelon se vale en su Telémaco para inspirar el horror al luxo, y el amor á las labores del campo. "Quantos mas hijos, di„xe, tienen los labradores tanto mas „ricos son; porque desde su mas „tierna edad empiezan á ayudarles. „Los mas jóvenes llevan á pastar los „carneros: los de mayor edad cui„dan de los grandes rebaños, y en „fin, los mas adultos trabajan jun„tamente con su padre. Entre tanto „la madre y toda la familia prepa„ran una sencilla comida para su es„poso y para sus amados hijos, que „deben venir fatigados del traba„jo del dia: cuida de traer las va„cas y las ovejas, de cuyos pechos se „ven correr arroyos de leche: ha„ce una grande hoguera, al rede„dor de la qual se divierte en can„tar por las noches, esperando el

„sueño, toda la inocente y pacífica „familia, provee la mesa de sabro„so queso, de castañas y de otras „frutas, conservadas con la misma „frescura que si se les acabase de „coger del arbol. El pastor viene „con su flauta, y canta á la fami„lia junta las nuevas canciones que „ha aprendido en las vecinas alque„rías. El labrador entra con su ara„do, y sus cansados bueyes vienen, „inclinado el cuello, con paso len„to y tardio, á pesar del aguijon que „les arrea. Todos los males del tra„bajo acaban con el dia. Los vapores „agradables, que el sueño esparce so„bre la tierra por órden de los Dio„ses, calman con sus hechizos todos „los negros cuidados, y tienen la na„turaleza toda en un dulce encanto. „cada qual toma un sueño sin curar„se de los trabajos del siguiente dia. „¡Felices estos hombres sin ambi„cion, sin artificio y sin desconfian„za, á quienes los Dioses dan un „buen Rey, y cuya inocente alegria „no es perturbada por el orgullo y

„la molice de ciertos hombres, que „hacen gemir á otros muchos baxo „el yugo de una espantosa pobre„za!„

„¡Qué dia tan hermoso, Filemon, se veria de repente brillar sobre la faz de toda la tierra, si la virtud y el zelo del verdadero bien presidiesen en ella, como lo hacen en ese ángulo del mundo que tú posees; y si todos los que tienen riquezas y poder adquiriesen las luces, y los sentimientos que te animan al presente! Sentimientos que no has adquirido ni en las instruciones, ni en el trato con ningun Filósofo, y que no habrias hallado jamas sino hubieses buscado á Jesu Christo. ¡Qué delicia para un corazon generoso y sensible no ver al rededor de sí sino hombres justos, buenos y dichosos, y ser solo la causa de una felicidad tan pura! He aqui las satisfacciones de el ciudadano. Veamos ahora quales son las del Christiano.„

„Solo en la compañia manifiesta la naturaleza toda su magestad y to-

dos sus hechizos á los ojos del sabio, cuya alma es bastante grande para apreciar la magnificencia y la riqueza de su sublime espectáculo: mas ella en ninguna parte es verdaderamente hermosa y apta para penetrar nuestros corazones de un sentimiento puro é íntimo sino quando se la contempla á la luz de la Religion. Si queremos, ó gran Dios, recorrer esos inmensos espacios, y extender nuestra vista por esos elevados cielos, y por la infinita llanura de esos mundos; todo es tenebroso, todo está muerto al rededor de nosotros, si separamos á Jesu-Christo del Universo; y el Sol mismo, que esparce sobre él un resplandor y unos colores tan variados y vivos, nos ilustra ménos sobre la verdadera excelencia de los objetos con que la naturaleza hiere incesantemente nuestros ojos que una sola palabra de la profunda y admirable filosofía del Evangelio.„

„Nosotros, Filemon, hacemos á toda hora ciertas reflexîones sobre

los deseos y propiedades del corazon humano que nos descubren una grande y sólida verdad, á saber, que todas nuestras ideas de lo bueno, de lo útil, de lo bello y de lo excelente, nos vienen de la armonía que percibimos entre las cosas que estan fuera de nosotros, y este esfuerzo de exîstir, de conservarnos y de durar, que sentimos tan vivamente en nuestro interior. Para que un objeto excite en nosotros un sentimiento agradable, es necesario que lisongee, confirme y justifique nuestra propension á la perpetuidad, y que la satisfaga en cierto modo. El placer que causa la vista de las fértiles campiñas, de las ricas cosechas, de las amenas praderas, y de los abundantes y hermosos viñedos, no es otra cosa que la certidumbre de un socorro siempre renaciente para la subsistencia en todo quanto respira; es la idea de una fuerza que viene á unirse con nosotros, y que parece nos responde de nuestra estabilidad. Todas estas cosas son como

unas prendas magníficas de garantía, y unos símbolos placenteros de fecundidad y de perpetuidad, que favorecen nuestro mas violento deseo, y desvanecen el mas importuno y turbulento de todos nuestros temores."

»Mas solo en el hombre á quien Jesu-Christo ha dado los ojos de su sublime sabiduría, es donde se halla este placer puro y sin mezcla de ningun sentimiento amargo. Continuamente viene la tumba á ofrecer al hombre en medio de sus mas dulces é inocentes placeres ideas molestas y melancolicas que le abaten y consternan. Ve que todos quantos cuidados toma la naturaleza para alimentarle y conservarle terminan bien pronto en sepultarle en el abismo de la eternidad y de la nada. Hasta el mas débil arbusto que el viento agita sobre la cima de los montes, cuenta mas larga vida que él. En efecto, ¿qué le anuncian estas viejas encinas, cuyas raices penetran hasta el corazon de la tierra, y cuyas ramas van á confundirse en el azul del firma-

mento? Que él solo parece en la naturaleza; que todo es perdurable en el universo, á excepcion del ente, que lleva en su interior el sentimiento y el deseo de la inmortalidad. Esa aya, esa roca, esa montaña han visto nacer y pasar generaciones, y subsisten aun: nuestros padres las han visto, nosotros las vemos tambien, y aun nuestros descendientes las verán largo tiempo despues que nosotros hayamos desaparecido. Esa yerba tan tierna y frágil como la vemos caer al impulso de la hoz, que se marchita y deseca á los rayos del mismo astro que la habia echo verdecer crecer y madurar, dexa al morir su fuerza y su vida en el seno de la tierra, de la qual se la volverá á ver salir con lozanía, para vestir y adornar su superficie. ¿Mas que digo? quanto ¡hay al rededor de nosotros mas imperceptible y mas continuo á la nada participa de esta inmotalidad universal, y parece que no puede haber cosa alguna sobre la tierra por pequeña que sea, que no avergüence al

hombre de su nada. Esos vapores tan faltos de solidez: ese humo que se eleva desde los hogares de las cabañas ó de la superficie de los arroyos, este símbolo de la nulidad y de la nada, á quien se compara todo quanto es momentaneo y fugitivo, aunque se dispersa y evapora por los abismos del espacio, no desaparece sin embargo de la mesa de los seres: solo padece una mudanza de lugar; va á aumentar esos lagos que vemos suspensos sobre nuestras cabezas, preparados para regar nuestros campos y colinas, y mantener perennes los manantiales de las fuentes y de los pozos. Así la naturaleza, que ha marcado con un carácter de eternidad todo quanto lleva en su seno, solo ha exceptuado al hombre de esta ley, que se ha cumplido desde el principio del tiempo. No hay en el universo una fuerza capaz de destruir la gota de agua que ves brillar al traves de los rayos del sol en los pámpanos de las colinas; ¡y tú, ente sublime, tú que mides y pesas este universo; tú

cuya industria ha ayudado tanto á su magnificencia; tú que abrazas todos los tiempos y todos los espacios; tú que has llegado á descubrir mundos de fuego sumergidos y ocultos en las espantosas concavidades de los cielos; tú que tocas lo infinito, y que te has elevado hasta las regiones situadas donde reververa mas particularmente el resplandor divino; es fuerza que vengas á ser nada, y que tu último movimiento sea tu caida en el horror de una destruccion irremediable!„

„Si estas aflictivas reflexîones se presentan al espíritu de alguno de nuestros Filósofos irreligiosos, que se glorian de amar la campaña, ¡como podrán gozar en ella un solo momento de verdadero placer! Pero si no reflexîonan, es preciso añadir, que el contento que ellos experimentan es de una especie bien poco delicada y filosófica. Verdaderamente es mas feliz un Pagano, y goza mejor de las delicias de la vida campestre. El expectáculo de la naturaleza es á sus

ojos la imagen y el principio de su futura felicidad. Los Gentiles quieren mas forxarse una vida futura semejante á la economía del universo, que unos sistemas que habrian turbado todo el placer que sienten en admirar las maravillas de Dios, y en cultivar sus campiñas. La idea de sus Campos Eliseos tiene su origen en nuestro antiguo y natural deseo de eternizar nuestros mas verdaderos y mas dulces placeres; y han creido que no podian animar mas eficazmente á la virtud, que ofreciendo la perspectiva de los olorosos bosques, de las praderas siempre renacientes y floridas, y de los arroyos cristalinos, que riegan aquellos amenos sitios destinados á ser la morada eterna de los justos.„

„Si las costumbres campestres de los antiguos Patriarcas nos ofrecen una pintura mas interesante y mas amable que la de las otras Naciones de la antiguedad, es porque en ellos son mas puros y vivos los sentimientos religiosos, y la esperanza de la

inmortalidad mas clara y mas fundada. Todo es risueño en la naturaleza para quien se siente mas grande que ella y las placenteras imágenes de los campos embriagan de alegría á un corazon que está animado de los sentimientos de su eterna duracion, y de su destino á hallar en la inmensidad de Dios todo lo que es verdaderamente excelente y bello en la obra de la creacion. De aquí aquella dulce serenidad, aquellos cánticos de alegría, aquellos festines preparados en el centro de los campos en donde los hijos de Abraham bendecian al son de sus rústicos instrumentos *al Dios que da la vida á todas sus criaturas, y prepara el alimento á los hijos de los cuervos que le invocan.* De aquí aquella tierna benevolencia, aquella esmerada y benéfica liberalidad que se comunica á todo quanto se le aproxima, y de que nos da tan tiernos y edificantes exemplos la historia del antiguo Pueblo de Dios. Solo referiré en este lugar de *Booz.* Al entrar en su

campo, refieren los libros Sagrados, se acerca á sus obreros, y les saluda diciendo: *el Señor sea con vosotros, mis queridos hijos. El Señor*, responden ellos, *os colme de sus bendiciones.* Al mismo tiempo divisa una muger extrangera que estaba espigando en sus rastrojos, é informado por sus criados de que habia venido del pais de los Moabitas con su suegra Noemi: „escucha, le dice, „hija mia, no vayas á espigar á otros „campos que á los mios, y agré„gate á mis hijos; quiero que co„mas y bebas con ellos. Me han di„cho como te has portado con Noe„mí, despues de la muerte de su hi„jo y tu esposo, y que has dexa„do tu patria y tus parientes por „seguirla á un pueblo que te es des„conocido. El Señor bendiga tus „grandes sacrificios, y oxala que re„cibas una plena recompensa del Dios „de Israel á quien te has refugiado, „y que te ha acogido baxo sus alas.“ Despues dice en secreto á sus segadores: „nadie diga á esta jóven cosa que

„pueda avergonzarla ó afligirla. Ha„ced como que ignorais que ella si„gue vuestros pasos en el destajo, y „dexad de propósito algunas espigas „, para que ella las recoja sin aver„,gonzarse." ¿Dónde se hallarán, Filemon unos rasgos de delicadeza y unos sentimientos que se asemejen á estos? ¿Y qué lector por frio y duro que sea podrá contener las lágrimas al contemplar semejantes imágenes?

"¡O inocencia de los campos! Solo en el fondo de vuestros dulces y pacíficos retiros se halla bien el corazon del hombre: allí solo se encuentra la verdadera alegría, y esta es la que nos hace buenos, agradables, desinteresados y generosos. La tristeza, el humor austero y melancólico, sobre todo quando nos proviene de nuestras tinieblas, de nuestras incertidumbres, de nuestra impiedad y de nuestro remordimiento, extingue en nosotros toda benevolencia. Nada hay tan duro como el que se aborrece á sí mismo. La man-

sion en la campaña tan propio para dispertar toda la bondad y toda la beneficencia de *quien mantiene*, un alma llena *de su ser inmortal*, aumenta en el hombre sin fe y sin esperanza su indiferencia á todo bien; porque no halla en ella sino motivos de importunas y sombrias reflexiones. Todo es fúnebre para él en la naturaleza. Quanto mas se compara con los objetos que le pone á la vista, tanto mas gime y se lamenta de hallarse tan pequeño y tan fugaz en medio de la inmortalidad, universal. No ve cosa que la tierra no tenga virtud de conservar ó de hacer reproducir despues de su destruccion, sino su especie. Todo quanto ella recibe en su seno, baxa á él para volver á vivir. Solo el hombre es arrojado á ella para no volver á comparecer jamas, y para sepultarse en el seno de la muerte.»

»Así mientras que el vivo y magestuoso teatro de la naturaleza oprime el alma del insensato con pensamientos molestos y desconsoladores,

el dichoso y modesto discípulo de la Religion no descubre en él por todas partes sino símbolos y vestigios de su excelencia y de su perpetuidad. No ve en todo sino la figura y la profecía de su alto destino; y la idea de tantos muertos que duermen en la podredumbre de la tierra, esta idea tan molesta y tremenda para el impío, no es para él una imágen mas aflictiva que la vista de un campo que acaba de sembrar el labrador. Ve los hombres caer unos sobre otros en los sepulcros, del mismo modo que ve caer una preciosa y pura semilla en los surcos que abre el arado. Un cementerio es á sus ojos un campo cuyo interior contiene mas vida que la que reside en el seno de las mas fertiles praderas, y en donde las semillas que están depositadas no se desenvuelven mas lentamente sino porque deben producir substancias inalterables y eternas.»

»¡Qué órden de cosas, Filemon! Al contemplarle el hombre, ¿no se siente aliviado de la opresion de su mas

violento deseo? ¿Si alguno le hubiera soñado tan solamente, no se tendria por desgraciado al despertar de un sueño tan lisongero?»

»Si el grano de trigo que cae en la tierra, dice Jesu-Christo, no se disuelve y muere en ella, queda solo y no puede reproducirse ni multiplicarse; pero si queda en ella como perdido y aniquilado, se le verá salir luego en un tallo lleno de vigor y de gracias, y de llevar en sí los mas brillantes testimonios de la fuerza que ha adquirido en las entrañas de la tierra. He aquí, pues, este sublime sueño convertido en la verdad mas hechicera y necesaria á todo el género humano. A nosotros es á quienes alude este lenguage del hombre Dios. He aquí el sistema de la Religion encadenado con el de la naturaleza. He aquí la unidad del gran designio de Dios expuesta á una luz que lo ilustra todo y que nos descubre la razon de todo. He aquí la explicacion de la fuerza inefable de nuestra voluntad y de nuestro irresistible esfuerzo

por superar nuestra nada y durar para siempre.»

»San Pablo, el mas profundo intérprete de la Filosofia de Jesu-Christo, asciende á este carácter de la constitucion humana, para hacernos admirar el de las promesas del Evangelio. Y quando dice, nosotros no queremos ser disminuidos ni despojados, sino que anhelamos por aumentarnos y revestirnos de nuevo, para que el principio que hay en nosotros y que nos impele hacia la muerte, sea absorvido por la plenitud y la totalidad de la vida (*); nos pinta, quando así habla, lo que hay de mas íntimo y reservado en toda la especie humana: y he aquí el hombre con toda la verdad y toda la energía de su naturaleza.»

»Por medio de esta reflexîon, sacada del orígen de nuestras mas vivas pasiones, nos conduce el Apóstol de la Fé, como ilustrado Filósofo, á que reconozcamos los Misterios mas por-

(*) II. Cor. v. 4.

fundos, y puede desafiarnos á que desechemos la esperanza del Christianismo, sin degradarnos de la naturaleza, y sin desmentir á nuestra conciencia, á nuestro corazon, y al clamor de todo el universo.»

»¡O hermanos mios! yo os revelo aquí el mas grande y el mas glorioso de los Misterios. Nosotros morimos, es verdad; mas saldrémos del sepulcro para no morir jamas... ¡Insensato! ¿preguntas cómo lo que ha muerto podrá volver á vivir? Mira todo lo que hay al rededor de tí, pregunta á la naturaleza. Todo quanto ves viviente y vigoroso, no es fruto de la corrupcion y de la muerte? ¿El grano que arrojas en la tierra no muere luego? ¿Y le ves acaso volver á parecer ó reproducirse ántes de haberse como aniquilado por medio de la corrupcion? Tal es la resurreccion de los muertos. Nuestros cuerpos no se sepultan en los abismos de la tierra para perderse y no salir de ella jamas. Están sembrados en su seno, para salir de él un dia llenos de fuerza y de

vida. Son sembrados en la tierra, y reducidos á un estado de corrupcion; pero saldrán de ella incorruptibles é inalterables. Son sembrados en un estado de abatimiento y de debilidad; pero se levantarán rodeados de una gloria y de un resplandor todo divino: son sembrados inmobles y frios; mas se les verá aparecer revestidos de una forma resplandeciente, adornados de movimiento y de tal inmortalidad, que sorprenderá á toda la naturaleza. Entónces el género humano, triunfante de todo el poder destruidor de la muerte, le dirá: ¿*dónde está ahora, ô muerte, tu victoria*? » (*)

»Si alguno se obstina en no conocer en este órden de ideas el antiguo sistema del corazon humano, y la clara manifestacion de lo que el hombre anhela desde el principio del mundo en lo confuso de sus pensamientos, todo será para él un caos, así en su alma como en el universo, y de nada sabrá gozar en la tierra

(*) I. Cor. xv. 55, 56, 42, 43, 61, 65.

sino de sus profundas tinieblas y de sus incertidumbres turbulentas. Un verdadero Filósofo debe admirarse al ver como la Fé no hace mas que cumplir y perfeccionar lo que los siglos mas groseros y obcecados dexaron ya dispuesto en medio del desórden de sus ideas y de sus costumbres. El hombre, obligado desde entónces de la necesidad de satisfacer su pasion de exîstir y de durar, y zeloso de la estabilidad de todo quanto la naturaleza mantiene y reproduce sin cesar, se esforzaba á figurarse alguna cosa semejante á la que la Religion nos ha anunciado despues tan magníficamente, y se consolaba de la impotencia de poder arribar y fixarse en el verdadero infinito, alimentando su espíritu con ficciones é imágenes que lisongeaban ó divertian su vivo deseo de ser inmortal. Nada le era tan delicioso como figurarse los cuerpos humanos repentinamente mudados en árboles llenos de vigor, los corazones palpitantes cubiertos con una corteza impenetrable, y las manos convertidas en ramas

siempre floridas. ¿No son todas estas cosas, ó Filemon, unos bosquexos antiguos é informes del destino del hombre en el Christianismo? No se descubre de la irregularidad de todas estas ilusiones, y está indicado suficientemente, aunque por rodeos, el anhelo del hombre, por las esperanzas que Jesu-Christo ha venido despues á traer al mundo? ¿Y no se podrá decir aquí que las mas extravagantes fábulas sirven á hacer triunfar y resplandecer la verdad?»

»Así, Filemon, contemplando la hermosura de los campos á la luz de la Fé, tu alegría será pura y completa; pues nada te quedará que envidiar á la naturaleza, la qual por el contrario hallarás inferior á tu grandeza y superioridad; y toda su fuerza de durar y de reproducir quanto cria, no será ya á tus ojos mas que una sombra de la energía que reside en tí, la imagen de tu excelencia, y la figura de tu eternidad. Ella te dirá por todas partes: *yo estoy destinada á perecer*; *y tú, augusto renuevo del*

infinito, tú no puedes perecer y vivirás para siempre. Te hallarás mas antiguo que ella, si sabes penetrar la altura de los designios de Dios y comprender tu coexistencia con el ser infinito; pues solo para el cumplimiento de sus miras, con respecto al hombre, ha arreglado en la profundidad de su consejo y de su eterna soledad las leyes de la naturaleza y el órden de todo el universo; y tú puedes apropiarte en algun sentido muy verdadero lo que el *Verbo del Altísimo* nos dice de su unidad con el Criador adorable de todos los seres. "El Eterno »me ha poseido desde el principio de »sus grandes designios, y desde los »siglos antiguos que han precedido tan »de antemano á la formacion de la »tierra. Yo estaba presente ante su »trono quando trazaba en los espa»cios vacíos el giro que debian se»guir el sol y los demas astros. Aun »no habia colocado los montes so»bre sus profundos cimientos; no se »habia visto á las colinas elevar ácia »el cielo sus masas enormes, ni á los

»valles extenderse en praderas, en »campos y bosques: el agua cla»ra de las fuentes, aun no brotaba »del seno de las rocas y de las ca»bernas; la mano del todo poderoso »aun no habia afirmado la tierra so»bre sus fundamentos, ni abierto los »cauces del vasto abismo: y yo es»taba concebido ya en su pensamien»to, y trazaba con él el plan de la »creacion en las tenebrosas regiones »de la nada.»

"¿Cómo podrás contener los transportes de tu admiracion y regocijo quando, paseándote por las amenas colinas en donde veas mudar el dulce fruto de la vid, y esas fértiles llanuras cubiertas de espigas que dan al hombre su pan y subsistencia diaria, reconozcas en esos dos manantiales de la fuerza y de la vida los dos elementos del augusto é interesable misterio, que hace circular en nuestras venas, y en nuestros miembros la incorrupcion de Dios, y en el qual vamos á incorporar con nuestros débiles órganos todo el carácter de su glo-

ria, de su permanencia y de su infinidad? ¿Con qué explendor y magnificencia hace allí la Fé brillar á la naturaleza? ¡O campos! ¡O colinas! es en efecto verdad que vosotros intervenis en el profundo y eterno consejo que nos destina á volar un dia, al traves de todas las ruinas del universo destruido, á las inmensidades de esa gran potencia en que nada puede morir; y que de vosotros nos viene, junto con la subsistencia natural de nuestra dolorosa mortalidad, el pan misterioso y el cáliz bendito que nos hacen vivir eternamente? Torres antiguas y venerables que llevais en triunfo por los ayres la respetable señal de la salud del mundo; todo lo que vamos á adorar y recibir dentro de nosotros mismos en vuestros pacíficos y magestuosos recintos, lo vemos, por decirlo así, engendrarse y prepararse en nuestros valles y sobre nuestros montes. Así por una profunda dispensacion de la Sabiduría infinita nos ingiere la Religion en la substancia y perpetuidad de Dios, consagrando y

divinizando lo que produce la naturaleza para alimentar nuestro cuerpo terrenal ; de suerte que la Religion abraza en la magestad de su espectáculo todas las riquezas de la naturaleza , y la naturaleza se hermosea por todas partes con la grandeza y magnificencia de la Religion. ¡Qué armonía! ¡Qué unidad! ¡O Evangelio de Jesu-Christo! infeliz del que no ve resplandecer en tu doctrina todos los rayos de la eterna verdad..,

„No podrás dar un paso por esos tranquilos é inocentes lugares, sin reconocer los símbolos y las prendas de tu grandeza y de tu divinidad (*). Las cosas mas imperceptibles que se pisan sin advertirlo, vendrán á ser para tí objetos elocuentes y sublimes, de quienes sacarás las mas sólidas reflexiones y los mas dulces sentimientos. El espíritu de la fé tiene la virtud de abultar lo que parece nada, y de dar un gran sentido á lo que no des-

(*) No tiene sobrada energía esta palabra para quien tiene una justa idea del verdadero designio de la Religion.

pierta idea alguna en los espíritus disipados y vulgares.»

»Mira, Filemon, ese fragil insecto que se arrastra tan lenta y penosamente sobre esa trémula hoja de que se alimenta: ¡qué imágen tan sensible de la flaqueza y de la nada! pues aun te ofrecerá un símbolo mas sensible de la destruccion y de la mortalidad, si le sigues en las vicisitudes á que le sujeta la naturaleza. Despues de haber rastreado un poco de tiempo al rededor de la planta que le sostiene, quedará inmóvil, se envolverá y sepultará en las ruinas de sí mismo: se formará una tumba de sus propios despojos, y ya no se advertirá en él señal alguna de calor ni de vida; ya no será mas que un poco de lodo, que jamás se le creerá capaz de adquirir movimiento ni vida. Las lluvias, los yelos y las nieves del invierno parecerá que acaban de hacer irrevocable la proscripcion de esta substancia tan vecina á la nada, aunque ella posee todo su principio vital. Sin embargo apénas vengan á calentar esta corteza

los primeros rayos de la estimacion que lo reanima y renueva todo sobre la haz de la tierra, verás este sepulcro cerrado tanto tiempo, abrirse por medio de mil dulces graduaciones sábiamente manejadas, y salir repentinamente de él un nuevo ser todo resplandeciente, que irá á desplegar por los ayres los ricos colores de sus brillantes alas.»

»¿Podrá dexarse de conocer aquí la admirable semejanza que aproxîma el lenguage de la naturaleza al del Evangelio? ¿y no deberémos reconocer transportados de alegria y agradecimiento, que Jesu-Christo no ha hecho, por decirlo asi, sino explicarnos lo que toda criatura enseñaba al hombre ántes de él, y substituir una expresion mas familiar y mas clara á todos los símbolos vivos y palpables con que el espectáculo del universo nos describia desde el principio nuestro destino? Sí, Filemon, todos los efectos de la naturaleza son una pintura en bosquejo del estado á que es llamado el hombre, y los antiguos y ve-

nerables geroglíficos de su grandeza y eternidad. La naturaleza y la fé no componen sino un solo, profundo y vasto sistema de Filosofía, cuyo centro y objeto es el hombre. Lo que ésta nos ha venido á revelar abiertamente, nos lo habia enseñado en todos tiempos la otra por medio de parábolas; y todo quanto abrazan en sus inmensidades el cielo y la tierra, se une, se acuerda y se reconcentra en la unidad y verdad del Evangelio.„

„Póstrate, ó Filemon, con toda la humilde Religion de una alma embriagada de la sabiduría y de la armonía de las obras de Dios, siempre que pases por delante de aquella cruz plantada sobre la colina, á quien corona un bosquecito de espesos árboles con sus estendidas ramas. Contémplate entónces como puesto delante del solo objeto que forma la grande y verdadera gloria del orbe, y que es capaz de explicarte con la mayor sutileza las relaciones eternas que hay entre Dios, el mundo y los hombres. El profano Filósofo que, á pesar de

todo el aparato de observacion, de ciencia y de estudio en que se confunde, no verá jamás al rededor de sí sino masas y vació, se indigna al encontrar esta señal augusta de la comunicacion y de la amistad establecidas entre el cielo y la tierra, y no ve en ella sino un monumento chocante de supersticion que desfigura la magestad de la naturaleza. Mas tú, Filemon, que eres mas sólida é incontestablemente filósofo, comprehendes que solo por Jesu-Christo se concuerda todo, se corresponde y se sostiene en la economía del tiempo y de la eternidad; que todo disuena, se impugna y contradice, si se quita ese trofeo de omnipotencia y de sabiduría atentas á mantener la unidad de excelencia entre Dios y el hombre; y que la cruz es tan necesaria al universo, como el sol, los montes y los rios. Porque el Misterio de la Cruz, si sabemos considerarle por parte de su relacion con la totalidad de los planes de Dios, no es mas que la expresion de su resistencia contra to-

da causa que destruye en nosotros el ser infinito que nos ha comunicado por medio de su Verbo. Esta es la razon porque S. Pablo, que nos habla siempre como profundo Filósofo, llama á la Cruz *el Misterio de la fuerza de Dios.* Jesu-Christo, como consubstancial á Dios, posee la excelencia infinita: como semejante al hombre y *como participante de su carne y de su sangre*, le hace dividir con él, y le apropia su infinidad. Como inmolado baxo el doble carácter que distingue su persona adorable, hace perpetua é inagotable la fuente de nuestra generacion divina; de suerte que usando del lenguage de un antiguo Profeta, *por la muerte de Jesu-Christo ha sido destruida la iniquidad y traida á la tierra la eterna justicia*, por quanto hasta el fin de los siglos hallará el hombre degradado su grandeza en la Cruz, que es la única raiz de toda vida divina, el apoyo siempre subsistente de la gran gloria de Dios en medio de la tierra, y el triunfo brillante de la salud

eterna sobre la corrupcion humana. De esta suerte todos los árboles de los bosques son bendecidos, y consagrados por el misterio de la Cruz, como todos los pámpanos de las colinas, y todas las espigas de los valles son santificados por el milagro inefable que se executa y perpetua en los templos, reververando en la naturaleza los resplandores y la magestad de la Religion.,,

„Así es, Filemon, como todo toma un nuevo carácter y nuevos colores para el hombre que ha aprendido á mirarlo todo á la luz de Jesu-Christo; y el mismo impulso de la gracia divina que, crea en nosotros otro corazon, crea al mismo tiempo otros ojos y otro Universo.,,

„¡O qué delicias tan verdaderas experimentarás en confundirte con ese buen pueblo que te admira y te ama, en la obscuridad de ese rústico Santuario, á donde va á ofrecer sus votos sinceros é inocentes! ¡Cómo sentirás elevarse y enternecerse tu alma, al ver la impresion que hace en

esos corazones religiosos y sensibles la voz del Pastor que les anuncia *las verdades del Reyno de Dios*! ¡Cómo habla todo en ellos de los consuelos y esperanzas de la fe! ¡Qué atencion tan ansiosa, qué actividad la suya! ¡Qué carácter tan grande y sublime da á este espectáculo la vista de la Religion! ¿Y qué Filósofo, por obstinado que esté en la impiedad, no hará imprecaciones contra la desgracia de ver al espíritu de incredulidad ganar los corazones de nuestros hermanos, al mirar el zelo y pura alegría con que esos hombres rústicos y sencillos, interrumpiendo todos sus trabajos, y olvidando sus penas domésticas, vuelan al Templo para llenarse allí de Dios, y dilatad su corazon con la dulce esperanza de experimentar algun dia el descanso interminable y la eterna felidad.»

Yo exercí, Filemon, en otro tiempo el Ministerio del Evangelio en una aldea en la qual era Parroco un Eclesiástico digno de los siglos Apostólicos, y residia un Señor que honra-

ba á la humanidad con su beneficencia, y á la Religion con los exemplos de las mas heroycas virtudes. Sin duda el Cielo habia reunido estos dos hombres en aquella Parroquia campestre para conservar un modelo de lo que eran los Christianos en los primeros tiempos del Evangelio. Jamas vi brillar la Religion, como en este lugar, con toda la gloria de su triunfo. Por todas partes producian en mi alma las mas dulces conmociones la tierra y viva imágen de la paz, de la alegria, y de la union. Allí el labrador sostenido sobre su arado, une su voz al gorgeo de los páxaros que vuelan al rededor, y repite los Santos Cánticos que ha aprendido en el Templo. Aquí el modesto artesano se esfuerza contra la fatiga y la importuna continuacion del trabajo, con la vista del gran Dios que todo lo ve, y que todo nos lo recibe en cuenta, y nos guarda el precioso depósito de nuestros sentimientos y de nuestras obras, para coronarlas bien pronto *con todo el peso eterno de su gloria*, y de su

inmortalidad. Allí la madre de familias, en medio de sus pequeños hijuelos, enseña sus balbucientes lenguas á invocar *al Padre que está en los Cielos*, y mira en los que han salido de su seno unas venturosas criaturas que deben vivir eternamente en el de Dios. Aqui el viñador, sediento con el calor que ha tomado trabajando en las abrasadas laderas, al apagar la sed en los cristalinos arroyuelos que serpean al rededor de sí por el ameno valle, suspira por *aquel torrente de delicias preparado en la casa del Señor, para embriagar siempre á los que han sido probados en la tierra por medio de las tribulaciones.* En fin yo ví á los ancianos morir sin turbacion y sin remordimientos en el fondo de sus albergues, bendiciendo con sus flacas y tremulas manos á sus amadas familias, y diciendo á sus llorosos hijos, colocados cerca de sus pobres y austeros lechos, lo que decia Tobías al espirar al único hijo que dexaba: „Nosotros ahora es cierto que vivimos en la pobreza y los

trabajos; mas poseeremos grandes bienes, si te nemos á Dios, y permanecemos fieles en la práctica de sus santos preceptos: porque somos los hijos de los santos, y esperamos la eterna bienaventuranza prometida á los que persevéren en la santidad de la alianza concluida con la descendencia de Abraham.„

CAPITULO X.

Los últimos dias del hombre religioso.

Aquí concluye el manuscrito de Filemon. Lo que sigue lo ha añadido su hijo, despues de la muerte de aquel.

„Mi Padre, dice, leia y meditaba todos los dias de su vida los sabios consejos que habia recibido de aquel varon, á quien llamaba *el oráculo de su corazon.* La costumbre de penetrase de la solidez y belleza de

la Religion había aumentado de tal suerte la sensibilidad natural de su interior, que se le veia enternecerse siempre que se recogia en oracion, ó queria hablar de Dios. Yo era por lo comun quien le acompañaba en los paseos que daba por los contornos de las aldeas; porque los Médicos no le permitian que anduviese solo á causa de su quebrantada salud. Hijo mio, me dixo un dia que respirabamos juntos el ayre de las selvas, yo conozco que toda la familia de casa hace un serio estudio para distraerme de la idea de mi próximo fin; mas yo debo decirte, por el tierno amor que me profesas, que su vana prudencia me aflige; y que deseo me dexen gozar tranquilamente de mi mas dulce y consalador pensamiento. ¡Ah! ¡qué desgraciado es el hombre quando se ve reducido á la triste precision de aturdirse, por decirlo así, y desentenderse de la inevitable necesidad de morir! ¡Y quán glorioso es para la Religion que solo en su seno sea la muerte una felicidad!

La impiedad que ha impugnado y obscurecido todas las verdades que perturban al vicio, debe bien sentir no poder negar la muerte. Si ella hubiera podido desterrar del mundo esta creencia, nada hubiera altado á sus esfuerzos y astucias para animar todas nuestras pasiones y extinguir todos nuestros remordimientos. Sin duda no habria dexado de colocar esta verdad, como otras muchas, en la clase de las ideas supersticiosas; si el género humano no debiese morir indefectiblemente, y no se viera á los hombres descender todos los dias al sepulcro. Mas la incredulidad nada puede en un asunto en que la experiencia apoya la revelacion; y así nos abandona en el caso en que nuestra corrupcion tiene mas necesidad de que se desvanezca ó dulcifique su oprobio y su espanto. La irreligion abulta por sí sola los horrores que cubren los sepulcros de los hombres y dobla, por decirlo así, nuestra muerte, en el hecho de quitarnos nuestras esperanzas, sin quitarnos los

temores: solo el Christiano no ve su destruccion en parte alguna; él solo halla la certidumbre y la prueba de su estabilidad, hasta en el fondo de los abismos y de las tinieblas subterraneas que se tragan todas las generaciones del universo.„

„Miéntras así hablaba, llegamos cerca de un valle espacioso y dilatado, en el qual se respira baxo un cielo mas claro y mas abierto, aun sin salir del vasto recinto de la selva. Allí, entre dos colinas cortadas en forma de anfiteatro, y erizadas de espinos olorosos, se descubren las ruinas de un antiguo Monasterio, célebre en su tiempo por la sublime virtud de los varones divinos que habitaban este desierto. De en medio de sus ruinas esparcidas y cubiertas de un musgo blanquecino y desecado por el tiempo, se eleva en forma de bóveda una especie de Basilica toda construida de huesos humanos, recogidos sin duda del fondo de los antiguos sepulcros, para inspirar á los pasageros ideas graves y saludables,

y exponer á su veneracion los sagrados restos de los escogidos de Dios, que viniéron á plantar la Cruz de Jesu-Christo en este solitario valle. Leiase sobre un Altar, colocado en el interior de la gruta, y compuesto tambien de huesos colocados unos sobre otros, esta inscripcion sacada de los libros Sagrados: *Exultabunt Domino ossa humiliata. Los huesos humillados y confundidos en el polvo se reanimaran y saltaran de alegría delante del Señor.* Al rededor de la bóveda seleian estas palabras, sacadas de uno de los Cánticos que la Iglesia ha consagrado á la gloria de sus Mártires: *Sunt hæc plena Deo pignora. Todo está aquí lleno de Dios.* Mi Padre, mostrandome estos religiosos y venerables monumentos que jamas habia visto, me habló de esta suerte.,,

„Hijo mio, aquí es donde yo vengo á estudiar la sabiduría, y donde aprendo á morir. Siempre que me has visto salir solo, he venido á este lugar para preguntar á estos sepulcros,

á estas ruinas y á estos áridos despojos que la mano de los hombres ha querido convertir en un Templo, como para disponerlos á recibir el soplo divino que los debe resucitar, y hacerlos servir en la construccion del Templo de la eternidad. Mira como millares de arboles silvestres crecen entre esos montones de cabezas inmobles, y como sus flexîbles ramas se enlazan é introducen por entre las cavidades de esos huesos calcinados con el transcurso de los siglos. ¿Al ver esto quién no creerá que la naturaleza impaciente quiere anticiparse al milagro de la Resurreccion, y que se esfuerza en esparcir todo quanto tiene de calor y de vida en quanto encuentra frio y muerto sobre la tierra? ¡Hijo mio! no, mi alma no puede resistir al hechizo de las ideas que inspira este augusto y silencioso espectáculo. Paréceme que esta inmobilidad y profundo silencio que anuncian el imperio de la muerte, son el magestuoso presagio y la señal augusta del prodigio que va á repro-

ducir y reanimar todos estos humanos despojos. Quanto mas contemplo estos montones de huesos y de trozos de hombres, envueltos y confundidos con la tierra, tanto mas me aumento en mi idea la multitud de los que los reptiles y los gusanos corroen en el fondo de los sepulcros. ¡Oh! quán grande es Dios, hijo mio, quando desde lo alto de su trono incorruptible se le ve aguardar á que la corrupcion haya apurado todos sus esfuerzos por aniquilarnos, y prepararse para comunicar su vida y su eternidad á las generaciones convertidas en polvo! »

¡Ah! este paseo, tan delicioso para el corazon de mi padre, y tan doloroso para el mio, solo precedió nueve dias á su muerte. Otras dos veces volvimos á este fúnebre lugar. Los ademanes y las miradas de mi padre, desde que llegaba delante de estas antiguas catacumbas, tenian no sé qué de grande y divino que se comunicaba á mi alma, y transformaba en una especie de culto religioso

todo el sentimiento de mi dolor y de mi ternura.„

„La última vez que visitámos esta soledad estuvo postrado por espacio de dos horas delante de la gruta, con la inmovilidad de un grave y profundo recogimiento. Su rostro estaba inflamado, y sus ojos llenos de lágrimas. Hijo mio, me dixo al levantarse, mi alma acaba de experimentar una alegría y una dulzura que no puede compararse con nada de quanto se llama placer y contento en la tierra, al meditar estas palabras del libro de Job: "Yo „sé que vive mi Redentor, y que „en el último dia saldré del fondo „de la tierra; que me hallaré revestido de mis propios miembros; y „que veré á mi Dios con estos mismos ojos con que ahora miro lo que „está delante de mí. He aquí la dulce esperanza que abrigo en mi pecho.„ ¡Oh Dios mio! ¿cómo ha podido suceder que una Religion tan rica en los muchos é inestimables dones que nos ofrece, haya podido ha-

llar un solo enemigo de su verdad y de sus promesas?„

„Solo cinco dias vivió mi padre despues de este último paseo. Como conocia que el desfallecimiento de sus fuerzas no le dexaba ya sino con un corto intervalo de vida quiso consagrar todos los instantes á concluir la obra de sus espiaciones, y recogerse á la meditacion de la eternidad. Hijos mios, nos decia quando nos presentabamos á él, Dios conduce una muerte bien dulce á un hombre que merecia todos los castigos de su eterna justicia. ¡Ah! no lloreis por mí, pues mi corazon está sumergido en alegría; llorad si por la desgracia de los que mueren sin haber conocido la belleza y excelencia de la Religion. Pesad bien estas sublimes palabras de nuestro amado y comun Maestro: *El que vive y cree en mí no morirá jamas*: ¡O tierno y adorable libertador de todos los hombres! yo siento en en el fondo de mi corazon estas hechiceras palabras, y que á medida que me aproxîmo al últjmo ins-

tante de mis suspiros, toda mi exîstencia no hace mas que inclinar ácia los brazos abiertos de mi Padre inmortal, yendo á descansar en la perpetuidad de su luz. Todas mis potencias responden transportadas á este divino lenguage de los antiguos oráculosdel Señor: He aquí que tu Dios va á hacerte entrar en un profundo reposo; va á penetrar tu alma de todos sus resplandores, y un dia librará tus huesos de sus obscuras prisiones, para hacerlos brillar con el explendor de su gloria. ¡Qué palabras hijos mios! ¡Como no muere el hombre de admiracion y alegría al meditarlas! Ellas forman el cántico que la Religion entonará dentro de pocos dias sobre mi frio pero inmortal cadaver, quando le deposite en medio del Templo. Acordaos entónces, hijos mios, de las puras delicias que vuestro Padre gustaba al repasarlas en su espíritu; y sea siempre vuestra fe mas grande que vuestra pena. Temed á Dios, hijos mios, estudiad bien su Religion; amad á los

hombres; compadeced á los malvados; sed buenos é indulgentes para con todos; acariciad á los pobres, y no olvideis jamas que vuestro Padre no fué feliz, sino por medio de la virtud. »

» Recibió los últimos consuelos de la Iglesia, transportado en una especie de enagenaciones y deliquios que me es imposible describir. Apoderóse de él inmediatamente un profundo sopor. Despues de haber permanecido inmobil por espacio de una hora en esta especie de letargo vi que abria los ojos. Acerquéme á él con una bebida que estaba dispuesta para el momento en que volviese en sí. Hijo mio, me dixo, ya de nada tengo necesidad sino de Dios:::: Espiró arrimando su boca á un Crucifixo que habia tenido siempre entre sus manos.

CAPITULO XI.

Uso de las relaciones é instrucciones contenidas en los anteriores.

Volvamos ahora á tí, mi amado Aristo (*), pues por tu utilidad é instruccion he recogido y reunido en un cuerpo de doctrina las diversas circunstancias de la vida de Filemon, y todo quanto él ha dexado de sólido y edificante en estas memorias religiosas, que han sido las delicias de sus últimos años, cuyo precioso depósito ha venido á parar en mis manos.

¡O Aristo! Dios te ha dado un corazon amante de la verdad; y con un espíritu tan justo, tan penetrante y tan noble como el tuyo, debes despreciar todas las miserables tergiversaciones con que se escuda la mala fe, para evitar la confesion de su convencimiento y de su derrota. Yo

(*) Cap. II.

apelo á tu conciencia, y te hago Juez del nombre que debe darse al carácter, á los sentimientos, y á los principios que componen el sistema de conducta que Filemon ha seguido en los últimos años de su vida. A la verdad si esto no es ser Filósofo con toda la fuerza y la extension de esta palabra, es preciso decir que la mas alta sabiduría, y la mas sólida felicidad nada tiene de comun con la Filosofia; y que el mas justo y el mas feliz de todos los hombres es al mismo tiempo el mas inepto para buscar y conocer la verdad.

Yo, Aristo, conozco bastante el mundo en que vives, y el tiránico ascendiente de las costumbres en que te hallas metido, para prometerme que la lectura de las graves y austeras verdades que he presentado á tu vista, te muevan á adoptar el serio carácter de las costumbres evangélicas. Es cierto que Filemon estaba tan distante de entrar en el camino de la Religion, como tú lo estas al presente; y que un momento ántes de la revolucion

que mudó repentinamente su alma, no respiraba sino la locura de las pasiones mas desenfrenadas: mas estos son unos golpes extraordinarios del Cielo, con los quales no se puede contar, y que proceden de aquel poder impenetrable que se complace en sorprehendernos y asombrarnos alguna vez con milagros. En general todos los hombres de tu índole y de tu edad son demasiado superficiales é interesados en aturdirse, para dexarse penetrar de la luz y de la impresion de la verdad. Jamás resulta á la vista de estas imagenes vivas y magestuosas que la Religion expone á su vista, sino un confuso movimiento y un vago propósito de volver á ver un dia todas estas cosas. El corazon y la conciencia dicen para sí lo que Agripa decía á San Pablo: *poco falta para que yo sea Christiano*, y pasan, como aquel, la vida en desvanecerse con la ilusion de sus pasiones, y en luchar contra su razon y contra la evidencia de sus obligaciones.

¿Mas lo que yo he esperado, Aris-

to, aguardando que Dios toque tu corazon, es que no añadirás mas á la desgracia de haber abandonado la virtud el crímen de hollar la verdad; y que aun habiendo cerrado tu corazon al amor de la Sabiduría, serás bastante justo para confesarte á tí mismo que has hecho una cruel pérdida, y para tributar, por lo ménos, el homenage de tu respeto y admiracion á una Religion, que si vuelves á hallar algun dia, serás muy feliz consolándote en su seno del pesar de haberla profanado y deslucido con el desarreglo de tus costumbres. ¿No basta que tu corazon esté corrompido? ¿Para qué empeñarte aun en hacer á tu espíritu cómplice del desórden de tu voluntad, y atreverte á sellar tu depravacion con todo el horror de una incredulidad con que jamás ha sido tentada un alma pura? ¿Es propia de un buen espíritu formar de sus perversas inclinaciones y de sus vicios los mas infames un sistema de razon y de filosofia? ¡Qué! ¿porque no sepas ser moderado, casto, ni urbano,

ni sufrir la sujecion de algunas obligaciones, ha de ser preciso maldecir de todo lo que hay en el cielo y sobre la tierra, atacar al Evangelio, blasfemar de Jesu-Christo, profesar el desprecio de la Fé, y añadir á tu deplorable corrupcion el terrible lenguage de la impiedad?

¿Aristo no es bastante perder de una vez, sacrificar con la tranquilidad y las dulzuras de la inocencia, hasta la esperanza de arrepentirte un dia, y de morir adorando la virtud? ¡Qué ferocidad obligarse á la faz del público á desechar la Religion hasta en el lecho de la muerte, y querer que el mundo tome tu último suspiro por la última expresion de tu renuncia á Jesu-Christo y á sus promesas! ¡Qué! ¿no sabrás ser desgraciado y débil, sin desertar de la Fé de tus padres, y sin buscar en las tinieblas de una filosofia horrible y desesperada el asilo de tus disoluciones? ¿Por qué no has de salvar del naufragio en que has perdido la sabiduría y el respeto á la Religion, la reputacion que es

debida á los hombres de bien, y la esperanza siempre preciosa de llegar á ser justo y feliz? ¿A qué no querer dexar que subsista nada sano en tu alma, porque la sientes dañada en una de sus potencias? Y ¿qué furor es este de quererla degradar en un todo, y destruir hasta las últimas semillas de las inclinaciones virtuosas?

¿Sabes, Aristo, quál es el carácter indecoroso que distingue al siglo en que vives de los que le han precedido? Pues es el de que en él solo es inseparable el vicio de la impiedad. Hubo un tiempo, y no muy distante del nuestro, en que el desarreglo de las costumbres sabia pasarse sin los recursos de la irreligion. Habia como ahora hombres voluptuosos desenfrenados, sin principios, incapaces de todo bien, mártires de la ambicion y del orgullo. Habia tambien genios superiores, profundos y célebres Filósofos, habiles Historiadores, grandes Poetas y Oradores dignos de los mas ilustres siglos de la Grecia y de Roma. Pero jamas la mez-

cla de luces y de corrupcion produ-cia impíos. Si algun escritor perverso osaba alguna vez desacreditar las ver-dades religiosas, la nacion entera se asombraba de un tal atentado, y ca-da qual experimentaba el horror que inspira el inopinado encuentro de un monstruo semejante. No se conocia mas distincion que la de los buenos y los malos Christianos; y el abuso de todas las cosas no llegaba al ex-tremo de poder formar la clase de los blasfemos. En todos los orde-nes del estado habia libertinos y hom-bres justos, grandes filósofos, y hom-bres sin cultura, bellos espíritus y malos escritores, ilustres Académicos y talentos comunes; pero todos mo-rian del mismo modo; es decir, con-fesando á Jesu-Christo, é implorando los auxilios con que la Religion nos consuela en los últimos momentos de la vida. No se veia entónces cerrarse puerta alguna delante del Pastor que se presentaba para bendecir el último suspiro del moribundo. Entónces to-das las clases de hombres grandes, los

grandes Príncipes, los grandes Generales, los grandes Magistrados, los grandes Autores, todos vivian segun el método que su virtud ó su flaqueza les habia hecho adoptar; mas todos acababan el resto de sus dias adorando la Religion, y refugiándose á los méritos del Redentor; y nadie decia que un hombre, muriendo así, desmentia su cáracter de *grande hombre*. No se veía entónces á los malvados blasfemar sobre los cadahalsos, desechar las exhortaciones, las súplicas y las lágrimas de los Sacerdotes que hacian los mayores esfuerzos para moverlos y salvarlos; y ni aun se sospechaba que hubiese de llegar un dia en que se diese el título de *Filósofo* á los que supiesen morir públicamente sin fé y sin esperanzas. ¿De qué proviene esta asombrosa diferencia entre dos siglos tan inmediatos? Un solo hombre (*) ha producido esta espantosa mutacion. Un hombre dotado de todos los talentos, pero consu-

(*) *Mr. Voltaire.*

mido de la pasion por la gloria, ha abrazado la empresa de familiarizar á sus conciudadanos con la sediciosa idea de confundir el Evangelio con la despreciable mesa de las preocupaciones y supersticiones populares, á fin de ser él solo la causa de la mas memorable y destructiva revolucion que ha podido suceder en el universo; esto es, de la extincion de todo Sacerdocio y de toda monarquía. Este absurdo y feroz deseo es el que hizo degenerar en él la fecundidad de una imaginacion amena, y la fuerza prodigiosa de su espíritu, que le habrian hecho el mas útil, el mas admirable y querido de todos los hombres, en un poder universal y desastroso para fascinar y corromper á todas las Naciones. He aquí el principio de todas las discordias, de todos los escándalos, y de todos los fenómenos filosóficos é impíos que inmortalizan la depravacion y el delirio del siglo diez y ocho.

Vuelvo á decírtelo, Aristo; respeta la Religion miéntras que la edad, la reflexion, el disgusto del mundo y

la vergüenza de tí mismo te vienen á ilustrar sobre la necesidad de envejecer en la práctica de la virtud que nos prescribe; y resérvate el poder de volver á entrar libremente en su seno, y abrazar un dia sus obligaciones, sin que la incredulidad pueda acusarte de débil, ó echarte en cara tu desercion. Aléjate siempre de los pavellones de la impiedad. El empeño que allí se toma, es demasiado violento y brutal; y es una empresa superior á las fuerzas de un alma sincera y honesta el permanecer en él hasta el fin. Conforme vayas abanzando en edad, sentirás debilitarse tus pasiones, y que tu corazon se desprende de las pueriles ilusiones que le ofuscan. Entónces conocerás la necesidad de ceñirte á unas costumbres mas racionales y sérias. Un cierto gusto de órden, de verdad y de decencia nacerá en tu corazon, y te llevará por mas esfuerzos que hagas en contrario, á la sólida sabiduría del Evangelio. Si en el momento en que ya no seas dueño de tus remordimientos,

y en que la belleza de la Fé se manifieste á tu vista con todo su explendor, te cuenta la opinion pública entre los espíritus filósofos, y el partido irreligioso espera verte morir insultando al cielo y á los hombres; ¿cómo podrás resistir á la vergüenza de haber de romper con el de un solo golpe y soportar sus irrisiones y desprecios? Porque toda la historia de los impíos se reduce á que, habiendo abandonado la Religion por libertinage, perseveran en la impiedad por orgullo. Tal, que ha muerto, pocos años hace, en su iniquidad y en sus blasfemias, en medio de la capital, y rodeado de todas las conquistas de su ingenio corruptor, habria acaso muerto entre lágrimas y penitencia, si su última hora le hubiese hallado en el fondo de su casa de campo. ¡O Aristo! la incredulidad tiene un orígen demasiado vil para que merezca el honor de que le sacrifiquemos irrevocablemente nuestro reposo. Despojado de la virtud, no te queda mas recurso que el de tranquilizar tu con-

ciencia y consolar tu razon: es decir, adorar al Christianismo, atropellando por entre todas las tinieblas de tus deplorables hábitos; conocer siempre que el extragamiento de tu corazon y de tus sentidos no pueden alterar la necesidad de reconocer la verdad y la solidez del Evangelio; suspirar alguna vez desde el profundo abismo de tu miseria por el feliz destino de los Christianos fieles; y dexar á tu alma, nacida para reconocer y amar la excelencia de la doctrina de la Fe, la libertad de quejarte á tí mismo de la crueldad con que ocasionas su pérdida y su desgracia; no abandonar las obligaciones públicas de la Religion; frecuentar nuestros Templos, abstenerte de todo discurso impío, y guardar en todo aquella circunspeccion y decencia que nos aseguran, hasta en nuestras mas extremadas flaquezas, de los derechos á la estimacion y amistad de los mas austeros hombres de bien.

En todos tiempos; ó Aristo, ha ido la Religion en busca de los mo-

ribundos que no han tenido que ofrecerle en tan terrible instante mas que una vida toda pasada en el olvido de sus leyes, y un solo ay de arrepentimiento. Mas la incredulidad de un alma nacida en su seno, y en quien ella ha impreso el sello de sus promesas, es una cosa tan extraña é inverosimil, que aun parece que ha temido hasta preveer este horror, y que sus augustos ritos no contienen fórmula para la reconciliacion de los que hayan abjurado de Jesu Christo. Así ora sobre cada moribundo: "Jesus, »Señor Nuestro, reconoced esta vues»tra criatura á quien habeis engen»drado por el agua y el Espíritu San»to, á quien habeis marcado con el »sello de vuestra Cruz, y alimenta»do con la palabra de vuestra ver»dad en el seno de vuestra Iglesia. »Perdonadle los desarreglos y las ig»norancias de su juventud; olvidad »sus antiguas iniquidades en que le han »precipitado el furor de sus malos de»seos: *porque aunque ha pecado no »ha renegado de vos*; *sino que ha*

»creido y esperado en vos, que sois su »Dios y su Salvador." ¡Qué remordimientos para el impío que muere oyendo semejante lenguage! ¡y quán espantoso le será ver que no puede hacer servir para consuelo suyo un alivio y un motivo de esperanza que resta hasta á los mas perversos y abandonados!

CAPITULO XII.

Conclusion.

Mas ántes bien, Aristo, no aguardes á la vejez ni á la muerte para recobrarte en la profesion de la bienaventurada esperanza; porque aquel que persevera en su desarreglo, prometiendo reconocerse algun dia, aprecia demasiado los falsos placeres del vicio para que su conciencia se halle sinceramente consolada con esta perspectiva tan dudosa y confusa; y es cosa bien triste no tener otro recurso que ofrecerle para sosegar sus temores y remordimientos. Solo tienes la

certidumbre de morir; mas no la de envejecer. Todos los dias ves caer repentinamente á tu lado hombres que vivian fiados lo mismo que tú, que contaban con una larga edad, y que no habrian omitido el llamar en su auxilio á los Ministros de la Religion, si hubieran pasado por las lentas gradaciones de la vejez y las enfermedades. Fácil me seria aterrarte aquí con la descripcion de un gran número de sucesos espantosos; mas tú no eres obstinado ni perverso. Aun subsiste toda la fe entera en tu alma, á pesar del ayre de incredulidad que te has empeñado en darte; pues éste no es mas que como un papel de comedia que te has propuesto representar para alternar con las compañías que freqüentas; y lo único que te falta para volver á entrar en el Christianismo es valor y resolucion. Asimismo se conoce que el lenguage de la irreligion no te es natural, pues se divisa en él siempre no se qué de tan contrahecho y forzado que qualquiera al advertirlo creerá, que solo

pretendes complacer á aquellos con quienes te precisa vivir, y que no sintiéndote apto para ser tan osado como ellos, te esfuerzas á aparentarlo por tener paz.

Así que solo la debilidad de tu corazon es el serio obstáculo que se opone á la mudanza de tus costumbres. Crees que es un terrible empeño volver á entrar en el espíritu de la Religion. La idea de convertirte contrista todas las preocupaciones y te presenta una imágen lúgubre y austera á la qual no aciertas á acostumbrarte. Todo te parece tan frio, tan grave y tan monotono en las costumbres de los que viven religiosamente, que no puedes concebir que sea fácil sujetarse á esta severidad de principios, ni á todos los sacrificios que el Evangelio impone. No es mi designio, Aristo, combatir aquí un error tan injurioso á la dulzura de la Fé y á la excelencia de los dones que ella atrae al hombre justo. Todo quanto he escrito hasta aquí, no tiene otro objeto que desengañarte de esta funesta preocu-

pacion, pero añadiré á tantas demostraciones de la injusticia de tus pretestos y de tus continuos efugios, una consideracion que te es bastante personal y que merece bien que la peses con la madurez de una razon franca y sincera.

No puedes ocultarte á tí mismo que tú género de vida te ha conducido á la total ruina de tu salud y de tus fuerzas, y que decaes todos los dias insensiblemente. En la estacion de la vida en que toda cosntitucion se aumenta y fortifica, llevas sobre tus marchitas y cardenas mexillas todas las señales de la vejez mas desfallecida, y eres ya mas semejante á los muertos que si hubiera pasado por tí todo un siglo. ¡Ay! las pasiones que el hombre no sabe moderar son las que le precipitan al sepulcro.

Pero bien presto te será mas incomodo tu estado. Entónces empezarás á tener sustos y á sentir la necesidad de apelar á los recursos del arte. ¿A qué método de vida crees que te someterá aquel á quien confies el

cuidado de tu restablecimiento? Al del Evangelio, Aristo: sí, tu médico va á ser para tí un director tan severo como Jesu-Christo; va á prescribirte los mismos sacrificios, y hacerte adoptar todas las privaciones que hallas tan impracticables, quando es la Religion la que las manda. Te dirá que no hay arbitrio ni esperanza para tí, si difieres un momento el renunciar á los hábitos que han causado la ruina de tu temperamento, y si no te sientes con valor para entregarte á la mas rigorosa continencia, y observar la mas exâcta sobriedad en el uso de todas las cosas. Aun pasará adelante; exîgirá de ti hasta el sacrificio de los pensamientos. Te advertirá que todo el éxîto de las medicinas que te se prescriban para tu curacion está esencialmente unido al cuidado que tomes de mantener tu alma libre tranquila y exênta de todo afecto vivo y turbulento, de toda idea, de todo deseo, de todo recuerdo y de toda imagen capaz de agitar é irritar tus sentidos. De este modo vendrás á hallar-

te encadenado á la Cruz, víctima de la abnegacion, mártir de la penitencia, y tan crucificado al mundo y á todas sus pasiones, como los antiguos y mas santos discípulos del Christianismo; y esto por orden de un solo hombre y por sola la fuerza de la autoridad que le dará sobre tí tu temor de morir. ¡Es posible, Dios mio, que solo quando vos no hablais todo nos parezca costoso y terrible! De otra suerte nada nos es penoso: el amor de la salud y de la vida nos hace sacrificarlo todo; nada hallamos que arredre nuestro valor; y el mundo está lleno de criaturas que llevan con la mas admirable constancia todo el peso de los preceptos de la Fe, sin sospechar que ya han hecho lo mas dificil de la obra de tu salud, y que no cuesta mas recobrar las ventajas de la salud y de una vida tranquila, que todas las esperanzas y todos los tesoros de la Religion.

¡O Aristo! el que conoce el Evangelio y las necesidades del hombre es deudor de este testimonio á la utilidad

universal de la doctrina de Jesu-Christo: porque ella es igualmente la perfeccion del arte que cura y repara nuestros cuerpos, que de las ciencias que engrandecen nuestro espíritu, y de las virtudes que nos forman un buen corazon. No hay enfermedad alguna que no tenga su principio en los excesos proscriptos por el Christianismo; y en la suposicion de que todos los hombres se reduzcan á su espíritu, se podria demostrar, que todos los males y todos los accidentes que en el dia nos conducen tan repentinamente al sepulcro, los mas mortales y terribles quedan exterminados de la tierra; que la verdadera medicina está al fin conocida; que los hombres vivirán sanos y felices; que la muerte no será ya sino la extrema madurez de una dulce y amable vejez, y que no nos destruirá sino imitando el curso regular y lento de la naturaleza y del tiempo.

Todos los que se han convertido á Jesu-Christo pueden afirmar, ó Aristo, que poseen el verdadero ré-

gimen del qual pende el goce de una salud constante; y que su regeneracion para la vida futura les ha hecho renacer á sí mismo para la presente. Si sobreviven pocos años á su conversion, es porque el estrago de la intemperancia y de las pasiones fuertes ha agotado en ellos todos los manantiales de la naturaleza, y porque la muerte habita, tiempo hace, en medio de sus órganos transformados. Pero generalmente hay muchos mas ancianos en la clase de los que viven religiosamente, que en la de los que viven entregados á la agitacion y el tumulto de la vida del mundo. En esos profundos retiros en que tantos discípulos de la Cruz y de la penitencia se santifican en el trabajo, el ayuno y en el silencio, nada hay mas raro que ver á la muerte cortar otras cabezas que aquellas que el tiempo ha arruinado hasta encanecerlas, y cuya desnudez venerable se inclina á la tumba desde largo tiempo. Las enfermedades agudas y violentas son tan extraordinarias como las muertes re-

pentinas ó prematuras. Todos van á la eternidad, siguiendo poco á poco las mismas graduaciones de diminucion y descaecimiento. El mal de que mueren no tiene carácter señalado: acaban mas bien que ceden á la violencia de algun mal, y esto porque son hombres: exhalan su último suspiro hablando con sus hermanos, y pidiéndoles perdon. No ves morir así, Aristo, á los que han vivido en el torbellino y las inquietudes de las pasiones. Entre estos lo que de otra suerte no seria mas que una ligera indisposicion sin resultas, viene á ser todos los dias un sintoma serio que asusta. No es necesario mas que un ligero acceso de fiebre para causar la postracion de un cuerpo, en el qual todo es un continuo trastorno y fermentacion; de suerte, que asombra ver la rapidez con que la enfermedad arrebata su víctima. Ayer no sospechaba este hombre que pudiese enfermar, y ya consume hoy sus entrañas un fuego devorador: no es sangre, sino llamas las que circulan por sus ve-

nas: inmediatamente desparece la razon, se pierde el conocimiento y su delirante imaginacion dexa sin esperanzas á los que rodean el lecho de que este desgraciado sepa que se muere.

Jesu-Christo, pues, no te obliga, para libertarte de la eterna perdicion, sino á un rigor que tú mismo te verás obligado á emplear incesantemente contra el peligro de morir. ¡Qué vergüenza reprocharle el que nos prohiba lo que hay mas desarreglado y criminal en las pasiones, quando el solo temor de morir nos da valor para cercenar hasta nuestros placeres los mas moderados é inocentes! ¡Y qué ceguedad la de no ver que el Evangelio es al mismo tiempo la regla eterna de nuestros deberes, y el único recurso de nuestras necesidades! »La piedad para todo es útil, dice San Pablo; porque ella nos asegura la verdadera felicidad para la vida presente, al mismo paso que nos promete la soberana bienaventuranza para la futura.» Mas por desgracia los que no tienen experiencia de la vida evan-

gélica no entienden el sentido de este lenguage, y solo aquellos á quienes es inútil el repetírselo son capaces de conocer toda su verdad.

Dices que no hay cosa mas afrentosa ni mas funesta para la tranquilidad de los hombres que la idea de un infierno eterno; y que esta sola imágen, si volvieses al Christianismo, haria la vida insoportable. Pero no te engañes, Aristo; no estás libre de esta terrible perspectiva por haber adoptado las costumbres y las fórmulas impias de los que han abjurado la Fe; esta creencia reside dentro de tí mismo con todos sus errores: mas no es un horror real, sino para aquel que siente en sí mismo un vivo interes por destruirle. Sí, tu convencimiento, ó por lo menos, una duda todavia mas turbulenta, se manifiesta en el esfuerzo que haces para alejar de tí este recuerdo. Es preciso que te sea bien molesta, por haber concebido y por alimentar en tu interior un deseo tan violento de borrarla de tu alma. Estás tan poco distante de esta antigua creen-

cia, que te sientes atemorizado en el fondo de tu interior, así que te refieren la muerte imprevista de algun libertino impertinente. Por el ansioso interes con que preguntas acerca de las circunstancias de estos sucesos, del estado, edad y constitucion de los que han padecido semejante fatalidad, se conoce que deseas poder adquirir motivos para esperar que no te sucederá igual fracaso, alejar el miedo que te atormenta de ser sorprendido del mismo modo, sin tener un instante que dedicar á la revision y exámen de tu filosofia y de tus principios. Conoce mejor, ó Aristo, el carácter de tus íntimas disposiciones, y no tomes por incredulidad lo que no es mas que la rebelion y los clamores de tu ódio contra todo quanto amenaza á tus pasiones. No hay persona en el Christianismo que sea mas importunada que tú, ni en quien haga mas impresion la idea del infierno; porque este terrible dogma no es, por decirlo asi, para el hombre justo y religioso mas que una verdad extraña y de mera espe-

culacion. Solo para los impíos y los disolutos es una verdad terrible ; porque solamente se entiende con ellos, y solo por ellos forma una parte de la economia de la Religion. El sistema práctico de la Fé se ahuyenta la pena eterna. Conforme á lo qual, dado que no se pueda soportar que haya infierno, no hay mas que asociarse al partido de aquellos para quienes no exîste ya. Bien quisieras poder engañar tu temor por medio de impotentes blasfemias ; mas siempre te quedará bastante luz para llegar á creer que un corazon corrompido es digno de castigo ; y tu alma sentirá siempre con demasiada viveza su inmortalidad, para persuadirse de que despues de la tumba no tiene ya poder sobre ella la divina justicia.

No, Aristo, el suplicio preparado á los malos, no derrama amargura sobre la vida de los hombres de bien. Solo los que siguen á sus sentidos se ven precisados á sufrir todos los terrores de la eternidad. El verdadero christiano no conoce por

venir desgraciado: el infierno queda anonado para él; y mientras los impios que niegan su verdad se resienten, á pesar suyo, de sus formidables rigores, él, mas inteligente y mas sabio, goza solo de la seguridad, á la qual querrian llegar aquellos, y posee realmente lo que ellos buscan en valde, es decir, la ventaja de no temer las amenazas que fulmina el Evangelio. El Christiano goza de todo quanto la incredulidad podria tener de cómodo, si pudiera ser sincera, sin perder nada por la parte que la Religion nos abre todos los tesoros de la felicidad de Dios. El cuidado de alejar de sí toda desconfianza y temor es uno de sus deberes, y pertenece al espíritu de la vocacion. Nada pues, ó Aristo, podrá desvanecerte los temores que la fé te ocasiona, sino la fé misma. Tu llegarás á comprehender, si te conoces mejor, que todas las resistencias que opones á la desconsoladora idea de padecer siempre, no son mas que la señal palpable de la necesidad que tienes de ser Christia-

no; y que jamas deberás la dicha de sentirte sólidamente acostumbrado á no temer las penas del infierno, sino á la sinceridad y á la permanencia de tu conversion al Evangelio.

Si pudieses leer el corazon y penetrar los sentimientos de los que viven en la practica de estos preceptos, sabrias que los castigos reservados al hombre vicioso no vienen jamas á turbar la dulce alegria que reyna en el fondo de su alma. Solo les ocupa la idea de la gloria preparada á los que hayan creydo y esperado en Jesu Christo: no ven otro estado en lo por venir que el de los hijos de Dios. Su alma está tan llena y embriagada de la magnificencia de las promesas de la Religion, que no da lugar á sentimiento alguno de terror, y se cree ya en posesion de la soberana felicidad. Tú has visto que Filemon no era verdaderamente atormentado con la idea del infierno, sino en el tiempo que afectaba, como tú, impugnar su realidad y despreciar su temor. Desde

que volvió á entrar en la alianza de Jesu-Christo no se le vió turbado una sola vez con esta idea. Todos sus temores se desvanecieron, juntamente con los vicios que los ocasionaron. Ha vivido y ha muerto en el seno de su Dios y de la virtud, casi sin acordarse siquiera de que hay un estado de desventura en la eternidad.

A la verdad, Aristo, que si esta severa dispensacion de la divina justicia no formase parte de las verdades inmudables y necesarias en el plan de la Religion, nadie habria tenido menos impulsos de inventarla y propagarla entre los hombres que Jesu-Christo. Bien se conoce por toda la série de su vida, de sus acciones y de sus discursos, que sus primeros deseos y afanes eran consolarnos, movernos y revelarnos cosas conformes á nuestras miras de grandeza y de felicidad, para que él quisiese mezclar ideas melancólicas y falsos terrores con una doctrina tan amable y con unas prome-

sas tan magníficas. A sí mismo se conoce por el modo rápido con que expone esta terrible doctrina, que solo la precision de decirnos la verdad es la que pudo determinarle á contristar alguna vez nuestra flaqueza con pinturas aflictivas. "Los que hubieren, dice, vivido bien, se adelantarán para resucitar á la vida; los demas irán al suplicio eterno; *allí habrá gemidos y crugidos de dientes.*" A estas breves palabras se reduce lo que Jesu-Christo ha dicho en diferentes circunstancias acerca del destino de los malvados despues de esta vida. Jamas ha podido detenerse algun corto rato en esta triste imágen, sin manifestar la conmocion de su alma, la mas tierna y la mas sensible; y al verle derramar torrentes de lágrimas quando pronostica las desgracias de una nacion endurecida y rebelde, no es posible dexar de conocer en tales señas de un corazon oprimido con la idea de nuestros males, la incorruptibilidad de un sabio á quien mueve uni-

camente la necesidad que tenemos de salir de nuestros errores y de nuestra corrupcion. Asi que todo hombre veraz y sincero debe hallarse pronto á adoptar los mas inconcebibles dogmas, por sola la razon de ser Jesu Christo quien nos los afirma y sale fiador de la verdad; pues en lo contrario hay un misterio mas inconcebible aun que todos quantos ha venido á anunciarnos, qual seria el que él hubiese podido querernos engañar. A todo el que haya profundizado el carácter de su espíritu y de su corazon le es imposible dudar que haya sido el mejor de todos los hombres, y el mas grande bienhechor que ha suscitado jamas en el Cielo en beneficio del género humano. Este punto lo encierra todo, Aristo; no se puede estimar á Jesu Christo sin adorarle; y si ha sido virtuoso y bueno, es Dios.

Ha pasado haciendo bien por todas partes, y curando á todo el mundo. ¡O Aristo! tú que te glorias de no poder oir, sin enterne-

certe, la relacion de un rasgo de sensibilidad y de misericordia; tú que tanto desprecias esos corazones frios, de cuya indiferencia nada se puede sacar; tú que conservas con un cuidado religioso los retratos de los Príncipes que han amado á los hombres, y que les tributas una especie de culto religioso, ¿podras mostrarnos entre todos esos quadros que recuerdan la memoria de los grandes corazones que se han sacrificado por la salud de la humanidad un solo hombre á quien este testimonio, á saber, *ha pasado haciendo bien*, haya podido tributarse con tanta verdad y con tanta extension como á Jesu Christo? Yo no te expondré todos quantos monumentos indelebles de su zelo y de sus esfuerzos por hacernos felices nos ofrece la faz del Universo: mas si quieres exâminar bien su carácter, verás que él solo es aquel hombre cuyas acciones y conducta corresponden á la totalidad de la idea que tenemos de un buen co-

razon, y de un verdadero amigo de los hombres; pues él solo es en quien se halla esta tierna é interesante disposicion, sin mezcla alguna de defectos que la alteren ó la obscurezcan, y sin desmentirse en ninguna situacion.

Solo teme una cosa: y es que los hombres no estén bastante convencidos de que su felicidad es el único objeto de su trabajoso ministerio, y de su mas vivo deseo. Pone tal cuidado en que ninguno dude de la paternidad y de la ternura de sus sentimientos, que quando una muger, transportada de la admiracion que inspiraban á todos los expectadores una santidad y una bondad tan extraordinarias, exclamó en medio de una gran turba; *bienaventurado el seno que os llevó*, procura desvanecer esta idea, por temor de que no excitase zelos en los demas, y dice en alta voz; que su propia familia y su verdadera parentela se compone de todos los que escuchan su palabra y practican sus

santos preceptos. Extienda sus manos sobre todos los que le siguen, sobre los mas pobres, los mas rústicos, y los mas obscuros de la Judea, y se le ve sin cesar fixar la vista sobre ellos con complacencia. He aquí, dice, mis próximos, mis hermanos, mis amigos, y todo quanto me es preciso y amable en la tierra. Reprehende á sus Apóstoles porque quieren apartar á los niños que se mezclaban con la turba y se esforzaban por llegar á él. Dexad, dice, que se acerquen á mí esos niños; les convida él mismo á que se aproxîmen, los bendice, los abraza y los estrecha contra su corazon.

Sus mismos milagros son tambien efusiones de sensibilidad y de amor; y se manifiesta siempre mas ocupado del placer de hacernos bien, que del cuidado de hacernos adorar su poder. No; de todos quantos prodigios ha obrado, para convencer al mundo de que es Dios quien le envia, no hay uno solo

que no haya dilatado un corazon afligido, enjugado lágrimas, socorrido necesidades, consolado á algunos desgraciados, ó restituido la vida y la alegría al seno de la naturaleza angustiada.

¿Has reflexionado alguna vez, ó Aristo, con alguna atencion sobre lo que pasó entre Jesu-Christo y sus Apóstoles en los últimos momentos en que los preparó para la mas dolorosa y la mas cruel separacion que ha experimentado jamas la sensibilidad humana? ¡Qué escena!... Jamas lo patético de la naturaleza y del sentimiento se ha manifestado con tanta vehemencia. Entónces fué quando todos los rasgos de bondad, de generosidad y de ternura, dispersos en el curso de la mas inocente vida que se ha visto en la tierra, se reuniéron y concentraron para formar un espectáculo capaz de vencer la dureza del corazon mas inflexible. No es necesario mas que referirlo simplemente, para enternecer y sacar lágrimas.

Jesus, dice San Juan, sabiendo que se acercaba la hora en que debia volver al seno de su padre, se retira por la última vez con sus Discípulos; y como él habia amado con el mas fuerte amor á los suyos á quienes iba á dexar en medio del mundo, quiso manifestarles hasta el fin quanto les amaba. Aristo, ¿será el heroe de semejante historia el mismo que nos habia dicho ántes que *él era el verbo de Dios*, que residia en Dios, y que él mismo era el Dios Eterno por quien todo ha sido hecho? ¿O acaso será capaz de engañar á los hombres un corazon semejante? Quién así los ama hasta el momento de ir á morir, ¿no les da la última y mas patente prueba de la verdad de todo quanto ha dicho?

Transportate con la imaginacion por un momento á aquella noche tan memorable en que Jesus celebra la Pasqua en Jerusalem, en medio de sus Apóstoles; á aquella noche á quien debia suceder un dia tan

terrible y cruel: al momento en que la ferocidad de un pueblo bárbaro preparaba á la mas inocente víctima el mas horroroso de los suplicios; quando un monstruo de perfidia y de ingratitud revolvia en su alma tenebrosa el atroz designio de entregar á su bienhechora y á su Maestro al furor de sus enemigos. Entónces es quando Jesu-Christo consagra los pocos instantes que le restan á dar la mas relevante prueba de su ternura. ¡Ah! ocupado de la felicidad de los hombres, pierde de vista los tormentos y los oprobios que le esperan; y la necesidad de amarnos tiene sobre su alma derechos mucho mas imperioso y eficaces que el espantoso aparato de su Cruz y de su muerte.

Toma el pan dice el Evangelista, y teniéndole en sus manos, eleva al Cielo los ojos, en los quales estaba pintado todo el ardor y toda la vivacidad de un amor impaciente por echar el sello á todos sus beneficios, y presentándoselo á

los Apóstoles les dice así: tomad todos y comed, pues lo que os doy es á mí mismo, es mi cuerpo, es mi alma, es mi eterna é incorruptible substancia. Solo esta invencion del poder del Altísimo corresponde á la grandeza de su designio en órden á vosotros; y completa todo el deseo de mi caridad. ¡O Aristo! si tu vana razon viene aun á mezclar con este espectáculo las dudas de su miserable Filosofía, acuérdate de que es Jesu-Christo quien habla aquí; que la sola idea de sospechar de lo que afirma en tal momento causa horror; acuerdate de que fué justo, y va á morir.

Entónces todo quanto la eloqüencia de un corazon, triunfante con haber sabido darlo todo á quien tanto ama, tiene de mas vehemente y enérgico, se ve resplandecer en todos los movimientos y discursos de Jesu Christo. Ya, exclama, pueden mis enemigos derramar sobre mí todo el torrente de su saña y de su furor; mi

corazon está pronto; mi amor no tiene ya mas dones que haceros; ved como todo es para vosotros; y el seno de la magnificencia divina nada encierra mas precioso que lo que al presente poseeis ¡Ah! mi impaciente ternura no veia llegar el momento tan notable y solemne para vosotros. He deseado, con un deseo el mas violento que jamas experimentó hombre, comer con vosotros esta Pasqua en todos los antiguos Sacrificios deben tener su plenitud, su verdad, y su consumacion. Esta palabra de Jesu-Christo, ó Aristo, tiene un sentido y una energía que no puede imitar nuestro lenguage. Este deseo de deseos expresa un sentimiento tan íntimo, tan perenne, tan dominante y tan vivo, que solo podrá formar idea de él el corazon que fué capaz de concebirle y sostener su esfuerzo. Este corazon se vió oprimido; su amor observó todos sus movimientos; y no murió sino por haber amado á los hombres.

¡Qué dicurso aquel que termina el último acto del ministerio del Salvador! Te referiré la substancia de él, Aristo, porque acaso no le habrás leido jamas en su original; y nada hay de quanto se ha escrito para el mundo que esté tan lleno de sentimiento, de substancia y de fuerza. En él no se halla mas que la expresion sumaria del verdadero carácter del Christianismo, y la verdadera pintura del espíritu y del corazon de Jesu-Christo. Allí es adonde debe acudirse quando se quiera admirar la belleza de la Religion, y renovar la tierna impresion de la felicidad que logramos por haberla conocido y haber nacido en su seno.

No se turbe jamas vuestro corazon, añade este divino Maestro: creed en Dios; creed en mí tambien. Pesa bien todas estas palabras, Aristo, y sobre todo no pierdas de vista la circunstancia en que fuéron proferidas. Mas hay que una morada en la casa de mi padre. Podreis creer que yo quiera entreteneros con una

vana esperanza? y que en este momento en que voy á morir os aseguraria que es por adelantarme para preparar vuestros asientos en el reyno de mi Padre, si yo no sintiese en mí el convencimiento de la verdad, y el poder necesario para cumplir todas mis promesas? ¿Seria posible que despues de haber vivido largo tiempo entre vosotros no me conocieseis aun, y no estuvieseis asegurados de que mi Padre está en mí, y yo en mi Padre? Acordaos de mis obras, y juzgad. No; mi corazon no padece al morir la pena de dexar en vosotros unos huerfanos que todo lo van á perder. Yo volveré á vosotros. Dentro de poco tiempo no me verá mas el mundo; pero vosotros me poseereis siempre. Porque yo vivo eternamente, y vosotros vivis de la misma vida. El que cree en mí sobrevive á todo; no puede morir. En el gran dia de la irrevocable adopcion en el orígen eterno de la vida será quando conocereis y vereis como yo estoy en mi

Padre; mi Padre en mí, y yo en vosotros. Te hago notar estas palabras, Aristo, aunque ya estan repetidas, porque ellas expresan con una viveza y magnificencia divina toda la riqueza y toda la inmensidad del plan de la Religion (*). Fundar un Imperio eterno, en el qual será estable todo el género humano. ¡Qué designio! Pero haber concebido y executado la idea de unir una persona divina á la naturaleza humana, á fin de que todo concuerde en esta admirable economia, y pueda haber en ella un hombre bastante grande para ser establecido por Rey único y eterno del género humano, y xefe perpetuo del Imperio que debe elevarse del seno de las ruinas de todos los reynos del Universo; este es el carácter mas brillante de verdad que Jesu-Christo pudo imprimir á su doctrina; y es im-

(*) ¡O Lectores religiosos y sensibles leed, releed y meditad toda vuestra vida los capítulos 13. 14. 15. 16. y 17. del Evangelio de San Juan. ¡Qué manantial de luces y de consuelos!

posible que el hombre no aspire á ver llegar esta gran crisis de su destino.

Prosigamos escuchando á Jesu-Christo. " Si me amais, pues, desechad toda tristeza y desconfianza, y entrad conmigo á la parte en la alegría que siento por tener que volver al seno de mi Padre. .. Si vosotros permaneceis en mí sois mis amigos y mis hermanos; porque yo os amo con el mismo amor con que me ha amado mi Padre ántes de la fundacion del mundo; y yo os digo todo esto á fin de que mi alegría esté en vosotros, y crezca hasta que reciba su plenitud en la misma gloria en que yo voy á entrar.

Es verdad que los que no me conocen á mí ni á mi Padre os perseguirán. Sí, yo os lo predigo, para que quando veais caer sobre vosotros todos estos males os acordeis de que yo os los he anunciado, y que nada puede sucederos contra mi expectacion, y sin saberlo yo. Vosotros, pues, llorareis en medio de la alegría frívola, pasagera y pér-

fida de un mundo insensato y corrompido; mas á la alegría del mundo sucederán bien presto los suspiros y el llanto eterno; en vez de que vuestra tristeza, que durará pocos instantes, se convertirá en un gozo y una felicidad que no os la podrá arrebatar ningun poder. Quando una madre empieza á sentir los primeros dolores del parto se entristece y asusta al ver acercarse la hora; mas quando ya ha nacido el infante, su alegría la hace olvidar quanto ha sufrido; porque se ve libre de todo temor, y ve que el objeto de sus tiernos sentimientos ha salido felizmente al mundo. He aquí vuestra situacion; vuestro corazon, oprimido al presente de dolor, se dilatará para siempre con el mio en la felicidad soberana... Entónces no me pedireis ya nada, ni ya pediré yo mas por vosotros, á mi Padre; pues mi Padre os amará por vuestra propia excelencia, porque me habeis amado y habeis creido que yo he salido de Dios. *En efecto yo he salido*

de Dios, y he venido al mundo; ahora dexo al mundo y vuelvo á Dios..... Mi fin en deciros esto es que vivais en paz, y conteis sobre la verdad de mis palabras..... Vosotros lo tendreis que sufrir todo de parte del mundo; pero no desmayeis, yo he triunfado del mundo.„

Habiendo así hablado Jesus, prosigue el Evangelista, levanta al cielo los ojos, y exclama: ¡O Pade mio! he aquí la hora en que va á cumplirse el mas grande de todos los acontecimientos. Glorificad á vuestro hijo, para que vuestro hijo os glorifique, y sea por vos conocido y adorado su nombre en todo el Universo. Vos le habeis hecho Gefe de toda la naturaleza humana, y revestido del poder de gobernar eternamente las naciones de la tierra, para que comunique la inmortalidad á todo quanto le habeis dado..... ¡O padre mio! yo os ruego por aquellos que habeis confiado á mi ternura, y á quienes he hecho conocer vuestra verdad eterna! Padre

mio! ellos son vuestros, puesto que á mí me pertenecen; porque mi posesion es la vuestra, y vuestra posesion es la mia!..... Ahora yo dexo el mundo; mas ellos quedan en él.... ¡Padre mio! ¡Dios Santo! conservad lo que vos me habeis dado y me es tan amable, para que ellos formen un mismo cuerpo conmigo, así como nosotros formamos desde la eternidad un solo espíritu, y una misma inteligencia..... ¡Padre mio! yo no os pido que los saqueis del mundo; pero os suplico que los preserveis de su maldad. Miéntras yo he vivido entre ellos los he conducido, consolado y guardado en nombre vuestro; y ninguno de ellos ha perecido sino es un traidor, hijo de la perdicion y de la malicia. Mas ellos van á dexar de verme y oirme..... Padre mio, conservadlos en la verdad. Ante ellos os dirige estos últimos votos el amor que les profeso; para que la alegría que les causa mi presencia, no se debilite con mi regreso ácia vos; sino que ántes bien crez-

ca todos los dias hasta el momento en que vean sus ojos á quien tanto los ha amado.... No es solo por ellos por quien os suplico, padre mio; sino tambien por todos aquellos á quienes anunciaren mi palabra, y crean en mí, en virtud de su predicacion: *para que los justos de todas las edades formen un solo cuerpo, y que así como vos, ó Padre mio, habitais en mí, y yo en vos, ellos sean tambien una misma cosa con nosotros, y eternamente adoptados y consumados en la unidad de nuestro grande explendor.....* Insiste aun despues que sabe que todo lo ha dicho. Su corazon está tan lleno de esta idea, que cree no hacer nunca demasiado para llenar el alma de los que le escuchan. El amor no sabe acabar jamas. " ¡Padre mio, Dios Santo y siempre adorable! sí, yo quiero que adonde yo voy vayan tambien todos los que me habeis dado para que vean mi gloria, y como me habeis amado ántes que hubiese Universo. Yo quiero que todos los

brillos de la grandeza que poseo en vuestra inmensidad se comunique á ellos, y que todo el torrente de nuestra bienaventuranza corra por entre sus corazones; que todo vuestro amor por mi se derrame sobre ellos, y los envuelva conmigo en la inmutabilidad de nuestros gozos.»

¡O Aristo! que hombre es preciso ser para sentir hasta un grado tan extraordinario todo el imperio de la naturaleza y de la sangre. Digamoslo todo: es preciso ser un Dios para dar un realce tal á la ternura. No es bastante fuerte el corazon humano para concebir un amor de esta energía, y formar unos votos tan extensos.... Jesu-Christo es nuestro hermano, nuestro amigo; tiene nuestra alma, nuestros órganos, nuestras entrañas nuestros ojos, pero enternecidos, y llorando á vista de tanto amor; postremonos y adoremos una tan inconcebible capacidad de bendecirnos y de hacernos felices..... ¡Aristo! cede á la naturalez; cede á tu Dios. Tu sangre es quien aquí

te habla.... Tu obstinacion indica una manifiesta resistencia á ser hombre y conocer la sensibilidad. Adora la carne de tu carne. Tu Dios no exîge tus sentimientos, sino baxo el título de tu semejante. Para volverte á él no tienes necesidad de saber mas que amarte á tí mismo todo quanto eres, todo quanto hay en tí, todo quanto circula en tus venas te coloca en su seno, y aquel en donde has nacido es, mas que no el suyo, el verdadero seno de la naturaleza.

¡ Aristo, Aristo, es cosa demasiado cruel vivir separado de Jesu-Christo! ¡ Qué pérdida la de su grandeza, á la qual nos eleva! *Su reyno no acabará jamas*.... Reflexîona esto, mi muy amado y desgraciado amigo. ¡ Qué! ¿ esta sublime palabra, este grande atributo, el mas magnífico y el mas brillante de todos los títulos del Christo de Dios, se debe entender de cada escogido, de cada hombre justo, de tí mismo ?.... ¿ Y tienes fuerza para concebir semejante idéa? ¡ Dios mio! ¿ quién puede

contar las incomprehensibilidades del hombre? *Su reyno no acabará jamas.* ¡Qué golpe de vista! ¡qué esperanza! ... Aristo; tu feroz obcecacion de los que perecen es una fatalidad bien desconsoladora para todo el cuerpo de los verdaderos y fieles hijos del Señor. Mas nada podrá aliviar jamas la pena de ver envueltos en esta pérdida extrema y cruel hombres á quienes el cielo ha dotado de un buen espíritu y un buen corazon (*).

(*) En esta obra se hallan consideraciones muy esenciales que parecerá estar presentadas con demasiada rapidez. Mas tendremos ocasion de desenvolverlas en otra que estamos trabajando, que será como un suplemento ó segunda parte de la presente, ó la intitularemos: *Las amarguras de la Irreligion, ó el poder de las pasiones para hacernos infelices.*

(*) Esta obra no ha visto la luz pública; y aun se cree que murió el Autor sin concluirla.

INDICE

De los Capítulos que contiene esta Obra.

Prólogo del Autor.
Cap. I *Invocacion.* Pag. 1
Cap. II. *Engaño de la felicidad del mundo.* 4.
Cap. III. *Solidez de la felicidad que da la virtud.* 16.
Cap. IV. *De la excelencia y dulzura de la justicia christiana.* 56.
Cap. V. *Sencillez y facilidad de los deberes de la vida evangélica.* 91.
Cap. VI. *Continuacion del antecedente.* 126
Cap. VII. *Reglas para la conducta exterior del hombre religioso.* 108.
Cap. VIII. *Continuacion del precedente. Los deberes de hombre religioso para con sus semejantes.* 207.
Cap. IX. *Conclusion del anterior. El hombre religioso en la Campaña.* 258.
Cap. X. *Los últimos dias del hombre religioso.* 309.
Cap XI. *Uso de las relaciones é instrucciones contenidas en los anteriores.* 320.
Cap. XII. *Conclusion.* 333.

H 46 80

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Jan. 2006

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

N. MANCHESTER,
INDIANA 46962

LIBRARY OF CONGRESS
0 017 354 670 1